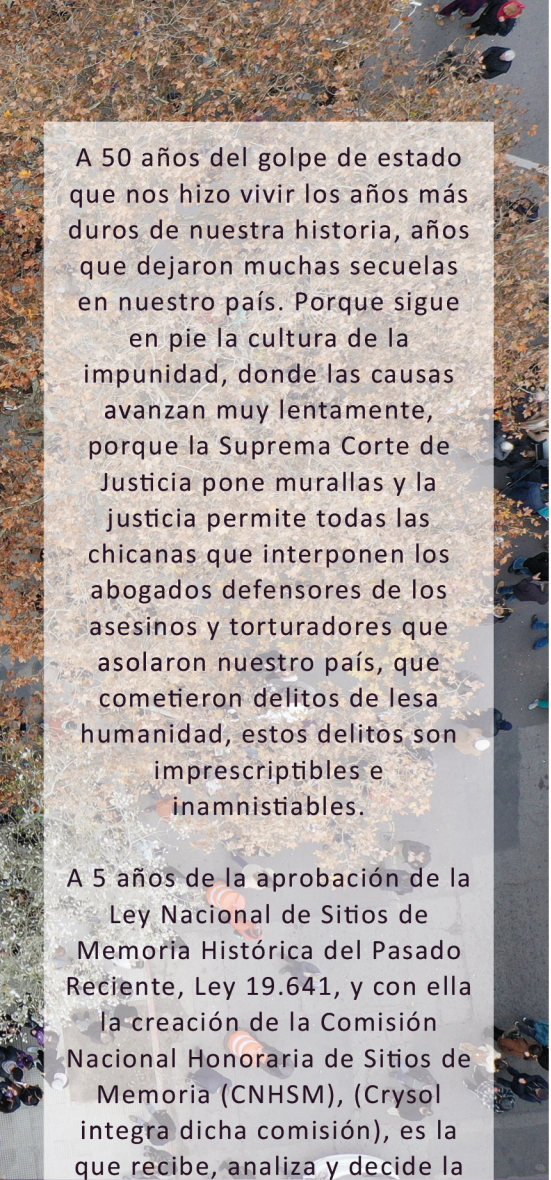
CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS IV (1968 - 1985)



A 50 años del golpe de estado que nos hizo vivir los años más duros de nuestra historia, años que dejaron muchas secuelas en nuestro país. Porque sigue en pie la cultura de la impunidad, donde las causas avanzan muy lentamente, porque la Suprema Corte de Justicia pone murallas y la justicia permite todas las chicanas que interponen los abogados defensores de los asesinos y torturadores que asolaron nuestro país, que cometieron delitos de lesa humanidad, estos delitos son imprescriptibles e inamnistiables.

A 5 años de la aprobación de la Ley Nacional de Sitios de Memoria Histórica del Pasado Reciente, Ley 19.641, y con ella la creación de la Comisión Nacional Honoraria de Sitios de Memoria (CNHSM), (Crysol integra dicha comisión), es la que recibe, analiza y decide la declaración de sitios de memoria y la señalización de lugares. Esta comisión funciona desde octubre de 2018.

A 38 años del regreso a la democracia, seguimos reclamando justicia y seguimos buscando a nuestros compañeros desaparecidos.

CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS IV

(1968 - 1985)

Organizado por:

CRYSOL
Asociación de ex pres@s
polític@s del Uruguay
J. Requena 1531/33 Tel.: 2408 4465

ISBN: 978-9915-41-149-1

Todos los derechos reservados

Equipo asesor: Nibia López y Baldemar Taroco

Diseño y diagramación: Tatiana Taroco

Foto de tapa: Intendencia de Montevideo

Foto de contratapa: Udelar

Inauguracion del Memorial de homenaje a las ex-presas políticas.

27 de Junio de 2023

El orden de los relatos fue establecido al azar

crysolcronicas@gmail.com

TE INVITAMOS A SEGUIR ESCRIBIENDO

CRÓNICAS DE LOS AÑOS DUROS 1968 – 1985

Crysol (Asociación de expres@s polític@s de Uruguay) te invita a seguir contando.

Llegamos al cuarto tomo y te pedimos que sigas contando antes que nos olvidemos.

Todos podemos hacerlo, todos tenemos historias y vivencias que merecen ser contadas.

Reiteramos que no es concurso, son simples crónicas, simples relatos con nuestras vivencias.

Hechos que ocurrieron en cualquier lugar en esos años duros que padeció la gran mayoría de los uruguayos.

Puede ser un relato de algo que ocurrió en Uruguay o en el exterior, en las cárceles o en los cuarteles, o en la calle, por donde era tan peligroso caminar en esa época.

Debemos contar esas pequeñas historias que aún guardamos, para seguir construyendo esa historia no oficial, que hecha entre todos resultará más rica y cercana a todos.

Contemos las vivencias de ese período y de esa forma estaremos contribuyendo al nunca más, para que las nuevas generaciones no tengan que vivirlas.

POR VERDAD, MEMORIA, JUSTICIA, REPARACIÓN INTEGRAL Y NUNCA MÁS TERRORISMO DE ESTADO.

PRÓLOGO

Este 2023 ha sido un año muy intenso, cargado de recuerdos, buenos y malos, pero lleno de lucha y compromiso; de continuar por nuestra senda.

Como en años anteriores seguimos y seguiremos impulsando el trabajo por la memoria, contra la impunidad, por el nunca más. Este tomo IV de Crónicas es un aporte a las nuevas generaciones, por nuestros hijos, por nuestros nietos, por todos los jóvenes.

Así también, desde la escritura, vamos avanzando para hacer presentes esas historias, hoy compartidas, vamos generando información, trasmisión de vivencias, para seguir luchando contra la impunidad, porque es importante contar desde quienes vivimos en esos tiempos.

Estos relatos que muchos escriben en primera persona reviven hechos muy dolorosos, para contribuir a la construcción de esa memoria tan necesaria para toda la sociedad. Y el saber que esos hechos se van a reproducir, se van a conocer, van a circular en la sociedad, es algo muy reparador, tanto para quienes los comparten como para quienes los reciben.

Porque son un reclamo de verdad y justicia, y combaten el negacionismo de algunos nostálgicos de ese pasado oscuro y duro que tanto daño le ha hecho al país. Esas secuelas aún están presentes en nuestra sociedad.

Crysol ya cumplió 23 años de existencia, años de lucha por nuestros derechos, con muchas conquistas en todos los planos. Solidaridad y apoyo, contención y aliento. Compartiendo ideas y soñando con un mundo mejor. Siempre con propuestas abarcativas, comprometidas con el presente, reivindicando nuestros derechos. Buscando soluciones

a nuestros problemas. Somos una institución de puertas abiertas, brindando apoyo a muchas organizaciones sociales. Dando orientación con las leyes que nos involucran y de cuyas comisiones somos parte.

Seguimos desarrollando múltiples actividades como presentación de libros, charlas, talleres literarios, actividades recreativas y la tradicional buseca en el aniversario de nuestra institución.

El hecho más trascendente este año, sin ninguna duda, fue la inauguración del memorial en homenaje a todas las expresas políticas, que han estado invisibilizadas. Ese memorial frente al Palacio de las Leyes, muy significativo sin duda, es un espacio abierto, como un gran abrazo, de encuentros llenos de afecto; de lucha, manteniendo en alto las banderas de lucha, por la justicia. Incluyendo a las que ya no están y están en la memoria, por los compañeros desaparecidos, por los asesinados. Por los jóvenes, apostando al futuro.

Nibia López y Baldemar Taroco

Alejandra Di Matteo
Rosa Rinaldi

Repintando

Julio, 1979 Penal de Libertad.

Martes 12, 11 AM.

Raúl llegó a la barraca con el rostro desencajado. Cuando le abrieron la reja, caminó sin mirar a sus compañeros directo a su cucheta, se sentó y largó un sonoro sollozo que lo sacudía de la cabeza a los pies.

Solía pasar que luego de la visita se vivieran situaciones semejantes. Normalmente, se daban cuando recibían la noticia de un fallecimiento o un abandono.

Era tan sonoro y estremecedor su sollozo que se hizo un respetuoso silencio en toda la barraca, no solo entre sus compañeros sino también entre los soldados de la guardia. Luego de un par de minutos, el ruido entre sus compañeros aumentó en un claro intento de cubrir el llanto, ya que, si lo notaba algún oficial, lo más probable es que lo usara para una provocación.

El Tata, con toda su sabiduría a cuestas, tomo su mate y se sentó a su lado. No pronunció palabra, solamente se puso a esperar que Raúl quisiera hablar. O si no quería hablar, para acompañar nomás.

Pasaron varios minutos antes que pudiera hacerlo, hasta que con la voz entrecortada pudo decir: “Tranquilos, es de emoción”

Julio, 1973 Piedras Blancas.

Para ser más exactos la noche de Domingo 8 de Julio a las 21.30 horas.

Esa noche Walter volvía de una reunión de la Juventud Socialista

en la que habían resuelto comenzar a escribir la consigna “Consulta Popular”. El país vivía los primeros días de la dictadura.

Él con sus 16 años, además de su militancia, trabajaba de canillita, estudiaba en el liceo y escribía poesía.

Estaba a cuadra y media de su casa en la calle Teniente Rinaldi y Campamento escribiendo, con un crayón que el mismo fabricó, el muro de la esquina, cuando un sargento de la Guardia Republicana que volvía a su domicilio sacó su arma de reglamento y lo asesinó de un balazo por la espalda.

La consigna quedó momentáneamente inconclusa, solo llego a poner “Consulta popu”

Julio, 1975 La curva de Maroñas.

Un día cualquiera de nochecita en un boliche del barrio.

¿Quién repintó el muro? - preguntó el negro Tito, ni bien se acercó a la mesa con el rostro radiante de alegría.

En la mesa estaba el Chiche, Traslaparra y Raúl. Ellos conformaban la dirección del PCU del Seccional 17, que abarcaba Piedras Blancas, Manga, Puntas de Manga y parte del Marconi. Se reunían en un boliche fuera de la zona, en el que eran menos conocidos, tomando unas copas para espantar el frío y el miedo.

Cuando asesinaron a Walter se propusieron mantener el muro pintado con la consigna que él no pudo terminar. El muro era periódicamente blanqueado por la policía y vuelto a repintar. Reunión tras reunión era infaltable en la coordinación esta tarea como primer punto del orden del día.

Hasta que un día, sin que nadie lo sugiriera, dejaron de plantearlo en un acuerdo tácito, pues todos sabían era muy peligroso y muy menguadas las fuerzas antidictatoriales organizadas en la zona.

Por eso el entusiasmo y la alegría del negro Tito cuando vio que el muro se volvió a repintar. Por más que averiguamos en los días posteriores con contactos con otras organizaciones de la zona, no

pudimos encontrar a quien o quienes habían tomado la tarea en sus manos. Llegamos a la conclusión que el barrio lo había tomado como un compromiso propio y lo cierto es que con distintas pinturas o crayones se repintaba sistemáticamente el muro. Unos meses después, Raúl pasó con otra responsabilidad a militar en otro lugar, hasta que en 1977 cae preso.

Julio, 1979 Penal de libertad

Martes 12, 10 AM

Raúl tenía visita. Habían venido sus padres y transcurría normalmente a no ser por la proximidad de su cumpleaños, que por supuesto consumió buena parte del tiempo entre saludos y deseos de felicidad. Sobre el final la madre le dijo “Luis te manda decir que se repintó el muro”.

Él no conocía ningún Luis, era la forma que ella le transmitía los mensajes del Partido. Fue un esfuerzo sobrehumano el lograr llegar entero del locutorio de las visitas hasta su cucheta.

Hoy en la esquina de las calles Teniente Rinaldi y Walter Medina (ex Campamento) se construyó un monolito en homenaje Walter y el muro se sigue repintando.

Por ideas

Una noche al mes de cada año de mi infancia, mi casa se apagaba y empezaba lo que para mí siempre fue una ceremonia.

Preparar “el paquete” para Jorge.

Una enorme bolsa de arpillera con un número impreso en tinta negra se llena de alimentos que Papá llevaba al Penal de Libertad cuando lo visitaba.

Una bolsa llena de víveres que después entendí por qué, mis padres iban comprando de a poco a lo largo del mes en el supermercado y apartaban en casa para Jorge.

Yerba, mucha yerba, mermelada, tabaco, hojillas, fideos, dulce de membrillo, fósforos, azúcar… y unas horribles pastillas de pescado, celestes, que olían fatal pero que papá decía que Jorge las necesitaba para la memoria y que hacía caer del blíster como caramelos en una bolsa trasparente asegurando la dosis para todo el mes.

Para armar “el paquete”, había que sacar todos los alimentos de sus envoltorios originales y pasarlos a bolsas transparentes.

¡Me parecía tan absurdo desnudar los alimentos para volcarlos en frágiles bolsas de nylon!

Pero papá aseguraba que, si no lo ponía así, no lo dejaban entrar y Jorge se quedaba sin alimentos todo el mes, que por eso todo se tenía que presentar de forma “bien visible”.

Yo no entendía como alguien podía suponer que es más seguro llevar la yerba o la mermelada en bolsa de nylon, pero… ¿y si se rompe la bolsa? pensaba.

Al mismo tiempo algo me decía que no preguntara más, porque no encontraría respuesta.

El paquete iba acompañado de una lista por triplicado que detallaba cada cosa que llevaba dentro.

Y ese era mi momento, la razón por la que me quedaba levantada con mis padres en lugar de ir con mis hermanos a la cama, mi participación en la ceremonia.

La lista la hacía YO, con hojas y papel carbónico que papá traía de su trabajo.

Y ahí empezaba.

Nombre: Jorge García

Número: 1795

Y debajo, todo lo que mi padre me dictaba en detalle mientras cuidadosamente lo iba acomodando en el paquete, con esa precisión que todavía veo en mi viejo y que supongo es producto de su oficio de protésico dental.

En el medio de la lista, a mí siempre se me planteaba la misma duda y aunque ya sabía la respuesta yo creo que me gustaba escucharla.

Papá.

¿Por qué está preso Jorge?

POR IDEAS, me respondía mi viejo, con un tono tan contundente que no admitía repregunta.

Yo sentía un orgullo enorme, porque no podía creer que una persona fuera capaz de sostener una idea al punto de perder su libertad… bueno… de niña creía que solo perdían la libertad… después… mucho después, supe todo lo demás.

Al final, en un intento de asegurar que Jorge supiera que yo participaba de armar su paquete, agregaba, aunque también sabía la respuesta… ¿le puedo mandar un dibujo?

No sé si lo dejarán pasar… mejor, yo le digo que le mandas saludos, respondía mi viejo.

El paquete quedaba pronto, las luces de la cocina, las únicas encendidas a esa hora, se apagaban y nosotros nos acostábamos.

A las 5 de la mañana mi viejo arrancaba en el FIAT 850 rumbo al Penal de libertad a ver a Jorge.

Ese día papá dedicaba toda la mañana a la visita y entraba a mediodía a trabajar.

A veces venían Manuel y Ana, los hijos de Jorge que vivían en Buenos Aires y papá los llevaba. Esa vez la visita era para ellos. Papá no lo veía a Jorge, pero el paquete iba igual.

Así pasaron los años y con ellos mi infancia, hasta que un día llegó Jorge a casa.

Mamá estaba nerviosa, no sabía que cocinar para esperarlo.

Papá una vez más fue al Penal de Libertad, pero esta vez fue a buscarlo. Antes de salir de casa dijo: no se preocupen, cuando venga le preguntamos a Jorge que quiere comer y lo compramos.

La espera fue larga.

Llegaron de noche. Salí a la puerta y las luces del auto me encandilaron. Lo ví de lejos. Entró a casa caminando despacio, después, con los años, reconocería en ese paso su andar característico y su sonrisa.

Hola Mónica me dijo. ¡Que lindos dientes tenés! Fueron sus primeras palabras.

Es obvio pensé. Es protésico como papá.

Papá interrumpió gritando en un gesto un poco eufórico. ¡¡¡George!!! ¡¡¡Que querés comer!!! En el mismo tono respondió Jorge, ¡¡¡Carne!!! ¡¡¡Carne bien caliente!!!

Me miró a mí y agregó… es que mi celda estaba lejos de la cocina y hace 12 años que como churrasco frío.

¡Yo tenía 15 años, 12 años era casi toda mi vida!

Y así, con anécdotas, me fue contando a lo largo de la vida toda su historia.

Un día le pedí que me escribiera las historias, porque tenía miedo de olvidármelas si un día dejaba de contarlas.

Con los años esas historias se transformaron en un libro.

Estábamos a mano.

Yo le hice escribir un libro

Y el forjó en mí, mi pensamiento y mi historia.

El paquete

Cuando nací, mi padre ya estaba preso. Mi madre, con mi hermano de un año, se habían mudado de Montevideo a Paysandú. Desde allí, durante muchos años, viajábamos los viernes al penal de Libertad. Yo tenía que faltar a la escuela, entonces inventaba alguna estúpida excusa para decirles a mis compañeros. Me bañaba de noche, el ómnibus salía de madrugada. Me ponía la mejor ropa que tenía y siempre estaba limpia.

Mamá, mientras tanto, aprontaba el paquete. Pronta para el viaje me acodaba sobre la mesa del comedor y miraba cómo ella aprontaba las cosas. Era prolija al extremo. Primero iba hacia el placar y traía todas las cosas. Las ponía sobre la mesa, las pesaba y luego las guardaba en bolsas de nailon. Nunca faltaba la yerba, el azúcar, la leche en polvo, el tabaco y las hojillas. A veces mandaba galletitas dulces y chocolate rallado.

Las bolsas de nailon siempre eran nuevas. Todo impecable. Cualquier rayita o algún alimento con unos gramos de más de lo permitido bastaba para que el paquete no llegara a manos de mi padre. En general me pedía que escribiera alguna línea, pero yo no escribía nada. Luego, ella escribía el número y el nombre de mi padre en unos papelitos milimétricamente recortados y los pegaba con cinta adhesiva sobre las bolsas. No recuerdo hablar mucho con mi madre mientras aprontaba el paquete.

Por último, guardaba todo en una bolsa de plastillera blanca, la cerraba y la dejaba siempre en la misma esquinita de la casa, justo en la puerta antes de empezar el pasillo que conducía a la calle, entonces dormíamos un rato para esperar la hora en que salía el ómnibus.

Esta escena se repitió durante mis primeros trece años de vida y nunca voy a olvidar la bolsa de plastillera blanca arrinconada en esa esquina de la casa.

Pasta Frola

Parténope y Odiseo no fueron felices por cómo lo quisieran ser.

Odiseo cayó al mar y no salió, Parténope lo buscó mucho en el mar, tanto que se transformó en sirena.

Cada año por la misma fecha, Parténope aparecía, visitaba, el golfo de Posillipo.

Hoy día es donde se enclava la ciudad de Nápoles, Italia.

Nápoles en el siglo XVI se llamó Parténope, según cuenta la leyenda cuando la sirena visitaba el lugar, siete muchachas vírgenes se encontraban con ella, llevando ofrendas como trigo, avena, miel, huevo y otras cosas.

Juntas hacían una pasta que rellenaban con dulces y frutas, adornando la parte superior con tiras de masa enrejadas.

Las nobles de entonces en la zona eran españolas, se les atribuye el origen del relleno, la masa es típica de Italia.

La reina María Teresa de Austria, que era la esposa del Rey Fernando II de Borbón, la probó con tal placer, que sonrió alegre al degustar tal manjar.

"La Reina que nunca ríe", (así la llamaban), por lo que el Rey dijo: "Hay que darle esa pastiera napolitana".

Esa es la historia, o una de las historias del origen de la pasta frola.

Ya en el siglo XX, en la década del 70, surge otra variante, de una de tantas del Río de la Plata, en la cárcel de Libertad, así llamada la cárcel para presos políticos en el Uruguay de 1972 a 1985.

Con pocos y prohibidos elementos: un mechero en un recipiente que supo ser betún para cuero de zapatos, como combustible grasa rescatada de algunas comidas, un plato hondo de lata con agua (baño

maría), encima un plato para postre de lata y de tapa, un plato llano también de lata.

Otra cuestión era ubicar el momento adecuado para que no se dieran cuenta que se estaba cocinando.

Los ingredientes: supliendo la harina por galletitas dulces molidas, mezcladas con un huevo, un huevo chiquito expropiado, ante el asombro de una paloma compañera, a quien le habíamos permitido hacer su nido en nuestra ventana.

Relleno de dulce de membrillo, que alguna vez era el postre, guardado expresamente.

Los pocos que la probamos (porque su tamaño era chico), sentimos saborear victoria, pequeñas victorias que pese a tantas prohibiciones logramos en Libertad.

Cordinación valiente

El barrio tenía la aparente tranquilidad de que algo terrible iba a suceder. El aire montevideano estaba impregnado de un olor a injusticia, prepotencia y a sangre de tantas y tantos compatriotas torturados. El terror vagabundeaba por las calles de un paisito que, a pesar de todo, se negaba a claudicar.

Corría el mes de marzo de 1982. Aquella noche él había dejado estacionada en la puerta de su casa la Citroneta que un familiar le había prestado para poder trabajar. Lo hacía cada noche para tenerla a mano para el día siguiente y poder cargar con tranquilidad las herramientas que le permitían tener su sustento en aquella cooperativa de construcción que se había armado junto con tantos compañeros, muchos de los cuales habían sido presos políticos, por lo que al estar en el régimen mal llamado de "libertad vigilada", era un serio obstáculo para conseguir trabajo.

A la mañana siguiente él se despertó, se puso su viejo mameluco, abrió el portón de su casa, salió a la calle y se dirigió hacia la camioneta. Fue en ese momento cuando desde atrás de los árboles, agazapados como un enjambre furioso de abejas asesinas, le salieron al paso decenas de aparentes civiles, que, entre insultos y golpes, lo metieron dentro de una Combi que salió a alta velocidad con rumbo desconocido. Ellos, decenas de secuestradores, seguramente se sintieron valientes al apresar a su víctima, indefensamente solitaria. Él sintió que una nueva etapa comenzaba, o quizás continuaba lo que ya había vivido algunos años anteriores, como preso político. Todos sabían que los aparentes civiles eran las fuerzas represoras disfrazadas de normalidad.

Mientras esto sucedía, las miradas atónitas de los vecinos detrás de las ventanas se clavaban en la escena como testigos fieles de lo ocurrido

en este doble secuestro: el del compañero y el de la camioneta, la que también fue sustraída. Uno de estos vecinos era Baltasar, aquel hombre vetusto, quien fuera de los primeros en mudarse al barrio, sencillo, de pocas palabras, dueño de la carnicería y que con clientes y vecinos solo compartía opiniones banales referentes al tiempo, o al fútbol, y a quien no se le conocía filiación política ni religiosa alguna.

Apenas ocurrió el secuestro, Baltasar llamó a la hermana del compañero, quien vivía en otra ciudad, para ponerla al tanto de lo ocurrido. Ella viajó inmediatamente a Montevideo y allí hizo la denuncia de la desaparición forzada.

Mientras tanto los vecinos se nuclearon para salir a la calle en búsqueda de una pista que pudiera dar con el compañero. Había una, y muy difícil de tapar: la Citronetta. Donde estuviera ella, era muy posible que estuviera él. Así que, con ese objetivo, vecinos del barrio salieron a trillar las calles. La mayoría de ellos no eran gente de izquierda, pero estuvieron movidos por una relación barrial, generacional y de justicia muy profunda. Lo hicieron día a día, noche a noche, eternos caminantes que llevaron en alto el estandarte de la esperanza y la justicia, en cada rinconcito recorrido cuando aquellos titanes se largaron a caminar. Cubrieron turnos durante 15 días, hasta que por fin pudieron darle el "PICA" a la vieja Citroneta que, no por casualidad estaba parada en la puerta del F.U.S.N.A. (Cuerpo de Fusileros Navales), perteneciente a la Armada Nacional. El primer paso estaba logrado. Con la evidencia en mano, un familiar del compañero, que tenía la Citroneta a su nombre, se presentó a reclamarla junto con la pregunta principal y con la exigencia de su respuesta: "¿Dónde está nuestro familiar?".

De este modo el barrio y la familia encontraron el lugar donde estaba secuestrado el compañero, el mismo que la Citroneta. Quizás ésta haya sido una de las pocas veces en la triste historia del terrorismo de Estado en que el entorno de un compañero quedara algo más tranquilo, a pesar de que las torturas continuaron, al saber que él había sido oficializado como preso político y trasladado después de dos meses, desde donde estaba secuestrado, primero a Jefatura y luego al Penal de Libertad.

Abuela

Doña Clara, mi abuela materna, nieta de irlandeses y de suizos , cocinaba maravillosamente bien. Esto lo podría decir cualquiera que haya tenido abuela, pero en este caso es cierto. Y lo hacía con los ingresos de un jubilado de albañil y una pensión a la vejez. Y para una banda de tíos, primos y nietos.

Hacía nefles, grasata, tortilla de polenta con cascarita y una torta de levadura, que ahora sé que se llama butterkuchen, que recuerdo como lo más rico que he comido en mis largos años. Los domingos de mi niñez tienen ese sabor.

Mientras yo estaba preso en el penal de Libertad mi abuela hacía y mandaba desde Colonia Suiza una de esas tortas para mi cumpleaños. La parte de la familia que vivía en Montevideo y me visitaba regularmente, mi madre y algunas de mis hermanas, eran quienes recibían (y comían) esas tortas.

Nunca le dijeron a mi abuela que la dictadura no dejaba entrar a la cárcel ni esa ni ninguna torta. E hicieron bien, le ahorraron un dolor más a Doña Clara y disfrutaron de esa exquisitez.

1974 Resistencia portuaria

A mediados del 74 formábamos parte del equipo de propaganda -obviamente clandestina- del seccional puerto del partido. Por todo un período hicimos la distribución de Carta, entre otras tareas. Entre esas otras tareas estuvo lo que denominábamos agitación, que consistía en pintadas, volanteadas, jornadas de ruido y todo aquello que promoviera situaciones que impactaran en la gente y que desmintiera el "se terminó todo" de la dictadura.

Así las cosas, veíamos en el horizonte cercano (dos meses y medio aproximadamente) del calendario la fecha del aniversario del partido. Como decíamos antes, si bien la dictadura siempre mantuvo la constante de instalar la idea de un "nuevo Uruguay, ya liberado de ideologías foráneas, etc., etc."; en ese año fue particularmente intensa esa propaganda, desplegando para ello todo el aparato del estado y los medios de comunicación.

Entonces en una reunión del equipo, encabezado por Fredrich Britos, planteamos la necesidad de crear un hecho político en la Ciudad Vieja -zona neurálgica si las hay- con eje en el aniversario del partido, a través de una gran jornada agitativa que conmocionara esa zona. Se trataba de hacer algo que saliera de lo habitual como era volantear en dos o tres puntos a la misma hora. La cuestión era tomar una docena o más de lugares y que a una misma hora la Ciudad Vieja se llenara repentinamente de papeles salidos quién sabe de dónde.

Dicho así se nos planteaba todo un operativo, no sólo político sino organizativo, es decir con una muy alta coordinación y sincronización Y particularmente de seguridad, porque una jornada de tales dimensiones debía contar -y contó- con la participación de mucha gente. En ese momento, los militantes del partido en el puerto, si bien

habían disminuido en número, eran bastante más que los que íbamos a diario al sindicato (SUANP, hoy SUPRA), que estábamos en una situación particular: sin estar destituidos, figurábamos en "planilla de disponibilidad", que debíamos firmar todos los días, con prohibición de ingreso al recinto portuario.

Entonces, ¿cómo mantuvimos el contacto con los trabajadores en general y los comunistas en particular? Bueno, desde que se levantó la huelga general, casi como un reflejo adquirido en muchas batallas, fuimos concurrentes casi a diario a los portones, a la salida de los turnos. Los trabajadores nunca dejaron de ver a la dirección del sindicato y los militantes repartiendo discretamente los boletines, conversando con la gente, con los bonos el día de cobro.

Pero ya avanzado el 74 comenzó a ser riesgoso, sobre todo después de las detenciones de mediados de año. Por eso, entonces, fue que el partido decidió vertebrar una red organizativa en todo Montevideo, con "buzones" de propaganda (compañeros que recibían el material en su casa y lo ingresaban a su lugar de trabajo), reuniones por zona, entrevistas, etc. El principal impulsor de ese viraje fue el secretario político del seccional, el Negro Hugo De Los Santos.

Pero volviendo a la jornada y, en concreto, había que empezar a definir qué tipo de volantes haríamos, cómo los confeccionaríamos y, sobre todo, dónde. Finalmente definimos que, si queríamos hacer mucha cantidad de volantes debíamos optar por la "mariposa" y no volantes, Una mariposa que dijera solamente "Viva el 54 aniversario del Partido Comunista! ¡Abajo la dictadura!". Para ello resolvimos utilizar unas cuantas matrices, que finalmente fueron doce, con ocho mariposas grabadas en cada una.

Luego de algunos días de sondeos con algunos compañeros dispuestos a ofrecer su casa para la impresión, nos inclinamos por el apartamento del "Tigre" Domínguez, un viejo trabajador comunista de la sección Dragado, ubicado en las viviendas de Malvín Norte.

A tal punto fue realmente un gran operativo político, que trascendió al frente de propaganda para llegar a involucrar a todo el seccional. Así

fue, entonces, que se comenzó a montar, con las máximas precauciones posibles, el numeroso grupo de compañeros de todas las secciones de la ANP para, primero asegurar su participación, segundo hacerle llegar en fecha y hora el material, tercero, traslado del mimeógrafo y la guillotina a lo del "Tigre", cuarto, armar una fachada que justificara el repentino movimiento en la casa y sus inmediaciones. Para ello dejamos correr, quince días antes por el barrio, el chisme de que una de las hijas había conseguido un empleo con cargo, en una gran papelería, lo cual hizo que nadie se sorprendiera con la descarga en dos tandas de cientos de resmas de papel que yo, fungiendo de sobrestante, controlaba, talonario de remitos en mano.

En la medida que iba a ser una imagen agitativa y no explicativa, como sería un volante, propuse que yo las picara a mano con letra cursiva y dibujada (hoz y martillo incluida), de manera que nos ahorrábamos la tarea de conseguir un compañero que escribiera a máquina con toda la infraestructura que ello implicaba.

El correr de los días, el intenso trabajo (siempre de noche, ¡qué error!) y el estrés, nos hizo desconfiar de los movimientos más naturales. Ante ello, la dirección del seccional montó un sencillo y pequeño operativo de inteligencia que consistió en hacerme seguir a la distancia, en las inmediaciones de la casa del "Tigre" durante tres días por un compañero (José Lovelcho, de la sección Varadero) intentando detectar algo fuera de lo común. El resultado, negativo.

Faltando una semana estábamos destruidos, pero dispuestos a terminar bien la tarea. Cuando empecé a picar la antepenúltima matriz, las hijas del "Tigre" empezaron a cortar las impresas en ocho partes. Fredy, que era el secretario de propaganda, manejaba el mimeógrafo. El temor de que no nos dieran los tiempos llevó a que parte de la familia colaborara con el cortado utilizando tijeras. Cuando faltaban cuatro días se nos planteó la cuestión de la distribución: si esperábamos a terminar todo íbamos a necesitar una logística de transporte que no teníamos; si lo hacíamos en tandas sería peligroso. Decidimos hacerlo en dos tandas y ramificarla armando dos puntos más de distribución.

Finalmente, dislocamos a los compañeros en varios puntos de la

Ciudad Vieja: los compañeros de Terrestre, Dragado y Talleres (René Da Silveira, “Piojo” Sosa, el Cabeza Hernández, Luis Lozano, Rodas, Fuentes, Míguez, Tapia, Sergio Sepúlveda, Erico Vaz, Calascione y el tartamudo Aníbal.)que viajaran en las líneas de transporte que entraban por Uruguay, 25 de Mayo y Cerrito tirarían los volantes en el trayecto de Cerrito a Rambla o Galicia. Los que vinieran por las líneas que entraran por Reconquista lo harían desde el propio ómnibus, incluyendo los del varadero (Tito Ortiz, Julio Fungi, Lovelcho) que vinieran por ambas entradas. También aseguramos que dos compañeros, uno de Terrestre y otro de Dragado bajaran en dos puntos de Reconquista y volantearan la Plaza Matriz y Colón en coordinación con bancarios.

Además, instruimos a todos en que nadie corriera, al contrario, deberían mirar con sorpresa los volantes en el aire.

La verdad es que el resultado, en materia de seguridad, nos dejó sorprendidos. Para nosotros, hubiera sido lógico que hubiera dificultades, algún compañero detenido, nada. Es más, la frutilla de este relato es la del recordado canario René Da Silveira, gran albañil, del Varadero y recién trasladado a la entonces Conservación de Obras, luego Obras Civiles.

Lo cierto es que luego de bajar del ómnibus caminó una cuadra y media; cuando se aseguró que “no había nada” descargó sus quinientas mariposas. Cuando recién las primeras besaban el piso aparecen, derrapando por Cerro Largo varios vehículos policiales. Pero el canario no dejó que se le acercaran y, abalanzándose sobre el primer coche les grita señalando a la esquina de arriba: “¡Por allá, doblaron la esquina!”. Los milicos que habían puesto un pie en el piso se volvieron a montar a la carrera y los autos se perdieron aullando por Paysandú…

La Ciudad Vieja amaneció tapizada con decenas de miles de papelitos que gritaban ¡Viva el 54 aniversario del Partido Comunista!¡Abajo la dictadura! Junto a una hoz y un martillo. Seguramente mucha gente que vió las mariposas, de noche debe haber esbozado una sonrisa al oír la cadena con la marcha militar diciendo que el Uruguay se había librado ya de las “ideologías foráneas”.

Emilio Fernández

En ocasión de la inauguración del memorial de los presos del penal de libertad, se habló mucho de los que no salieron de allí con vida y mi memoria fue hacia uno de ellos, Emilio Fernández, un viejo militante municipal comunista. Murió de un infarto a los 60 y pico de años por el 80 u 81, pero creo haber sido testigo del origen del proceso que lo llevó a la muerte.

En el 76 yo fui al hospital militar para un estudio. En un momento dado, el enfermero que le estaba haciendo una curación a Emilio es llamado de afuera de la sala y pide que alguno de nosotros lo siga curando. Yo me ofrecí preguntando qué había que hacer.

Emilio tenía en sus piernas lo que me parecieron grandes llagas infectadas, como grandes manchas amarillas que había que sacarle con una especie de cucharita. Como me vio algo vacilante, el enfermero me dijo “sacá tranquilo que es bien hondo”. Efectivamente metí aquel cucharín algo así como 1cm y recogí materia varias veces. Cada tanto, al mirarlo, veía su expresión, medio risueña en aquel largo rostro curtido, susurrándome “dale que no pasa nada”. Claro, qué iba a pasar, si el que lo “judeaba” era un compañero, que aún no sabía que en el cuartel, molestos ante su silencio, sus torturadores colgaron cabeza abajo sus 120 y pico de quilos, amarrando sus piernas con bolsas de arpillera mojada con la costura hacia adentro que, al secarse tajearon la carne como cuchillos afilados.

Cuando lo volví a encontrar, en el 3°A izquierda, tenía reposo absoluto porque casi no caminaba. Apenas recorría los pocos metros que lo separaban de las duchas para bañarse. Así que no salía al recreo y ni hablar de trabajar. Sedentarismo total.

Una vez me mandaron a acompañarlo a su celda en un recreo. A pedido mío, me contó gran parte de su vida de modesto militante de base en "El Municipio", como se decía en su tiempo, en el tiempo de Idilio Pereira, gran constructor de ADEOM.

Poco tiempo después, al volver de un recreo nos dejaron encerrados en la celda sin ir al baño, como era habitual. No demoró mucho en llegarnos la noticia. Había finalizado la resistencia de Emilio.

¡Cómo me gustaría que estas historias sean del conocimiento de los intendentes y de los ediles del FA, porque así pueden tener presente todos los días de dónde viene y cómo se gestó la posibilidad del cargo que ocupan! Porque hubo centenares, miles de Emilio Fernández que dieron su vida y su libertad para ser hoy gobierno. Es bueno que nadie lo olvide.

La mirada de Tota

"Nanito, ya estoy vieja, me queda poco y me voy a morir sin saber nada de Elenita. Yo estoy segura que me la mataron, pero al menos quiero saber dónde está."

Y así fue; Tota Quinteros se fue sin saber dónde, al menos, poder llevarle flores a su hija detenida y desaparecida por la dictadura.

Esa fue la última vez que vi a Tota.

Muchos de los recuerdos más lindos de mi infancia, tienen que ver con ella, con los días enteros en su casa de Escalada y Ramón Cáceres, limpiando el sótano para hacer un "club de Tobi", desayunando, almorzando, cenando, o ideando travesuras con Roberto. Pensar en mi infancia en el Prado, es pensar, inevitablemente en aquella divina Tota, humilde, de mirada triste, generosa, solidaria y luchadora.

Ya grande, entendí por qué cuando "llegaba gente" a su casa, yo debía irme a la mía o irme al cuarto de Roberto. Y por qué, cuando íbamos al tablado del Club Stockolmo y luego de pintarnos la cara con las caras de los murguistas, debíamos salir rápido, agarrados de la mano, antes de que terminara el último conjunto.

Nunca me voy a olvidar cuando vino a despedirse a casa, porque se iba a Suecia siguiendo una pista que podría llevarla a Elena. A su Elenita.

Aquellos ojos tristes, por primera vez en mucho tiempo, tenían un destello de esperanza.

Esa que persiguió hasta el último día.

Desobedientes

Punta de Rieles. Aquella cárcel.

Donde era necesario decir que No.

Donde era preciso hacer cosas prohibidas y no fingir voluntad hacia cosas obligadas.

Donde la azada subía a ritmo interminable, contenida, terca.

Donde se escuchaba el canto allí justo cuando no se podía cantar.

Donde se miraba por la ventana que sólo debía ocultar.

Donde se enlentecía el paso que se debía apurar.

Donde la mirada se escapaba del piso al que la mandaban.

Donde los mil modos de saludos flameaban allí donde debía reinar el desconocimiento y la indiferencia.

Donde el poema era a todo pulmón y el "presente" en la lista porfiadamente un susurro.

Donde había que aprender y enseñar a leer y a escribir, en el suelo con los dedos y en la pared con los puños.

Donde el amor sí dijo Sí.

Y apretó los dientes para conservarse, crecer y derramarse.

El amor que se tejió entre lanas, risas, abrazos.

Se trenzó en el adentro y el afuera.

Se bordó con frente alta y caminar erguido.

Se cosió al pasado e hilvanó futuro.

50 años

Mi nombre es Sylvia y tengo 56 años. Mi infancia la viví en el Barrio Malvín Norte, en la calle Gallinal cerca de Camino Carrasco. Mis padres alquilaron una casa de un dormitorio. Éramos 4 integrantes: mis padres, mi hermano 2 años mayor y yo.

Vivíamos rodeados de fábricas. Casi pegado a casa había una de ladrillos refractarios, enfrente; una de fundición de baterías y a unas ocho casas, una metalúrgica. Por Camino Carrasco estaba la de ladrillos Andrés Deus, que marcaba nuestras vidas con su sirena a las 7 de la mañana y a las 5 de la tarde.

A pocos días de cumplir 7 años, se daba el golpe de estado en Uruguay. Y si bien no era consciente de nada de eso, sí empezaron a cambiar las cosas.

Mi hermano mayor Ernesto me llevaba 15 años, no vivía con nosotros y se había casado hacía poco. Y en casa se notaba que algo pasaba por las reuniones que había o las salidas de mis padres para encontrarse fuera de casa con conocidos. Varias veces fueron con nosotros.

Una de mis amigas, mayor que yo unos 5 años; era hija de inmigrantes españoles que vivían en el predio de la fábrica de ladrillos a unos 50 metros de mi casa. Ellos eran encargados en la fábrica. Su padre era un hombre muy callado y el ambiente dentro de la casa estaba marcado por la religiosidad. En el comedor tenían un aparador con la Virgen, un cuadro de Jesús, un gran rosario y la foto de mi amiga tomando la comunión. Junto a este mueble estaba la televisión. Nosotras jugábamos en el fondo, que tenía un patio techado y un gran jardín al costado de la casa. La gran novedad fue que su perra estaba preñada y

yo, estaba emocionada esperando que nacieran los cachorros. Cuando nacieron los perritos fui a su casa a verlos; eran varios y hermosos.

Mientras estábamos ahí, el padre encerró a la perra en un pequeño galpón que tenía la puerta de madera con listones separados, por los cuales se podía ver de los dos lados; agarró una bolsa de arpillera; metió a todos los perritos y en un tanque de agua a dos metros de donde estaba la perra y nosotras, los ahogó. Nunca voy a olvidar los aullidos y la desesperación de la perra contra la puerta y el llanto de los cachorros. Fue sólo un trámite...los ahogó y los enterró. Esto es parte de lo que contaré más adelante.

A poco tiempo de casarse mi hermano y mi cuñada, fueron apresados. Mis padres nos dijeron que se habían ido de vacaciones. Al principio, mis padres no sabían cuál había sido el destino de los dos. Y ahí comenzaron a cambiar muchas cosas. Sintonizar la tele para escuchar los comunicados de prensa de las FFAA era algo habitual en todas las casas. Y una tarde estando en la casa de mi amiga antes referida, estábamos jugando en su comedor. Estaba su madre escuchando la clásica marcha militar que antecedía al comunicado de prensa. Allí iban pasando las fotos con los nombres de los presos, hasta que apareció la foto de mi hermano con su nombre completo. Y la señora me empezó a gritar: “TUPAMARO,TUPAMARO, TU HERMANO ES UN TUPAMARO!!!”.

Fue tan horrible como ver ahogar a los perritos! .Salí llorando y corriendo para mi casa. En ese momento mi madre también estaba mirando la tele y creo que ella se enteraba en ese momento que su hijo político estaba vivo! Pero preso....

Recuerdo que hicieron un allanamiento en mi casa y me quedaron grabadas las botas del milico. El tamaño y el ruido al caminar, recorriendo el pasillo desde la entrada hasta el fondo; marcando autoridad. Y sus largos rifles. Y ahí se instauró el miedo...

Miedo a lo que podía pasar, a lo que podían encontrar o a quién se podían llevar.

Después de eso, recuerdo a mis padres rompiendo discos, embolsando libros y llevando en la noche todo lo que pudiera ser "subversivo" a un basural lejano.

Ya veníamos mal económicamente, pero la dictadura nos atravesó por todos lados. La dificultad para pagar el alquiler, comprar comida, pagar el colegio, pagar la libreta del almacén, la falta de trabajo. El arroz con huevo fritos y el pan con dulce de membrillo fueron un clásico de la semana, de los meses... Cada día era un desafío para mis padres poder poner comida en la mesa. Entre tantas dificultades, se sumaban las hostilidades. Frente a mi casa, vivía un vecino que era el dueño de la metalúrgica. Un hombre muy robusto, pachequista él, que prácticamente nos había visto nacer. Eso no impidió que desde su jardín cruzando la calle, nos gritara a mi hermano y a mí: "VAYANSE PARA CUBA, COMUNISTAS DE MIERDA". ¿Qué sentía yo? ¡Miedo! Pero no entendía...

Nuestros padres nos mandaban al Colegio Cristo Salvador De Belén. El padre Julio Elizaga era el cura encargado de la escuela. Y de hacernos marchar a las 8 de la mañana todos los días, marcando el paso con una campana y diciendo: "izquierda, izquierda, izquierda, derecha, izquierda" A fin de año se bailaba el pericón y la marcha militar aprendida en el patio, con el tedio y el dolor en los pies pues mis zapatos tenían las suelas rotas, rellenas de papel de diario. Y el pedregullo del patio no tenía compasión....

Las idas al penal de Libertad eran espaciadas y siempre esperaba ansiosa para ir. Faltaba a la escuela y salíamos en la madrugada desde casa hasta la Plaza Libertad para tomar la Onda. Era una travesía llegar y después comenzar los trámites. En la entrada se presentaban los documentos y esperar. Luego, un camino larguísimo sobre todo en invierno con lluvia, cuando los milicos en camión pasaban junto a las personas y buscaban los pozos con agua para empaparnos. Otra práctica era pasar a nuestro lado y escupirnos.

Tengo grabada la imagen de familiares caminado en fila india.

Recuerdo que escuchaba que en la “isla” había gente “enterrada”. Eran los Tupas. Después, otro control más con la ansiedad que eso implicaba. Por cualquier motivo podían negar la visita. Y a los niños nos revisaban todo. Al principio hablábamos por teléfono a través de un panel de vidrio. Mi hermano para ellos era un número: “684”. Cuando nos dejaron entrar al patio y poder tener visitas de contacto, no sólo era la emoción de ver y abrazar a mi hermano mayor, sino que nos convertimos en palomas mensajeras. Y recuerdo abrazarlo y susurrarle al oído; noticias que me había memorizado muy bien. Éramos niños cumpliendo una misión que me ponía contenta de cumplir, sin entender mucho. Era la única forma de que tuvieran noticias del afuera o de otros compañeros de primera mano. Mi hermano nos daba trufas y artesanías que hasta el día de hoy he conservado. Actualmente se las entregué a él para que las expongan en el Museo de la Memoria.

Mi cuñada y mi hermano tuvieron la “suerte” de salir en libertad si mal no recuerdo en 1976. Retomaron sus vidas y formaron su familia juntos hasta hoy día. El día que liberaron a mi hermano, recuerdo a mis padres llorando y abrazándolo con su atado de ropa. Eran emociones muy fuertes y me resultan difusos los hechos.

Pero la dictadura militar afectó todo, la economía, el trabajo (la falta de él) la educación, la vida diaria. Y como niña que era y adolescente, no hubo forma de evitar que todo eso causara un impacto permanente. Las dificultades y las carencias fueron lo cotidiano.

Acá he tratado a grandes rasgos de plasmar los recuerdos más vívidos y tal vez los que puedan generar a quien lea, una visión más clara de los años de dictadura.

Los años de liceo con las adscriptas controlando el uniforme, la corbata, el largo de la pollera, el escudo... en el liceo 33, 34 y luego el IAVA. Por el simple hecho de ser jóvenes, éramos sospechosos. Pero algo empezaba a cambiar. Tuve el privilegio de estar en el acto del Río de Libertad en 1983 en el Obelisco. Fue el preámbulo para el final de los “dioses con pies de barro”.

Si escribo esto hoy, es porque siento la necesidad de dejar plasmado de alguna forma cómo se vivió en dictadura el terrorismo de estado y por hacer un aporte a la memoria. Me es más fácil escribir que expresarme hablando, pero también porque siento que hay un cierto pacto de silencio auto impuesto, que de eso no se habla, que ya pasó. Seguramente haya miles de vivencias y testimonios guardados en algún lugarcito de la memoria y qué mejor que se puedan recabar la mayor cantidad de relatos para recordar hoy a 50 años del golpe de estado cómo impactó en el común de la gente, más allá de todas las atrocidades cometidas por los militares y sus cómplices.

Creo que como sociedad estamos un poco anestesiados frente a la actualidad, a cómo han permeado las formas más radicales de la derecha en nuestra institucionalidad, teniendo un partido militar en el Parlamento. Se torna peligroso cuando como sociedad nos invade el desconocimiento, el desinterés, la apatía.

¡Por eso aplaudo esta convocatoria que Uds. hacen, para traer al presente un pasado reciente, que no puede volver NUNCA MÁS!

Acerca de la resistencia y lucha invisibilizada de mi madre y tantas otras mujeres contra el terrorismo de Estado

Recuerdo cómo se le iluminaba la cara a mi madre, cuando me contaba de la vez que escuchó al Che Guevara en el Paraninfo de la Universidad de la República. Eso fue el 17 de agosto de 1961 cuando el Che se dirigió al pueblo uruguayo en un discurso que a mi madre le quedó grabado a fuego: la revolución cubana, el imperialismo como enemigo común de todas las opresiones y la visión latinoamericanista de unidad de lucha contra ese enemigo.

En ese momento estaba de novia con mi padre, con quien se casó un año y pico más tarde. Él era bancario, militante sindical y posteriormente, se integró a la organización Resistencia Obrero Estudiantil (ROE). Cuando se casaron, mi madre dictó clases particulares de francés durante un tiempo y se dedicaba a las tareas domésticas. Mi hermana y yo llegamos 10 años después.

Hoy me gustaría hablar de mi madre como una de las tantas activas militantes durante el terrorismo de Estado, cuya lucha quedó invisibilizada. Posiblemente porque era mujer y porque tanto la sociedad como ella misma, se veía más en su rol de ama de casa y de madre, que de militante y luchadora por ese mundo de justicia social del cual el Che la había terminado de convencer en aquel discurso y en las lecturas que ella luego emprendió. Esos libros, que cuando nos tuvimos que exiliar, quedaron en la casa de mis abuelos en Cardal que, por tratarse mi abuelo, de un hombre reconocido en su pueblo y del Partido Colorado, nunca le allanaron la casa.

Mi madre, como otras mujeres de su época, era quien esperaba a mi

padre con la cena pronta, la casa limpia, y la ropa lavada y planchada, cuando llegaba de trabajar y de las largas horas de reuniones y actividades militantes en su sindicato y en la ROE. Hace poco mi padre me dijo que él había podido militar justamente porque mi madre se había hecho cargo de la casa y de nosotras, mi hermana y yo.

Pero mi madre también fue quien trillaba por los cuarteles, para ver dónde estaba, cuando mi padre no volvía a casa. Y no era fácil para una mujer, y además joven, transitar por esos lugares donde incluso cabía la posibilidad de quedar también detenida. Sin embargo, ella en ningún momento dudó en hacerlo. Recordaba las largas horas de espera, recordaba el destrato que recibía, y recordaba con mucho dolor haber sido acompañada en alguna oportunidad por Fernando Miranda, que en su auto la llevaba de cuartel a cuartel. Miranda era amigo de mi tío, también escribano y docente como él, y mi madre siempre lo recordaba como un hombre generoso y solidario que, sin embargo, fue quien terminó siendo detenido y desaparecido. Sus restos aparecieron en el año 2006 y cuando nos enteramos por la televisión, fue un impacto emocional tremendo para toda nuestra familia.

Uno de los relatos que tengo muy presente, es el de un muchacho que pasó días escondido en nuestro apartamento. Ella lo recordaba con mucha dulzura y también con tristeza por nunca haber sabido su nombre y su destino. Se le escuchaba la angustia en su voz, cuando se preguntaba si no sería, hoy, un desaparecido. Mi madre me contaba que el muchacho no hablaba y andaba durante el día y la noche descalzo para que nadie pudiera sospechar que estaba allí. Y también que me hamacaba en la mecedora y se le iluminaba la cara al mirarme y abrazarme.

Mi madre fue la que también resistió los allanamientos a nuestro apartamento cuando mi padre se tuvo que ir a Buenos Aires. Conmigo de 3 años recién cumplidos y embarazada de mi hermana, se enfrentó a los milicos cuando venían a buscar a mi padre. Hubo gente muy querida que la ayudó, pero también familiares cercanos, como mi tía abuela, que le decían que dejara a mi padre “porque ese muchacho estaba

metido en cosas raras". Posiblemente la motivara el miedo o también la ignorancia de lo que estaba pasando en el país para "aconsejarle" eso a mi madre. Contrario a algunos consejos que le daban, como separarse de mi padre, luego de que nació mi hermana, mi madre decidió vender el apartamento y seguir a mi padre a Buenos Aires.

Allí tuvimos un breve tiempo de tranquilidad. Recuerdo un paseo que hicimos a Mar del Tuyú donde hay fotos que se nos veía felices. Esa aparente tranquilidad terminó cuando mis abuelos les avisaron que la foto y nombre de ambos aparecieron en la televisión uruguaya. Estaban requeridos por tratarse de "peligrosos subversivos".

Y aquí es justamente donde quiero resaltar su activa militancia, seguramente desde otro lugar que la de mi padre, pero igualmente válida porque los milicos la estaban requiriendo.

Luego de eso, empezó la odisea por distintos lugares desde donde mis padres junto a nosotras le fueron escapando a la posible detención, tortura y desaparición, que fue la suerte que corrieron muchas compañeras y compañeros de mi padre - incluso niños y niñas - integrantes del ya conformado Partido por la Victoria del Pueblo (PVP).

El terror se le hacía visible en su cara cuando relataba esta etapa y su mayor miedo: que nos pasara algo a mi hermana o a mí.

En el año 1976 – estando aún en Buenos Aires - ingresamos a un refugio para refugiados políticos y en setiembre de ese mismo año, nos trasladaron por medio de ACNUR, con escoltas, al aeropuerto donde subimos a un avión que nos aterrizaría, salvos, en Austria. Allí pasamos 10 años, en los que mi madre aprendió el alemán para poder trabajar, también, fuera de su casa porque cuando regresaba, se encargaba de la misma, de mi hermana y de mí. Esto habilitó a mi padre a poder trabajar y retomar su militancia, fundando junto con otros compañeros y compañeras, el Comité de Solidaridad por Uruguay en Austria.

Recuerdo como habitual las conversaciones de mi madre y padre con relación a las actividades que se venían organizando, como peñas, charlas, marchas, informes sobre las presas y presos políticos, los compañeros

y compañeras que seguían siendo detenidas y desaparecidas, la misión médica, y también la venta de unas cajitas de fósforos para juntar fondos que decían “Der Widerstand wird siegen” que significa traducido, “La resistencia triunfará”. Todavía conservo una de esas cajitas, y los fósforos aún se encienden, y cuando veo ese fuego, veo la resistencia de tantos años y de tanta gente.

Al regresar al Uruguay en el año 1986, mi padre fue restituido en su trabajo como bancario y volvió a su militancia sindical. Mi madre, sin embargo, retornó a sus tareas domésticas y de cuidado (de hijas, cuñada, padre, madre, tía, etc. etc.). Pudo haberse amparado en la ley reparatoria como víctima del terrorismo de Estado, porque así lo fue, pero no lo hizo. Posiblemente porque ella misma nunca se reconoció como tal, a pesar de haberlo sido.

Desde el año 2019, un grupo de ex presas políticas se viene reuniendo para justamente visibilizar la lucha de mujeres que – desde los distintos lugares - resistieron durante la actuación ilegítima y el terrorismo de Estado en el Uruguay. El 27 de junio de este año que se cumplen 50 años del Golpe de Estado cívico-militar se va a inaugurar un Memorial frente al Palacio Legislativo en reconocimiento a todas estas mujeres. Seguramente ella, como tantas otras mujeres, recibirán su justo reconocimiento.

Su nombre era Ana María MANGO GIL.

El misterio del 151

Corría octubre del año 1972. El ejército había comenzado una operativa para hacer los traslados hacia el EMR N°1, Libertad, desde Montevideo, que consistía en concentrar grupos de detenidos en el establecimiento de Punta de Rieles.

Hasta ese momento, la cárcel de Punta de Rieles funcionaba con aquellos que, liberados, quedaban detenidos bajo medidas prontas de seguridad. Estando en los cuarteles habíamos escuchado el rumor de que a nosotros —los presos recientes— nos llevaban de a tandas y que de ahí saltábamos al penal de Libertad. Rumores que generalmente tenían alguna razón de ser.

En el cuartel dieron la orden de que todos debíamos afeitarnos el bigote. Estaba prohibido usarlo en Punta de Rieles. En manos del soldado peluquero fueron cayendo nuestros orgullosos bigotes que bajaban la comisura de los labios, uno a uno, generando una risa nerviosa al vernos con nuestras nuevas caras desbigotadas, casi que, de guacho, ¡mucho más jóvenes!

A los dos días de las caras lampiñas nombraron una lista de compañeros a ser trasladados con el instructivo acerca de qué cosas podíamos llevar. Todo debía estar en un solo bulto y ser de tal tamaño. El traslado fue tranquilo y al llegar fuimos conducidos sin mucha violencia a la celda en donde pasaríamos catorce días en ese interregno pre-penal de Libertad. A nosotros nos tocó el primer piso en un corredor de cuatro celdas, grandes como para catorce personas.

No podíamos creer que habíamos pasado del cuartel, con venda en los ojos (desde junio) al ahora en que podíamos ver a donde quisiéramos, charlar entre nosotros y con los compañeros que nos esperaban en la celda.

Uno no cree en coincidencias. En esa celda estaban dos compañeros con los que estaba involucrado y arreglamos versos de declaraciones y nos pusimos al día entre lo que sabíamos cantado y lo que no. También estaban Rubén Sassano y Arturo Dubra, dos animales políticos que daban ánimo a todo el mundo y que en ese lugar y en ese momento fueron de gran importancia para la preparación de la cana larga que nos esperaba.

Al expresar que no creía en coincidencias pienso en uno de los cohabitantes de esa gran celda que, más adelante, viviendo ya en el penal, notamos que colaboraba con los milicos. Se había puesto intratable con todos los compañeros, sin importar a qué tienda pertenecían. Había un molde que se repetía en los colaboradores y no daba lugar a error; una cantidad de pequeñas cosas que los vendían. Podía haber habido —desde aquellos tiempos— un ortiba entre nosotros…

Pero salvando esos detalles me abocaré al título de este relato.

Uno de los compañeros que habitaban la gran celda —lo nombraré como todos lo hacían— era el "judío" Levi (o Levy). Nunca vi su nombre escrito y entre nosotros lo llamábamos simplemente el "Judío". Que nadie pretenda ver en ese hecho una discriminación porque estábamos preocupados por otros temas que nos eran mucho más importantes. Aparte de eso, el Judío era un muy buen tipo que participaba por igual en todo lo que acontecía en la pequeñísima actividad social de la celda.

Había charlas mano a mano y de grupo, y en una de esas grupales, el Judío tomó la palabra y con voz temblorosa nos contó una experiencia por la que había pasado en un estado de terror total.

—Hace unos días me llevaron al penal… Me tiraron del camión y me obligaron a llevar mi bolsa en una mano. Un milico me agarró por la muñeca del otro brazo y me la llevó hacia atrás, tan alto que me partía el hombro y con la misma mano se agarró de la tricota que tenía puesta. Metió el palo en el hueco entre mi brazo y el cuerpo y me dirigía con él. Al entrar al celdario lo hicimos entre una fila de milicos que me daban garrote por donde cayera y comencé a subir una escalera que no sé cuántos pisos hice. Ahí me tiraron con fuerza en una celda muy chica y

cerraron la puerta con un golpe. Más o menos en media hora apareció otro milico que me llevó a la carrera escaleras abajo y me metió en un baño donde se estaban bañando otros compañeros. Sin jabón y con el agua que un milico encargado de la llave pasaba de fría a caliente.

Desnudo me pasaron enfrente —creo— y un médico milico me hizo un cuestionario hablado. Menos mal que dentro de los nervios me acordé de decirle que tenía una diabetes por la que me tenían que inyectar todos los días y precisaba un estricto régimen de comida.

Así como estaba, me pintaron una franja blanca en el pecho y pintaron también un número, el 151; me agarró otro milico, me sentó en un banquito y me rapó. No sé en qué momento me pusieron un uniforme azul, y milico mediante me llevaron a una celda y me tiraron ahí. Para mi sorpresa: en esa celda estaba la bolsa de ropa que yo había llevado.

Pero eso no es nada, ¡nos llevan ahí a morir! En dos días no me inyectaron, no me dieron recreo ni comida ni pude hablar con nadie. Tomaba agua de la canilla y cada vez que me recostaba en la cama abría la ventanita un milico y me gritaba: "¡GUARDE ARRESTO!". La primera noche dormí sentado, aterrorizado de que me descubrieran en la cama; para la segunda consideré que de noche sería posible y me acosté… Estaba loco de hambre y muy asustado…

Esa mañana me quitaron el uniforme y me mandaron de vuelta a Punta de Rieles.

Yo sé que es una mierda esto que les estoy contando, pero ustedes son compañeros y hay que ir prevenidos porque eso: ¡es la muerte!

De más está decir que durante los días que pasaron hasta el traslado al penal ese fue el tema principal de nuestras charlas. Una noche, tipo tres de la mañana y en medio de un griterío infernal: traslado al penal.

Los uniformes (mamelucos) eran grises y tenían cosido en el frente, a la izquierda y sobre la espalda, una tela blanca en donde imprimían los números que nos asignaban. Nos dieron de comer — ¡y muy bien los primeros tiempos! — y con el tiempo hubo recreos y todas esas cosas que hay en las cárceles.

Solo que esa no fue una cárcel común. Fue un experimento de prisión prolongada que dejó un saldo de muertos por enfermedad muy importante, así como suicidios, locura y "suicidados": en la Isla y en la barraca 3.

En las listas de compañeros que circulan por ahí el No 151 está vacío y aquí está la razón del porqué: el Judío Levi y su complicada diabetes conspiraron contra el sistema militar.

La tía Iris

La tía Iris se tuvo que exilar dos años después del golpe de estado. Nosotros, la familia nos enteramos por un comunicado de las Fuerzas Conjuntas que vimos por televisión, donde ella era requerida junto con otras personas por "Asociación para Delinquir". Recuerdo que mi madre se derrumbó desolada. Empezaron las llamadas de familiares y amigos, y mi madre no sabía qué decir.

La tía Iris, era la primera profesional de la familia. Había sido el orgullo de mis abuelos, que habían mandado a estudiar Ciencias Económicas a su hija a Montevideo desde Aiguá, con mucho sacrificio. Ella no los defraudó, fue una excelente estudiante e incluso estuvo becada un año en Francia, antes de recibirse. También muy joven empezó a trabajar como contadora, en el Ministerio de Economía. Siempre le gustó viajar, y volvía de sus viajes por el mundo cargada de regalos novedosos para todos. Esa generosidad también la llevó a ser de gran apoyo económico para su familia, sobre todo con mi madre, maestra divorciada con cuatro hijos, que sola mantenía nuestro hogar.

Así que aquel aviso por televisión fue una verdadera sacudida. A la tía Iris le avisaron que iba a ser detenida, y ni siquiera regresó a su apartamento. Con un modesto equipaje se tomó el "Vapor de la Carrera" y cruzó a Buenos Aires. En Montevideo, su hermana mayor retiró su dinero del banco, y dos días después cruzó también el Río de la Plata para acercarle sus ahorros. Pasarían 10 años hasta que las hermanas se volvieran a ver.

Así comenzó la odisea del exilio para la tía Iris. De Buenos Aires, voló a Barcelona donde amigos leales le dieron refugio en su hogar. Pero gran andariega como era, la tía Iris trabajó en Angola y Mozambique. Luego

volvió a España, y su periplo antes de volver a Uruguay, la llevó a trabajar con las Brigadas Sandinistas en Nicaragua. Estando lejos recibíamos noticias por medio de otras personas. Y siempre nos alegramos de esa distancia, porque sabíamos que sino la cárcel hubiera sido su destino en este país donde campeaba el proceso militar.

Todavía recuerdo con la alegría con que la recibimos a su regreso.

Hermanas, sobrinos y amigos fuimos al viejo aeropuerto de Carrasco con banderas uruguayas y una nicaragüense a recibirla. Mi madre lloraba emocionada y no paraba de abrazarla. Yo llevé a mis hijos pequeños que no conocían aquella tía abuela que venía de lejos. Fue una verdadera fiesta familiar su regreso. Y al poco tiempo nos confesó lo duro que fue estar lejos, solo porque prestó su apartamento para una reunión.

La tía Iris nos dejó en diciembre pasado con 93 años. Más allá de que sabíamos de exilados, presos políticos y desaparecidos durante los años de la dictadura, su exilio fue un acontecimiento que atravesaría duramente nuestra vida familiar en los largos años que duró.

La siesta

El miércoles pasado (22 de marzo) estuve en la presentación de un nuevo libro de autoría de Samuel Blixen (para nosotros El Bolita) y Nilo Patiño.

Mientras me firmaba una dedicatoria, recordé cuando, 47 años atrás, después de un frugal almuerzo, nos propusimos dormir una siesta,

- "¡Bueno! ¡Nos dormiremos una siesta!"

El Bolita se acomodó en la cucheta de arriba para aprovechar esa hora del día en la que nos autorizaban a estar un rato acostados.

Desde antes de comer, durante la comida y hasta ese momento, habíamos estado intercambiando sobre la lectura que teníamos entre manos. Habíamos conseguido por unos días el libro de Marta Harnecker "Los conceptos elementales del Materialismo Histórico".

El Bolita se recostó en la almohada, dejando el libro a su lado en la cama, abierto en la página en la que estábamos; después de la siesta seguíamos.

No recuerdo cuanto tiempo compartimos con el Bolita, pero sí recuerdo que fue intenso. De discusiones, de lecturas, de tareas que iban desde hacer un escabio con restos de frutas, construir escondrijos (berretines) para guardar papeles, hasta calentar agua con un calentador casero conectado en forma totalmente irregular a la corriente eléctrica. Los termos iban y venían, complementando el único litro de agua caliente que nos daban 2 veces al día.

En ese momento estábamos ocupando la 26 izquierda del 2°A. Para el que no conoce, era la última celda y frente a ella, a menos de un metro de la ventanilla, estaba la reja detrás de la cual, las 24 horas del

día, un guardia armado con una escopeta observaba y escuchaba.

Obviamente las discusiones y el intercambio no se quedaban restringidos al espacio cerrado en el que estábamos los dos solos, sino que continuaba asiduamente en los recreos, donde podíamos intercambiar solo de a dos y, lo que me ponía los pelos de punta, el acodarse a la ventanilla como si fuera el mostrador del bar.

El Gordo Machado (Alberto Machado Rodales), era el asiduo comensal de las discusiones de ventanilla, especialmente en los temas filosóficos que nos inquietaban. Cuando se iba le echaba en cara al Bolita, que ¡estaban discutiendo de materialismo dialéctico en las narices del guardia armado! No importa, ellos seguían; tal vez pensaban trasmitirle conocimientos al guardia. Pero, no, son características personales: cuando el Bolita se ponía a discutir, todo alrededor desaparecía. Lejos había quedado aquella noche de agosto del 70 en la que nos conocimos sin conocernos en un oscuro pasillo de la Jefatura de Policía. Esa noche había tenido el que sería mi último contacto por un tiempo. Habíamos terminado con Ariel en la esquina de Libertad y Bulevar España, a dos cuadras de facultad y de la casa de Ariel, frente al Sporting. Cuando nos separamos caminé por Bulevar Artigas, frente a facultad de Arquitectura (toda una osadía de mi parte, ya que estaba semi clandestino), para tomar el ómnibus. Allí me crucé con dos compañeros, uno de ellos Manuel Menéndez, con el que habíamos compartido muchas instancias en el último año y otro, más alto, al que no miré por prudencia (ahora que pienso, nunca le pregunté si era él).

Era sábado a la noche. El día antes habían detenido a la dirección en pleno del Movimiento y 48 horas después vencía el plazo dado para la ejecución de Mitrione. Me fui a la pensión y, al abrir la puerta, me estaban esperando dos tiras, hablando con el dueño de la pensión. La odisea de la noche. Subir a un coche que esperaba con su chofer; vendarme los ojos con mi propia bufanda; hacer varios kilómetros hasta descender en una playa, de la que nunca vi la arena, pero sí la sentí en los pies; el ruido del agua muy cerca y las preguntas frenéticas de los tiras mientras me rastrillaban un arma en la cabeza, preguntándome por el

paradero de Mitrione ya que me detectaron al seguir a un compañero médico que, supuestamente, había tratado la herida que sufrió en el desarrollo de su aprehensión. No sé si los convencí por el susto que tenía, o se cansaron, pero al rato estábamos en la seccional 9, en18 de Julio y Paullier, donde me tuvieron, en forma no muy placentera, siguiendo con las preguntas, unas 4 o 5 horas. Me llevaron como a las 6 de la mañana a la Jefatura de Policía; en un corredor en penumbra, reconocí en la oscuridad a Manuel. Y en ese grupo estaba el Bolita. Ahí nos tuvieron en vueltas, que si nos daban pentotal (el suero de la verdad), amenazas de todo tipo y al final, después de largos días, nos pasaron a un juez.

En realidad, conocí al Bolita unos 15 días después de esa noche, cuando por fin nos trasladaron a una docena de compañeros al penal de Punta Carretas.

Por diferentes vías, ambos terminamos saliendo de allí (él salió en libertad a los 5 meses y yo, junto a más de 100, a los 13 meses por un túnel) y 6 años más tarde terminamos compartiendo habitación y productivos e intensos intercambios de ideas. Creo caracterizarme por tener un pensamiento ordenado y hasta excesivamente racional. El Bolita se volaba en los razonamientos y cuando empezaba a refutarlo se me iba cambiando de posición en su razonamiento, con lo que nunca podía refutarle lo que estaba fundamentando, porque ya no lo estaba haciendo. Algunas veces me ponía de mal humor y lo acusaba de maniobrero.

Pero fue un período inolvidable. Hasta nos bautizamos como teóricos (Eructerio Pellón el Grande y el Chico, por los casi 30 cms de altura que nos diferencia), y nos jactábamos de haber enunciado la cuarta ley de la dialéctica que complementaba las tres básicas de todo manual (¡Afanasiev mediante!).

¿Media hora de siesta?

El cerrojo de la puerta se abrió bruscamente, sacándome de un sueño superficial pero reparador. Antes de terminar de pararme, tenía delante de mí un coronel del ejército acompañado por un capitán,

mientras el sargento de piso nos miraba desde la puerta. El Bolita ya había saltado desde la cucheta y los dos estábamos parados firmes como imponían las normas de conducta que nos regían.

El coronel venía a increpar al Bolita (eso me pasa por estar con un famoso), seguramente para sacarse alguna frustración personal. Mientras hablaba iba recorriendo la celda, mirando las cosas que teníamos, entre ellas el libro de Marta Harnecker que descansaba abierto encima de la cama.

Esto duró unos pocos minutos en los que el Bolita iba respondiendo al coronel en forma de monosílabos; a mí nunca se dirigió. Luego el coronel, acompañado por el capitán y el sargento, se dio media vuelta y se fueron cerrando la puerta fuertemente. Nos quedamos mirándonos y ya sabíamos que eso no iba a quedar así.

Efectivamente, 2 minutos después se vuelve a abrir la puerta: "¡Salgan!". Y allí, como tantas veces, de plantón al lado de la puerta, con las manos atrás y mirando la pared, sentíamos como revolvían todo, tirando, rompiendo.

Luego salieron capitán y sargento y nos mostraron el libro, obviamente, preguntaron por la conexión eléctrica (¿?): "no sé, eso estaba ahí cuando nos trajeron!", El berretín estantería de cartón sueco nos miraba destrozado en el piso y el puñado de hojas que contenía lucía arrugado en la mano del sargento. Eso sí, nos fuimos con la angustia de no saber si habían encontrado el berretín donde teníamos papeles de nuestro funcionamiento interno.

La orden fue rápida: "¡Agarren el colchón! ¡A la Isla!"

Nos costó un mes la broma y el Bolita algún día más.

Al regreso me volvieron a la misma celda y, lo primero que hice, fue mirar el escondrijo disimulado que teníamos, y allí se encontraba el canuto de lapicera sellado con las notas de papel cebolla dentro. ¡Intactas! ¡Un pequeño triunfo!

A los dos días me cambiaron de sector al 2° B, donde los compañeros

estaban de a uno por celda, donde estuve algunos meses

Al Bolita lo llevaron directamente de la Isla para ese sector, pero no a la misma ala que yo. El Bolita era muy peligroso, como volvió a señalar Gregory Randall en la presentación del libro el miércoles pasado y, por tanto, estuvo sólo hasta al final.

¡No volví a hablar con el Bolita hasta 10 años más tarde! ¡Y nunca hemos vuelto a hablar de la gratificante siesta de esa tarde memorable!

Día de la mujer 1970

Esto lo empecé a escribir unos días después del fallecimiento de Emilia Carlevaro y me queda su recuerdo.

Ese día, con Asdrúbal, esperábamos inquietos. El Negro y el Flaco Candán nos habían avisado que ese domingo iban a llegar a nuestro local, a 200 metros de la embajada norteamericana, con un regalo inesperado. Era domingo de mañana, 8 de marzo de 1970. Ya se conmemoraba el día de la mujer, pero no tenía la trascendencia que tiene hoy en día.

Estábamos en ese local de la calle Yaro desde hacía 9 meses y habían pasado por él una cantidad de gente, la mayoría clandestinos; algunos no, solamente venían a alguna actividad clandestina. Atrás habían quedado algunas discusiones trascendentes con compañeros que salieron de allí al operativo de Pando y fueron detenidos. Como el día que delante de la puerta se estacionaron como 8 "chanchitas" repletas de policías, se desplegaron por toda la cuadra y hubo que prepararse con las armas en la mano para decidir qué hacer. Por suerte no era para nosotros, pero esa noche discutimos largamente cómo deberíamos comportarnos en esa instancia. ¿Defenderse? Sin duda. ¿Escapar? ¡Claro! Pero... ¿Salir a los tiros por la calle? ¿Y si en el enfrentamiento caía algún vecino que simplemente está ahí? ¿Está mi libertad por encima de la vida de alguien? No llegamos a ninguna conclusión, pero no teníamos una opinión unánime. Nuestro sueño, compartido, era el de una vida mejor para todos, pero eso no nos autorizaba a poner nuestra vida por encima de la de los demás.

El local en el que estábamos era un garaje en la planta baja de un edificio de cuatro plantas, con lugar para que se guardaran unos 40 autos de los vecinos por una módica suma. Un emprendimiento comercial que

había sido comprado unos días antes por un compañero con la excusa de iniciar un emprendimiento económico que mejorara sus ingresos como funcionario en la facultad de Ingeniería. Al frente, sobre la calle, contaba con una habitación de 4,5 x 3, con una pequeña cocina y un baño y un pequeño depósito junto a la habitación debajo de la escalera del edificio donde guardábamos lo que iba y venía, herramientas, armas y granadas, bolsas de documentos, etc. Era un local ideal para entrar en el interior de un vehículo a quien quisieras, sin que fuera visto por los vecinos. El fondo daba al patio de una escuela, y de tarde la vereda se llenaba de túnicas blancas y voces inquietas.

Ese día había un sol espléndido y esperaba intranquilo en la puerta del garage cuando llegó un auto desconocido, manejado por el flaco Candán, sin nadie acompañándolo. La puerta del garage estaba entreabierta, como todos los días cuando a la vista de los vecinos estaba alguien de nosotros. La abrí de par en par y el auto entró lentamente, rozando al entrar porque era muy bajito y venía con bastante más carga de la que parecía.

En ese momento había pocos autos, así que maniobró en el interior hasta detenerse. Se abrieron las puertas del auto y aparecieron desde abajo de los asientos tres compañeras que sabíamos presas en la cárcel de mujeres. Al menos yo lo sabía porque conocía a dos de ellas.

En ese momento nos enteramos de que el regalo que nos habían anunciado era el de recibir a tres compañeras recién fugadas de la cárcel de Cabildo, operación de la que, hasta ese momento, no teníamos ni la más remota idea.

¡Linda manera de conmemorar el día internacional de la mujer!

Emilia Carlevaro, Olga Barrios y Julia Armand Ugon, corrieron rápidamente a refugiarse en nuestra habitación y nos abrazamos estrechamente, emocionados. Olga había sido detenida en el operativo de Pando, exactamente 5 meses antes, ese 8 de octubre de 1969 en el que habían asesinado al que fue su compañero de vida, Jorge Salerno, cuyas canciones y sus sueños de una vida mejor nos acompañan hasta hoy. A ella la conocía de la facultad; su hermana Griselda hacía arquitectura

conmigo y habíamos compartido con Olga y Jorge el casamiento de Griselda y Walter. A Emilia también la conocía de facultad. Su pareja; el Nino Rocco, era uno de los más visibles militantes de nuestra agrupación, había pasado a la clandestinidad cuando detuvieron a Emilia unos 6 meses antes y lo habían detenido muy poco después. Me lo reencontraría en la cárcel de Punta Carretas unos 6 meses después y nos fugaríamos junto a 100 compañeros, pero eso entonces yo no lo sabía. A la tercera, Julia, no la conocía. Apenas había visto su foto en los diarios cuando había sido detenida unos meses atrás junto a Emilia y otras compañeras en un local donde, entre otras actividades, tenían un pequeño taller donde fabricaban nuestras granadas caseras.

Fue un gran festejo. Ni me acuerdo qué almorzamos, ni lo que hicimos. El Negro, que llegó caminando y el Flaco Candán, se fueron; pero antes dejaron, entre los platos, en el placard que colgaba de la pared de la cocina, un papel en el que escribieron un número de teléfono para ser usado en caso de extrema necesidad. Nunca llegué a mirar el número que, suponía, era el contacto directo con alguien de la dirección del MLN.

Julia no me conocía, pero por los saludos con Olga y Emilia, obviamente se dio cuenta de dónde venía yo. Lo que ninguno de los dos podía saber es que casi 25 años después le diseñaría su casita, a ella y su compañero Julio Listre, en Colonia Valdense, y que poco después de terminada fallecería de cáncer.

Con Olga habíamos compartido otras instancias cuando, año y medio atrás a mediados del 68, habíamos buscado la manera de tener algún entrenamiento de defensa personal. Dos razones nos llevaban a ello; por un lado, la policía nos había empezado a reprimir duramente en las calles cuando, defendidos por papeles y una fuerte convicción de que se debía hacer lo posible por vivir un mundo mejor para todos, salíamos a manifestar nuestro descontento. Por otro lado, no en nuestra facultad, pero si en varios centros de enseñanza, grupos de jóvenes de ideas ultraconservadoras, que luego formarían la JUP y posteriormente engrosarían las filas del escuadrón de la muerte, apaleaban a otros jóvenes tan sólo por el hecho de que pensaban de una manera diametralmente opuesta.

Frente a eso, algunos militantes nos planteamos la necesidad de

trabajar la preparación física en autodefensa personal. Coincidió que uno de los hermanos de Griselda y de Olga tenía preparación en el tema y nos dio una docena de clases de preparación que se dejaron cuando la represión policial pasó a otros niveles y ya no nos recibían a palos sino a tiros. Había que prepararse y defenderse de otra manera para conseguir la construcción de ese mundo de libertad social, con el que soñábamos.

Con Emilia habíamos compartido menos. Ella era la compañera de uno de nuestros líderes de la agrupación de militantes y solía llegar sobre el final de nuestras reuniones de los sábados a la tarde para acompañarnos en alguna salida que hacíamos a compartir una película y a comer una pizza. Rol que compartía con la "Cañita", la compañera del "Cañito", Daniel Brum de quienes tampoco podíamos saber entonces que casi 5 años después los fusilarían y dejarían tirados junto a otros 3 compañeros en una cuneta a las afueras de Soca, ella con un avanzado embarazo.

Recuerdo que esa noche, en el diario de la tarde, se publicaron las fotos de las 13 compañeras fugadas y otras fotos de alguno de nuestros compañeros clandestinos que, supuestamente, habían sido reconocidos en el operativo, entre ellos el Negro. En nuestro entusiasmo, recortamos las fotos del diario y se me ocurrió diseñar en una hoja un corazón, en el que pusimos la foto del Negro en el centro y las 13 fotos conformando el corazón. ¡Te amamos, Negro!

Esos días compartíamos el local Asdrúbal y yo, que nos mostrábamos a los vecinos y Manuel que había compartido un grupo con Olga. Llevaba casi un año clandestino y estaba quedándose esos días allí. Emilia estaba entusiasmada y repetía:

"yo, como Prudencio Correa, otra vez no me agarran viva". ¡Qué lejos estaba de saber que su libertad, esa vez, no iba a completar una semana!

Visto en el tiempo, parecería que fue una trampa macabra.

Porque apenas 4 días después todos tuvieron que huir corriendo a raíz de la explosión de una de las granadas depositadas provisoriamente y que hasta es posible que hubiesen sido fabricadas por ellas mismas.

Nunca lo averiguamos y no lo sabremos.

Fue casi una trampa

Ellas no usaban esmalte de uñas

Visto en el tiempo, parecería que fue una trampa macabra, porque apenas 4 días después todos tuvieron que huir a raíz de la explosión de una de las granadas, que tal vez hubiesen sido fabricadas por ellas mismas.

En el pequeño cuartucho bajo la escalera del edificio, se apilaban varias cosas que habían llegado de otros locales, muchas veces evacuados apresuradamente antes de que llegara la policía. Allí habían descansado tres bolsas de arpillera con documentos obtenidos en la expropiación del Banco Francés e Italiano, del que los compañeros no pudieron llevarse ni un peso, pero sí se habían llevado la documentación del banco.

Durante muchos días, un funcionario del banco, compañero nuestro, estuvo yendo asiduamente a analizar la documentación y elaborar resúmenes que, cada varios días, se iban entregando a la prensa mostrando la sistemática corrupción de la banca que siempre trabaja en beneficio de los poderosos y en perjuicio de la mayoría de la población.

También descansaban herramientas; mi primera experiencia con una soldadura eléctrica fue con uno de esos aparatos llegados de casualidad.

También desde hacía unas semanas descansaba en el cuartucho un cajón de madera que había llegado de improviso y que se iban a llevar en cualquier momento. El baúl contenía, entre otras cosas, unas 20 granadas caseras, unos cilindros de papel laqueado rellenos de amonal casero, de las que precisamente el equipo que habían conformado Emilia y Julia se dedicaban a confeccionar.

Nuestras granadas tenían alguna particularidad. En primer lugar, que, a diferencia de las que vemos en las películas, no impulsaban esquirlas metálicas para herir a las personas. El efecto era un ruido enorme y, a poca distancia, el golpe de la onda expansiva del explosivo.

La fabricación era toda una artesanía. Con un papel rectangular protegido con laca, se armaba un cilindro de unos 5 cms de diámetro y unos 20 cms de largo. Se hacían varias capas de papel y quedaba con una consistencia rígida. Se le hacia un fondo con un disco de cartón que se fijaba al cilindro haciéndole un doblez al papel y sellando con laca. Ese cilindro se llenaba de amonal en polvo (explosivo casero) hasta unos 16 cms de los 20. En el amonal se introducía un detonador, un pequeño cilindro metálico de unos 5 milímetros de diámetro y 5 cms de largo, hueco, y que tenía en el extremo cerrado una pequeña cantidad de un fuerte explosivo y que se utiliza en las canteras para hacer explotar la dinamita. En el interior del cilindro se introducía una mecha de pólvora de combustión lenta, quemándose a una velocidad de 1 cm por segundo, de unos 6 o 7 centímetros de largo. En el extremo de la mecha se colocaba un pequeño trozo de papel de lija que apretaba en forma ajustada un alambre embebido de fósforo común. El alambre era de unos 5 centímetros, pasaba por un orificio de otro disco de cartón que tapaba el explosivo para mantenerlo apretado y terminaba en forma de un pequeño ojal. A este ojal se le ataba un hilo de unos 10 cms, atado en el extremo a un anillo del tipo de los llaveros. El hilo con el anillo quedaban metidos dentro del extremo del cilindro que sobraba y se sujetaba allí.

Para utilizar la granada, antes de arrojarla, se desplegaba el hilo, se metía el dedo en la anilla y se tiraba de él. Esto desplazaba de un tirón el alambre embebido en fósforo, el que al rozar fuertemente con el papel de lija encendía la mecha que, al cabo de 6 o 7 segundos, activaba el detonador y hacía estallar el explosivo.

Para fabricar todo esto había que tomar varias precauciones en los diversos detalles de esa artesanía. El papel debía quedar bien sellado de laca para que no se humedeciera el contenido, el cierre con los discos

de cartón debía ser hermético. El alambre con fósforo debía estar bien ajustado sobre la lija y en estrecho contacto con la pólvora de la mecha. El orificio por donde salía el hilo se sellaba con clara de huevo. Y el detonador, ese cilindro metálico, debía estar protegido de su contacto con el explosivo para lo cual se lo pintaba con esmalte de uñas.

¿En qué momento se dejó de usar el esmalte de uñas?

Es cierto que la imagen personal no era una prioridad en esa época. Soñábamos con la construcción de un mundo nuevo, donde todo debía mostrarse como era. Los maquillajes y las pinturas no estaban entre las necesidades y solamente se usaban cuando era necesario aparentar algo que no era para pasar desapercibido o engañar a primera vista para alguna actividad.

Nunca supe si fue después que detuvieran al grupo de Emilia y Julia, que se perdió el detalle del esmalte de uñas, o fueron ellas mismas que no tenían la información de ese detalle.

Desgraciadamente, esto lo averiguamos después.

Me pidieron que consultara con el compañero con el que trabajaba, el ingeniero con el que tuve aquel accidente estúpido. Para eso el Poroncho me consiguió un par de granadas de ese tipo, para desarmarlas y ver que era. Cuando consulte al ingeniero, lo primero que me dijo “voy a buscar en la enciclopedia; ahí está todo”. Hoy diría, dejá que busco en internet, ahí está todo

Obviamente lo encontró. El amonal, en contacto con el metal del detonador, produce unos cristales sumamente inestables y por tanto altamente explosivos, por esa razón se deben aislar uno del otro. Abrimos las granadas que nos habían pasado y, efectivamente, el cilindro metálico del detonador aparecía completamente cubierto de unos cristalitos verdes (por el cobre), como un hierro oxidado. Al no estar sellado el detonador por no pasarle el esmalte de uñas, era una bomba de tiempo.

¡La trampa estaba preparada!

Era de noche, tarde, jueves de mediados de marzo. Había ido a facultad por primera vez en lo que iba del año. Y allí me llegó la noticia de la explosión.

Ese día no había estado sentado en el pasto pintarrajeando en nuestros sueños compartidos las formas cambiantes de ese mundo nuevo que estábamos empecinados en construir. Mundo que no sabíamos cómo era, sólo sabíamos algo de cómo no debía ser. Poco sabía de marxismo y comunismo desde mi formación cristiana, pero sí me había calado hondo el sentido del prójimo. Nos llegaban pinceladas de una Cuba que se enfrentaba a poderosos. Pero no conocíamos Cuba. Pero, escuchar que en un año movilizaron a más de 100 mil brigadistas de 7 a 19 años con los que lograron erradicar el analfabetismo, estaba entre las cosas que soñábamos.

Ese día simplemente había ido a hacerme ver, porque mi ausencia tan prolongada podía ser sospechosa.

Era de noche, tarde, y ya me iba cuando tres compañeros de la agrupación, entre ellos Griselda, me pararon para decirme "¡No vayas al taller! Hubo una explosión".

Lo que pasó esa noche apenas lo pude reconstruir algunos días después. Lo pude reconstruir con fragmentos de relatos que fui escuchando a lo largo de los años. Olga, Emilia, Julia y Manuel estaban en la habitación charlando. Manuel, de pantalones cortos y descalzo, porque era marzo y la habitación era pequeña y estaban cuatro a cinco personas en ella con las ventanas cerradas para que las conversaciones no se escucharan desde la calle, le explicaba algo a Emilia de espaldas al habitáculo bajo la escalera, cuando los aturdió un enorme ruido, que los empujó hacia adelante, y la habitación se llenó completamente de una nube brillante de polvo de aluminio. Había explotado una de las 20 granadas que había desarrollado los cristales explosivos, pero, por suerte, había perdido gran parte de su potencia explosiva.

No sé qué hizo cada uno. Sé que Manuel, en shorcito y descalzo, salió corriendo y a un par de cuadras entró en una casa donde los convenció de darle alguna ropa y calzado (4 talles más grandes que el suyo). Por

lo pronto, imagino, Olga se hizo un lugar para llamar a su hermana para que me avisara. Asdrúbal, no tengo idea. Emilia y Julia tampoco sé. Si nos enteramos ese fin de semana de que habían sido nuevamente detenidas en la casa de un compañero, Rodebel Cabrera, oriundo de Mercedes, radiotelegrafista de la armada nacional el cual fue duramente torturado por el inspector Moran Charquero.

Pobre Emilia. ¡Ella que se proponía no volver a caer presa con vida! ¡Otras cárceles la aguardaban a lo largo de su ajetreada vida!

En memoria de Emilia Carlevaro Bottero y de Julia Armand Ugón Courdin.

Justicia militar y disciplina canera

Todo empieza con la violenta captura y la inmediata tortura, más o menos prolongada. Seas inocente o estés "pesado", pasando por todos los estados intermedios, así es la cosa. Mucho hemos hablado y publicado sobre esta cruel práctica, así que no ahondaremos en ella.

Cuando los torturadores entienden que ya obtuvieron el resultado deseado, te sacan del submarino y al rato, aunque estés harapiento e impresentable, te hacen leer un acta espantosa y la tenés que firmar, si no, ¡volvés a la máquina! Con esa acta te procesan y te dan algo que es lo que te espera, por ejemplo, de seis a dieciocho años de penitenciaría.

Con ese sencillo procedimiento -atroz para la víctima-, ya te ganaste el derecho a una larga estadía en los penales de Libertad, Punta de Rieles y otros emblemáticos "establecimientos".

Allí comienza otra vida, a la que hay que acostumbrarse. Hay reglas escritas que no te las dan a conocer, las vas conociendo a fuerza de sanciones. Pero, sobre todo, está el libre albedrío de los oficiales, sargentos, cabos y milicos rasos. Esos siempre tienen razón. Aunque te toreen, insulten, tiren tus cosas al suelo, rompan tus fotos y cartas queridas, ellos siempre tienen razón. Y por poquito que reacciones, vas a la "isla"-, tétrico calabozo de aislamiento, frío y húmedo- por períodos que raras veces bajan de un mes.

Sin embargo, lo cotidiano es que te sancionen por pavadas, castigos que van de tres días hasta una semana sin recreo, y si es un poco mayor, te dejen sin visita. Esto duele mucho, ya que las visitas son cada quince días con familiares adultos y cada mes, con los niños. Perderte una visita equivale a un montón de tiempo sin ver y abrazar a tus seres queridos.

En julio de 2016 tuve acceso a copia de mi expediente, gracias al Ministerio de Educación y Cultura de nuestro gobierno. Este publicó los prontuarios de todos los ciudadanos que sufrieron algún tipo de represión por parte de los organismos del Estado. El mío abarca el período de la militancia, desde que llegué a Colonia en 1969 hasta años después la detención, la reclusión, la libertad vigilada y mi estadía en el exilio en tres continentes. De todas estas etapas había información, a veces cierta, la mayoría de las veces falsa, mentirosa o exagerada.

El expediente se abre con la siguiente caracterización: "Carácter normal, baja peligrosidad, alta ideologización". Esto fue escrito en el acta de procesamiento, en la que figuraba que no tenía propiedades. Mentira, nos confiscaron un humilde terreno que teníamos en La Tuna y un auto viejo en el que mi compañera me llevaba la comida al cuartel. Un triste día le ordenaron:

- ¡Bájese del auto y deme las llaves!-. Se tuvo que volver a casa a pie, llorando desolada, indignada y aterrada

---

Habiendo sido trasladado al penal en enero de 1974, contraje inmediatamente hepatitis. Pese a estar en reposo absoluto, entré en contacto con un mundo nuevo, la vida en la cárcel y las sanciones. Por ejemplo, me sancionaron por tener literatura marxista. Estaba leyendo "Piratas de agua dulce", de Groucho Marx. Durante ese período en que estaba enfermo, me sancionaron por "permitir que otro recluso se encontrara en mi celda", pese a que yo tenía guardia permanente de compañeros, y también por "no dedicar tiempo al trabajo".

Más adelante y ya recuperado, estando en barracas sufrí un par de sanciones colectivas por "proferir insultos al cabo sin que el autor se identificara" y muchas individuales, como las clásicas "hablar en formación", "no llevar las manos atrás" y una increíble: "estar levantado una hora y media después del silencio". Capaz que me había levantado para ir al baño.

En la barraca 5B éramos sancionados por las causas más insignificantes. Cualquier motivo servía para castigarnos. De vez en cuando salíamos al recreo, entre una sanción y otra. Casi todos éramos jóvenes, casi todos éramos deportistas y en esos esporádicos recreos salíamos a jugar fútbol o básquet con desesperación y sin entrenamiento, así que las lesiones eran frecuentes y a veces graves. De todas formas, nos esforzábamos sabiendo que poco después seríamos sancionados otra vez. En ese siguiente período de encierro tendríamos tiempo de recuperarnos hasta el próximo recreo, esguince o desgarro.

También tuve sanciones por "tomar asiento en una mesa no autorizada en el comedor", "elevar una solicitud improcedente para cambiar la visita", tuve una por "saludar a un recluso de otro sector imitando el saludo militar", una colectiva por "fabricar escabio" (bebida elaborada mediante la fermentación de frutas), muchas sanciones a mí por "hablar en formación" o "saludar reclusos de otras barracas", una por "jugar de mano en el sector promoviendo desórdenes" y lo más triste: una por "andar con el mameluco desprendido", dos sanciones por "tener la ropa totalmente sucia", una por "tener la frazada rota" y otra por "tener la barba larga". También tuve sanciones por "tener más fotos que las autorizadas", lo mismo por "tener más cartas que las autorizadas". Hay muchas más, decenas de sanciones más, algunas colectivas, muchas individuales.

Además de las sanciones que nos aplicaban diariamente, es destacable la tarea de Amanda, milica perversa que también sancionaba a los familiares en las visitas, por las razones más nimias imaginables. Era el terror de los niños y las compañeras que asistían a las visitas.

Todo esto le aconteció a un preso considerado de "poca peligrosidad presente y media peligrosidad futura", según un documento del año 1978. Decenas de sanciones a un preso de baja peligrosidad. Parece increíble. El capitán Hugo Molins, vecino de Araminda, era el oficial encargado de las barracas. Reconozco que me hizo un prolijo seguimiento, ayudado por los censores. Dos meses antes de cumplir la

pena, dejó estampado que habíamos manejado con mi compañera irnos al exterior, cosa que era cierta, y agregaba; “el fanatismo ideológico lo va a mantener, pero la perspectiva de volver a la cárcel le va a impedir meterse en líos nuevamente”.

Despues de haber sido procesado por “atentado a la constitución en grado de conspiración seguida de actos preparatorios y hurto”, mi familia designó como abogado para seguir el caso al Dr Saúl Cogan. Efímeras esperanzas, pronto Cogan tuvo que emprender el camino del exilio. Los abogados civiles tenían muy poco margen de maniobra y muchas veces eran hostigados por los represores.

Eso nos llevó a tomar una difícil decisión: pedir un abogado militar. El 11 de junio de 1974 fue designado como defensor el Cnel. Aníbal Rifas Silva. Allí empezaba otra etapa de la tarea de mi compañera María Orfilia. Aportarle a este señor toda la información que le pudiera servir para mi defensa.

Tiempo después, a Rifas Silva lo sustituyó el Dr. Daniel Artecona como mi defensor militar de oficio. A continuación, venía el “juicio” en segunda instancia. María Orfilia convocó a ocho amigos de Los Titanes y Araminda para testificar a mi favor, con el fin de demostrar que cuando se produjo el famoso “hurto”, yo estaba con ellos en el balneario. El resultado fue infructuoso, pero valoro enormemente el esfuerzo y valentía de mi esposa y los amigos testigos. Todos ellos aportaron sus declaraciones intentando demostrar mi inocencia. Pese a ello, me fue ratificada la sentencia de cinco años de penitenciaría.

Años después, la última instancia: pasar al pomposo Supremo Tribunal Militar. Resultado: confirmados los cinco años.

El 9 de noviembre el juez José Spinelli comunicó al penal que mi sentencia se cumpliría el 16 de octubre de 1978. Algo más de un mes después, el capitán Hugo Molins, que tanto me había verdugueado en las barracas, llamó a María Orfilia haciéndose el piola, para comunicarle

la buena noticia de que el 21 de noviembre sería soltado, cosa que efectivamente se realizó. El problema era el régimen de libertad vigilada. Ahí empezaba otra etapa del calvario: el hostigamiento en la calle, en el barrio y simulacros frente a mi casa.

Hay una hermosa casona en el Parque Rodó que llama la atención. Su dirección es Lauro Müller 2028. Cuando paso frente a ella me estremezco, me lleno de odio y rencor. Esa señorial casa era, en las épocas del terror, la sede de los juzgados militares y del Supremo Tribunal Militar. La justicia militar -esa triste parodia de un Poder Judicial que debería velar por impartir justicia a toda la ciudadanía- aplicaba sentencias desproporcionadas a los luchadores sociales con base en actas arrancadas en la tortura y, a la vez, amparaba a los represores.

Tres veces estuve en esa casa, dos de ellas desde el penal de Libertad y la tercera estando en una relativa libertad condicional. La primera vez fui transportado junto con otros compañeros en un camión militar blindado, encapuchados y con las esposas tan apretadas que dejaban profundas heridas en las muñecas. Cuando el camión que nos transportó llegó al juzgado, sentimos un alivio transitorio, por lo menos no habíamos llegado a un cuartel para ser torturados, pero a continuación empezaba otro sufrimiento, esperar con nerviosismo la sentencia.

Después de una larga y tensa espera, un amanuense me hizo firmar un papel con la dura noticia: cinco años de cárcel. De nada había servido la defensa ni la buena voluntad de los testigos que arriesgaron mucho para testimoniar a mi favor.

La vuelta al penal fue muy triste para mis compañeros y para mí. A los pocos días, mi vida carcelaria había retomado su ritmo normal y ya había asumido con resignación que me faltaban cuatro largos años.

La segunda vez que visité la bella y tenebrosa casona fue en las mismas condiciones: camión militar, capucha, hirientes esposas. Otra vez el alivio de llegar, seguido del nerviosismo aterrador. Me darían

la sentencia definitiva pronunciada por el pomposo Supremo Tribunal Militar. Este me confirmó los cinco años de pena, sólo que ahora faltaban apenas seis meses para su finalización. A la salida, enorme emoción. Antes de volver a la capucha, a las esposas y al camión, me permitieron estar cinco minutos con mi compañera, mi madre y mi suegra. Alegría, abrazos, besos y regreso al camión blindado y a las rejas.

Meses después recuperé la libertad, pero no cesaban las angustias, el hostigamiento, la presión. Horrible el primer contacto con la realidad del "afuera". Me dieron una larga lista de instrucciones sobre mis obligaciones, todo lo que no podía hacer. Como contrapartida, no tenía ningún derecho. Y lo peor: me tenía que presentar semanalmente en el cuartel para firmar una especie de lista de asistencia.

Un día me citaron para presentarme en uno de los juzgados militares sito en la tétrica casona.

-Vamos a escaparnos, Alfre, no vayas nada- me rogaba María Orfilia angustiada, aferrándose a mí sin soltarme.

-Dejame ir, si me citan es que no hay nada grave, si fuera algo serio me vendrían a buscar.

-Dale, escapémonos.

-No, me voy a presentar, si no vamos es peor. Además, no tenemos guita.

-Bueno, voy contigo.

Llegamos al juzgado muy asustados. Nos atendió un secretario que se las daba de piola, un mediocre y repugnante sujeto.

-No se preocupen, no pasa nada, los convoqué sólo para comunicarles la deuda.

- ¿Qué deuda?

-Señor, la deuda por gastos en su estadía en el penal. Lea aquí por favor.

Leímos el comunicado: “Por concepto de alojamiento, alimentación, atención médica, uniformes y cortes de pelo usted debe pagar al estado la suma de no me acuerdo cuántos pesos”.

Intenté protestar mientras mentalmente hacía la conversión de no me acuerdo cuántos pesos a dólares. Me daba la friolera de 14.000 dólares.

-Pero yo trabajé en el penal y eso no me lo remuneran. Nos sacaron un auto y un terreno en la playa y eso no me lo reconocen.

-Señor, todo eso no es conmigo. Fírmeme aquí que reconoce la deuda.

Firmé y aún tuve la osadía de seguir protestando, rojo de indignación.

-Yo le firmo, pero no tengo un peso, no tengo trabajo y menos aún esa inmensidad de dólares.

-No se preocupe amigo, este es un país libre y no se llevan preso a nadie por deudas. Si no fuera así, yo estaría en cana hace rato- respondió sobradoramente el tipo.

Salimos temblando, nos abrazamos en el parque y llorando nos hicimos una confesión que fue un pacto:

-Esta es la última que les bancamos, nos vamos a la mierda. Juntamos un poco de plata y rajamos a comenzar otra vida ¿ta?

La justicia tarda… mucho

Comenzaba el dìa 16 de octubre de 1973, fecha en que se cumplía el séptimo aniversario del comienzo de nuestro noviazgo. No llegamos a celebrarlo.

Pasadas las dos de la madrugada, golpearon furiosamente la puerta de nuestro apartamento en Colonia del Sacramento. Antes de que yo abriera civilizadamente, la arrancaron a patadas y continuaron conmigo. Eran como diez milicos armados hasta los dientes, con metralletas y un hermoso muestrario de artillería. Allí nomás me dieron una buena tunda como aperitivo de lo que me esperaba en el cuartel. Mi esposa lloraba aterrorizada y los pequeños Sebastián y Lucía por suerte no se despertaron y se salvaron de presenciar la espantosa escena.

Revisaron buscando material subversivo y, no habiéndolo encontrado, desparramaron todo lo que les pareció gracioso destruir y desparramar. Me llevaron encapuchado, esposado, a patadas y a empujones. Con las pocas palabras que podía con dificultad articular, trataba de consolar a María diciéndole que no tenía nada que ver y que pronto volvería. Ese "pronto" fue muy largo.

La llegada al Batallón de Infantería N° 4, más conocido como cuartel de Colonia, fue espeluznante, pero eso no era nada comparado con lo que me esperaba. En el calabozo me sacaron la ropa y seguí con las esposas y la capucha. En esas condiciones me llevaron a la "sala de máquinas". Ahí conocí en carne propia submarino, picana eléctrica en los testículos y otras partes, caballete, patadas, culatazos y plantón, mucho plantón, días y noches enteras de plantón. Todo esto debidamente supervisado por doctores para llegar al límite pero que no me muriera, aunque a

veces la habitual “mala praxis” de los profesionales de la salud terminó en la muerte de muchos compañeros.

En el plantón, capucha, esposas que apretaban tanto que se iban metiendo en la carne –aún tengo las marcas en las muñecas–, piernas abiertas, brazos levantados. Cuando por instinto intentaba juntar un poco las piernas, venía el patadón con botas gruesas en la parte interna de los tobillos. “¡Te dije que abrieras las piernas, pichi!” Aún recuerdo mis pantorrillas de entonces, se parecían a las patas de un elefante.

Todo eso desembocaba en una mezcla de delirio y amnesia que hacía perder la noción del día y la noche, de qué fecha era, de cuántos días venía durando eso, de quién sos, de por qué estás en eso. Sueños locos mientras dormía parado. Y sentía frío, mucho frío, eso también recuerdo.

Cuando veían que ya estaba totalmente destruido después de una buena sesión y de horas de plantón, me tiraban unas horas en el suelo del calabozo y, un rato después, otra vez a la paliza de rutina.

Un día, mucho tiempo después, paró todo ese infierno. Me hicieron firmar ante un triste funcionario un acta horrible donde constaban mis delitos, algunos inventados. Esa acta valió para ser procesado y después condenado por la “justicia” militar. En un breve encuentro, un milico raso más veterano y humano, me dijo que toda esta historia había durado doce días, y que los jefes de mi tortura, los oficiales verdugos, habían sido los capitanes Bonjour y Rosell, con la supervisón técnica de los doctores Visca y Solano. Yo no tenía ni idea, nunca me sacaron la capucha, nunca vi a nadie, pero sus patéticas voces, gritos, insultos, quedaron siempre grabados en mi memoria. Y nunca olvidé sus nombres.

Después de esos doce días de martirio, volví al calabozo y ahí me tuvieron, incomunicado. Pasé en ese cubículo dos meses y medio horribles, aburrido y sin saber qué iban a hacer conmigo, hasta que el 10 de enero de 1974, el juez militar de instrucción de cuarto turno me procesó por “atentado a la constitución en grado de conspiración seguida de actos preparatorios y hurto”.

Una madrugada, a comienzos del año, me desperté sobresaltado.

Gritos, llantos e insultos, a todo volumen, se oían desde mi calabozo. Era obvio que estaban torturando a mucha gente a poca distancia de mi alojamiento, horrible saber que a muchos compañeros anónimos les estaban aplicando los tormentos habituales en esa sala especializada del cuartel. Los sentía durante el día, y de noche mal podía dormir por el griterío pero, sobre todo, pensando en el sufrimiento de esa gente.

Días después fui trasladado al penal de Libertad. Ya no sentía los gritos de horror, pero me esperaba otra sorpresa. Al otro día de llegar, amanecí con hepatitis. Otros tres meses sin ver a mi familia.

Con el tiempo supe que los torturados de enero eran de una primera tanda de compañeros de Carmelo, los conocí en el penal y me contaron todo. Después hubo otras razzias en la misma ciudad. En una de ellas estaba "Chiquito" Perrini, detenido el 5 de febrero de 1974, que fue asesinado en la tortura pocos días después. Sus verdugos fueron Baudean, Puigvert y Barneix.

A la salida de varios años de cárcel en el penal de Libertad (sobre lo cual escribí y publiqué bastante), continuó en el "afuera" el asedio y el hostigamiento. Decidimos huir hacia la libertad. Después de muchos años de exilio en los cuales recuperamos, con María Orfilia y los hijos, la dicha familiar, creí haber superado (no olvidado) aquellos horribles días de la tortura. En 1997 regresamos al país definitivamente. Yo estaba lleno de rechazo y rencor hacia el país, pese a lo cual acompañamos los acontecimientos políticos con mucha pasión y participación.

Cuando íbamos a Colonia para visitar viejos amigos, evitaba pasar frente al cuartel. Eso no evitaba que allí me afloraran los tristes recuerdos del drama vivido en ese lugar.

Un día se desplomó la impunidad, y empezaron a caer presos los asesinos que, para los gobiernos de derecha, eran intocables. Habían vivido tranquilamente durante décadas. Al principio iban cayendo los más notorios, después muchos otros que tenían también sus pesados prontuarios. Nunca oí nada sobre mis torturadores.

El 8 de diciembre de 2022, la jueza Dra. Silvia Virginia Urioste Torres decretó el "procesamiento y prisión de Carlos Alberto Rosell Argimón, imputado por la comisión, en calidad de autor penalmente responsable de tres delitos de privación de libertad especialmente agravados, en concurrencia con reiterados delitos de violencia privada, especialmente agravados".

La investigación penal realizada por la Fiscalía Especializada en Crímenes de Lesa Humanidad, a cargo del fiscal Dr. Ricardo Perciballe, logró determinar que Rosell participó en la operación "Zapatos Rotos", por la que fueron secuestrados los militantes del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) Rodríguez y Celiberti, y que tenía como objetivo la detención del secretario general del PVP, Hugo Cores, en Brasil.

En el operativo también participaron Glauco Yannone, procesado por los mismos delitos, así como Eduardo Ferro, procesado anteriormente, y José Bassani. Los habían acompañado solidariamente represores brasileños.

La causa judicial había sido abierta por el equipo del Instituto de Estudios Legales y Sociales del Uruguay a principios de 1984 por tortura, secuestro, privación de libertad y sustracción de menores.

Rosell fue integrante de la OCOA y estuvo en el asesinato del militante Humberto Pascaretta. También podría haber estado involucrado en el secuestro y asesinato de Elena Quinteros, por lo menos negó aportar documentación sobre el caso cuando era comandante del batallón 13. Por esto no ha sido procesado, y tampoco por todas las atrocidades que cometió entre 1972 y 1985.

Para mí es un alivio que a uno de mis torturadores lo haya alcanzado la justicia, del otro no he sabido nada. Pero eso es un sentimiento muy personal.

Lo importante es que, pese a los enormes obstáculos, la justicia avanza, aunque tarde mucho.

Incertidumbre y fuerza

Enero de 1973, un calor sólido, un sol sin piedad que calienta las puertas corredizas, metálicas, de uno de los tres galpones de acopio del Puerto de Paysandú, un grupo de compañeras presas allí, bajo la atenta mirada de los soldados que desde una pasarela elevada las custodian, día y noche. Un enero detenido en el tiempo.

Sin radio, sin diarios, apenas con alguna novedad que se filtra en las visitas.

Un limbo caluroso.

Un 1972 negro: allanamientos, detenciones, capuchas, interrogatorios, muertos…, y ahora un tiempo sin tiempo, estibadas como antaño las mercaderías en tránsito, en aquel galpón, esperando.

Entonces febrero.

. . .

Cuando un ser humano pierde su libertad, se le agudizan todos los sentidos: ve los detalles que se pasan por alto en la vida libre; oye hasta la más pequeña e insulsa novedad o noticia; siente y hasta presiente los movimientos fuera de las rutinas. Está en alerta.

Entonces febrero, la hora del rancho del mediodía del 9, sin el ruido del motor del jeep que lo trae desde el cuartel, sin el alboroto de los soldados de la guardia que llegan con el rancho para sustituir a los que están, sin sus bromas tontas. Silencio. No hay cambio de guardia, no hay rancho…, algo pasa.

Una hora más tarde de lo habitual sirven un guiso frío y la guardia no ha cambiado, algo pasa.

Cuatro de la tarde no llaman a recreo, la guardia incambiada, algo pasa.

Ocho de la noche un jeep que llega, trajín casi silencioso de botas y ollas, reparten el rancho, no cambia la guardia, algo pasa.

En la pasarela desde donde nos controlan día y noche, han corrido la ametralladora y la han puesto en ángulo hacia nosotros. En los muelles silencio total. No vemos luces por las rendijas que son nuestras ventanas. Tocan silencio, algo pasa.

10 de febrero repetimos: la misma guardia, el mismo silencio, sin recreo, sin visitas, sin paquetes, algo pasa.

11 de febrero, ya son tres días de incertidumbre, de rutinas alteradas y entonces la orden: que cada una prepare sus cosas. De madrugada tocan para levantarse, todas formadas. Nos dividen en dos grupos. Uno a un camión con sus pertenencias. El otro a otro camión. Nos trasladan: ¿a dónde? algo pasa.

Pasará tiempo antes de que sepamos del 9 de febrero y toda su movida. Más tiempo pasará aún antes de que comprendamos qué está pasando: sin radio, sin diarios. El 12 de febrero llegamos al mediodía al Establecimiento Militar de Reclusión nº 1, en Paso de los Toros. Allí empezará nuestra reclusión en una cárcel militar. Allí estaremos en junio de 1973.

...

Toda cárcel tiene reglamentos, prohibiciones, horarios y el ser humano preso se va acostumbrando a las rutinas, los ruidos, los faltantes, las pequeñísimas satisfacciones. Ahora vestimos uniformes grises, tenemos asignado un número que pretende sustituir nuestro nombre, una celda, un sector. La cárcel de Paso de los Toros tiene dos sectores: izquierdo y derecho. Estoy en el derecho, el más chico: seis celdas distribuidas en dos espacios. Y vamos conociendo el régimen y sus normas. En junio de 1973 ya somos presas "viejas" con trucos y mañas. Pero sobre el final del mes y cuando cambia la guardia de soldados, masculinos y femeninas, no llegan los relevos…, algo pasa. Las

visitas en un penal a trasmano de todo son esporádicas, con suerte una vez al mes y ya han venido en junio. Tenemos una radio, una Spica. Pero su uso es restringido: nos dan la radio pasados diez minutos de las diez de la mañana, durante el recreo, y la retiran dos minutos antes de las once, soslayan los informativos. El dial está trancado en radio Paso de los Toros, pasan música y propaganda. No tenemos radio, no tenemos diarios, no tenemos noticias.

. . .

El 27 de junio, de contrabando, escuchamos en la radio de uno de los soldados de guardia en el techo, una marcha militar, es la primera alerta. Después nos forman en el patio y estamos un largo rato de pie esperando para escuchar finalmente, de boca del teniente de guardia, que a partir de la fecha no tendremos recreos, no tendremos visitas, no tendremos paquetes, no tendremos cartas: ¿por qué?

Entonces traen la Spica y escuchamos precedido de una marcha militar un comunicado de las FFAA haciéndose cargo del gobierno del país y es todo.

Antes de que nos encierren nuevamente en nuestras celdas una compañera grita: "golpe de Estado!!!, si hay Golpe hay Huelga!!!" ... Huelga General con ocupación de lugares de trabajo, la CNT lo resolvió en su primera plataforma como primer punto. Si hay Golpe, hay Huelga. Y nos vamos a las celdas. Estamos en la boca del lobo, pero sabemos que afuera se largó la Huelga General y cada día que pasa será un día de incertidumbre y de fuerza porque mientras nos tengan así, mientras estemos incomunicadas, mientras se los vea nerviosos …es que afuera se resiste.

Incertidumbre y fuerza, Huelga General: nosotros con la gente.

Un cura sin sotana

"Un cura sin sotana y sin parroquia no es cura" decía mi madre en tono desconfiado. Y menos si no oficiaba misa ni los domingos. El cura Mauricio se vestía de particular y lo habían dejado sin parroquia por sus constantes enfrentamientos con la jerarquía católica. Era fiel a la Teología de la Liberación y le gustaba el contacto con la gente pobre, con los que más necesitaban de la palabra de Cristo. Entre la jerarquía católica y los trabajadores pobres de su tierra, elegía siempre a estos últimos. Especialmente porque los primeros bendecían a la dictadura y se engalanaban con los oros y caireles de una iglesia que no llegaba a los cantes.

Lo conocí en los últimos años de la década de los 70 y los primeros de los 80. El cura Mauricio recorría casas de compañeros en los barrios humildes. Al llegar sacaba de su bolso gastado, un paquetito con un cuarto kilo de azúcar, algo de arroz o algunas cebaduras de yerba. Él conseguía buenos precios con los mayoristas, en productos de primera necesidad que luego fraccionaba y repartía entre gente allegada. Era como una cooperativa de consumo, pero sin actas, y él por supuesto no ganaba un peso, abarataba algo la canasta de muchas familias. Una o dos veces por mes llegaba a nuestra modesta morada en el barrio Capurro.

Sus visitas siempre eran un buen pretexto para hablar de los temas que nos interesaban: noticias de algún sindicato que se movía en las sombras reclamando mejores condiciones de trabajo; la organización de las empleadas domésticas ("las muchachas") que Mauricio alentaba; cosas del acontecer político o simplemente de la vida cotidiana. Era una forma de estar vinculados y sentirnos acompañados. Juntos festejamos

el NO del plebiscito de noviembre del año 80, como antes nos habíamos abrazado con el triunfo de la revolución Sandinista.

Por su estilo de vida, Mauricio nunca estaba quieto. Era una buena manera de no estar nunca en ningún lugar predeterminado. De esa forma, pernoctando aquí o allá, comiendo lo que fuera en cualquier lado, protegido por la gente de abajo, siempre conspirador y lejos del guante de la represión. Eternamente dispuesto a dar una mano, Mauricio estaba donde lo necesitaran los compañeros. Era de esos personajes necesarios, especialmente en los momentos difíciles. Y los años de la dictadura fueron verdaderamente difíciles.

Dejé de verlo cuando me tocó partir para el exilio, él nunca quiso alejarse de su gente, se quedó aguantando el chaparrón a pié firme. En abril de 1987, cuando el Papa Juan Pablo II visitó Uruguay y ofreció su histórica misa en Tres Cruces, Mauricio estaba allí, en primera fila. Lo descubrí en la pantalla del televisor.

A la vuelta del exilio europeo, tuvimos la oportunidad de concurrir juntos a la tercera edición del Foro Social Mundial, en Porto Alegre, en enero de 2003, con Lula recién posesionado en la presidencia de Brasil. Nos deleitamos escuchando al entonces Obispo de Chiapas, Mons. Samuel Ruiz García. En esa ocasión también pudimos disfrutar del recital gratuito del "Negro" Rada, en el marco del foro. Mauricio seguía siendo el mismo: un cura sin sotana, medio anarco, que trabajaba con los pobres y siempre tendía una mano solidaria.

Pero las vueltas de la vida suelen pasar factura. Una larga y cruel enfermedad se encarnizó con él, hasta que un día se lo llevó dejándonos con una soledad inmensa; como compensación nos quedó el recuerdo y su ejemplo. El cura Mauricio García, sin sotana, respondón y solidario quedará por siempre en nuestra memoria llegando con su bolso gastado a cuestas, llevando un mensaje de amor y solidaridad para con los de abajo.

Exilio

Eran tiempos de miedo, cuando policías, militares y algún civil patrullaban las calles en búsqueda de enemigos. El miedo como la niebla se metía por todos los rincones. Salir a la oscuridad de la noche en un barrio popular como Capurro, podía conducir a una razia. Especialmente a determinadas horas, cuando el sol dejaba de regalarnos su calor y los dueños de la vida y la muerte salían de cacería. Si era necesario aventurarse por esas callecitas mal iluminadas, no podías olvidar los documentos: lo primero que te exigían los uniformados eran las manos contra la pared y la cédula. Ellos decidían si regresabas a casa o pasabas la noche en la comisaría. El cacheo de rigor era inevitable.

Para hablar por teléfono había que ir hasta Zufriategui y Agraciada, allí había un aparato monedero en el bar de copas, que normalmente funcionaba bien. En caso de no poder comunicarse la opción era caminar hasta el bar De Vida, debajo del viaducto, haciendo esquina con Ángel Salvo. Allí prestaban el aparato y te cobraban la moneda.

El invierno del 81 parecía más frío que otros, tal vez por la humedad, por la falta de estufa o por lo limitado del alimento, eran tiempos de arroz con atún peruano, comprado de contrabando en la feria de los domingos. La cercanía del Miguelete se percibía por el olor nauseabundo de las aguas del arroyo, contaminado desde más arriba.

El cantegril cercano, que daba a Uruguayana y Pablo Zufriategui por un lado y a la orilla curvada del Miguelete por el otro, era visitado cada noche por las fuerzas policiales en búsqueda de algún delincuente menor, de alguna coima o por algún allanamiento fuera de hora; en verdad era una forma de molestar a los pobres; las prostitutas que salían de allí a trabajar debían pagar derecho al laburo.

Cuando había razia los habitantes del cante eran clientes seguros para el transporte de detenidos destinados a pasar la noche en una celda. Los malos tratos eran algo anecdótico y diario.

Lo mismo ocurría con las familias afro que fueron arrancadas del conventillo del Medio Mundo y trasladadas a los galpones de la textil Martínez Reyna, pegada a la estación de trenes Yatay, por ese tiempo en desuso. El edificio de tres pisos y ladrillos sin revocar que llegó a emplear más de 500 trabajadores fue convertido en depósito humano, desde donde se revalorizó al tambor como forma de resistencia.

Capurro, un barrio de laburantes con sus callecitas de adoquines, con frecuentes charcos de agua podrida, se veía colmada de gente a las horas de entrada y salida de los trabajos. Desde la avenida Agraciada hasta la Rambla Baltazar Brum, por Capurro, Francisco Gómez, Santiago Lavandera, Zufriategui o República Francesa, se cruzaban los obreros, se saludaban al pasar y seguían su camino para llevar el pan a la mesa familiar. Entretanto las fuerzas del orden permanecían vigilantes.

Eran tiempos de escuchar música en casetes grabados artesanalmente que iban perdiendo calidad a medida que se copiaban. La información llegaba tarde y mal, por emisoras de onda corta, ya que la censura amordazaba a la prensa nacional: Radio Habana, Radio Moscú, Radio Pekín ofrecían en nuestro idioma las noticias sobre el país que la prensa local no podía dar.

Así nos enteramos de que había desaparecidos en ambas orillas del Plata, que los cuerpos hallados en costas de Colonia y otras playas no eran de barcos orientales, sino de desaparecidos, previamente torturados y arrojados al mar. Las madres de Plaza de Mayo resistían con sus caminatas semanales frente a La Rosada; en Montevideo los familiares peleaban como podían.

El plebiscito constitucional de noviembre de 1980, mediante el cual la dictadura pretendió perpetuarse, había quedado atrás. El pueblo votó NO al autoritarismo. La respuesta de los militares fue más represión y más razias.

En ese clima me tocó ser detenido en una de esas razias nocturnas. En la comisaría de la calle Félix María Olmedo (Nº7) las celdas estaban abarrotadas, había que pasar la noche de pie. Al otro día un allanamiento en mi casa por tener antecedentes políticos; la desesperación de la familia, el embarazo de mi compañera, los apremios…

Todo eso nos empujaba al exilio. Se hablaba en círculos de amigos que la mejor forma era presentarse en ACNUR (Agencia de la ONU para los Refugiados) de Río de Janeiro y pedir refugio político. También se decía que a Lilian Celiberti y a Universindo Rodríguez, los habían secuestrado en Porto Alegre militares uruguayos y brasileños, que los repatriaron forzadamente al Uruguay.

Circulaban clandestinamente volantes impresos artesanalmente en los que se denunciaba del secuestro al capitán de Ejército Eduardo Ferro y al también capitán Glauco Yannone. Se decía que la intervención de unos periodistas brasileños que denunciaron a los medios la operación fue lo que salvó a los uruguayos de la muerte y desaparición en el Brasil. El conocimiento del hecho operaba como un freno al intento de escapar de la dictadura uruguaya pidiendo refugio en Río.

Pero elegimos ese camino, me afeité barba y bigotes, guardamos lo mínimo en una mochila y salimos a tomar el micro 524 que nos llevara al centro. Allí esperamos la salida del Rutas del Sol que nos llevó hasta el Chuy para cruzar la frontera a pié mezclados con los bagalleros.

En la “rodoviaria” conseguimos un bus local para llegar hasta Santa Victoria do Palmar, allí compramos un equipo de mate. Luego de un par de horas de espera abordamos otro bus hasta Pelotas y así seguimos avanzando (durmiendo en hoteles sin estrellas o de alta rotatividad) hasta llegar a Río de Janeiro. Nos pareció ver tiras siguiéndonos, pero tal vez fueran los nervios.

Lo cierto es que llegamos en octubre a la “ciudad maravillosa” y pedimos al taxista que nos llevara al local de Cáritas (organización no gubernamental para el apoyo a los refugiados) donde nos orientaron, nos ofrecieron un techo y acompañaron al edificio de ACNUR a solicitar protección.

Hecho el "relatorio" de los motivos para pedir refugio a la Agencia de la ONU se encaminaron los trámites para buscar un país de acogida. Mientras tanto quedamos al amparo de Cáritas que nos consiguió un apartamento en Botafogo para compartir con otra pareja en las mismas condiciones que nosotros.

Los refugiados políticos del sur del continente estaban organizados en lo que se denominaba la Coordinadora que se dedicaba (en comunicación con Cáritas) a recibir y orientar a los perseguidos que fueran llegando. A ese ámbito nos sumamos.

Así nos contactamos con Juan y su compañera que militaban en la zona de Belvedere y eran estudiosos de los clásicos del marxismo; con Néstor al que reencontramos a la vuelta del exilio cuando se abrió la posibilidad del retorno y con otros valiosos compañeros. También tomamos contacto con otros uruguayos, residentes en la ciudad de Río, como Roberto Bissio responsable de la edición portuguesa de Cuadernos del Tercer Mundo. En ella publicamos algún artículo.

Pronto el gobierno sueco nos aceptó como país de acogida y se arreglaron los papeles para viajar rápidamente. En el aeropuerto Galeao tuvimos un breve interrogatorio en una oficina de la policía, sin consecuencias, tal vez por la presencia salvadora, en pasillos de Francois el relator de ACNUR acompañado de Belela Herrera que siempre estaba para ayudar a los perseguidos.

En el avión conocimos a un abogado y periodista paraguayo llamado Nemesio Barreto Monzón. Barreto fue perseguido por la dictadura de Stroessner, su padre y su hermano asesinados, toda su familia (y él mismo) pasaron por la cárcel. Llegando al aeropuerto de Växjö, en Suecia, Nemesio nos contó parte de su peripecia:

"Antes de haber viajado a Suecia, cometí la insensata misión de ir al Uruguay a buscar a la esposa e hijo de un refugiado uruguayo que vivía en Río y que también viajó a Suecia antes que nosotros. El compañero en cuestión se llama Alejandro Blanco. ACNUR puso el dinero para el viaje y yo conseguí los documentos en Curitiba. Llegué a la Plaza Independencia de Montevideo, en octubre de 1981, llena de milicos;

fui a ver a una prima de Blanco, que no se le ocurrió mejor ayuda que echarme de la casa. Encontré a la familia de Blanco y luego de algunas peripecias salimos por el Chuy y llegamos a salvo a Río".

Una vez instalados en una cabaña del llamado campamento de Alvesta, alguien propuso un partido de futbol para confraternizar entre chilenos, bolivianos y uruguayos.

La canchita estaba pesada, embebida de agua. El césped corto, pero bien verde. A un lado el bosque de pinos y del otro la cabaña del Fritid (tiempo libre, de ocio), donde había camisetas, redes para los arcos y pelotas. Terminado el partido quedé exhausto, acostado mirando el cielo de un celeste intenso. Acababa de replegarse la nieve invernal y la naturaleza brotaba con una fuerza increíble. El país de las sombras largas, irradiaba vida por todos los poros.

Por la noche, el intercambio cultural fue con pizza y empanadas; vino, mate y cerveza; guitarra, bombo y zampoña. La confraternidad latinoamericana se abría paso, prometiendo la concreción del sueño de Artigas, Bolívar, Martí, San Martín, O'Higgins y el Che. Aguardar el retorno a la patria era el compromiso asumido.

La vida cotidiana en tiempos de la dictadura

La dictadura trajo aparejados grandes cambios en la sociedad uruguaya, cambios que realmente se comenzaron a producir a partir de 1968 con la implementación de las "Medidas Prontas de Seguridad" por parte del gobierno de Pacheco.

No cabe duda que, la persecución, represión y tortura a miles de uruguayos por el solo hecho de pensar diferente es lo más relevante de esa época. Se implantó, junto con las medidas prontas de seguridad, el miedo, la desconfianza, la división de las familias, el exilio.

Si bien el país vivía una época turbulenta, una parte de la sociedad vivía de espaldas a los acontecimientos y solo veía lo que la prensa permitida contaba. La vida en la calle continuó con una apariencia de normalidad que no era tal. La gente trabajaba, estudiaba, iba al cine, al teatro, al carnaval, al fútbol. Claro que no todos podían trabajar, no todos podían estudiar, no todo el cine se podía exhibir, el teatro era censurado y las letras de carnaval otro tanto. La vida siguió en una especie de "libertad vigilada" al mejor estilo del Gran Hermano creado por Orwell.

Sin embargo, a pesar de que muchos no lo quisieran ver, la vida diaria cambió sustancialmente durante ese periodo del terrorismo de Estado. Incluso para quienes apoyaban al gobierno represor la vida fue diferente. Porque la calle estaba constantemente patrullada por soldados y policías. Porque te encontrabas en cualquier esquina con soldados que te apuntaban y te registraban sin dar explicaciones. Porque el círculo de amigos y familiares se nos hizo mucho más pequeño, porque en una población tan pequeña como la de Uruguay la cantidad de presos y exiliados nos afectó a todos.

Además, estaba la prohibición de reunión de más de tres personas en la calle. También era peligroso reunirse en casas porque cualquiera podía denunciar esa reunión y te aparecían las fuerzas conjuntas a ver qué estaba pasando. No por eso dejaron de existir reuniones. Siempre había formas de comunicarnos y reunirnos sin llamar la atención. Un partido de fútbol, por ejemplo. A veces un partido entre amigos convocaba una gran cantidad de público. La cola para entrar a ver una película en Cinemateca también era un lugar para comunicarse. Las misas a veces convocaban más fieles que de costumbre. En las reuniones de vecinos en las cooperativas de vivienda no solo se hablaba de los problemas de la comunidad de vecinos. Los conciertos también eran un buen lugar para reunirse. Siempre había que tener mucho cuidado y estar atentos a quienes estaban cerca, porque las fuerzas represivas también tenían gente que se camuflaba entre el público.

Los golpistas, tanto políticos como militares, demostraron además que no estaban preparados para gobernar un país y su gestión fue nefasta, dejando un país totalmente arruinado luego de sus trece años de gobierno. Otra cosa fue la gestión de su propia hacienda y la de los empresarios que los apoyaron, que esa sí que fue muy bien gestionada y muchos se enriquecieron en ese período. En su descargo quizás cabe señalar que antes de que ellos se hicieran con el Ejecutivo ya el país iba en caída libre en materia económica y que la corrupción dentro del aparato del Estado era lo normal.

Para muestra basta un botón y el decreto por el que, en 1972 por primera vez todavía en democracia, prohibieron la comercialización de carne vacuna en el departamento de Montevideo, conocido popularmente como “la veda” demuestra hasta qué punto el gobierno navegaba sin rumbo intentando mejorar una situación económica grave que no sabían cómo combatir. Ante la falta de dinero en las arcas del Estado buscaron en la exportación de carnes aliviar un poco la economía del país y para conseguir más kilogramos exportables decidieron que la mitad de la población del país no tuviera acceso a la que siempre ha sido la principal fuente de alimentación de los uruguayos: la carne.

Como siempre sucede el pueblo es más listo que sus gobernantes y en los departamentos limítrofes con Montevideo, Canelones y San José, se llenó de carnicerías. Introducir carne en Montevideo era considerado contrabando, aunque las autoridades toleraban que se pasaran unos pocos kilos si se transportaban en vehículo particular o 1 kilo por persona si viajaba en transporte público. Yo vivía en ese tiempo en lo que hoy es Ciudad del Plata, km. 27 de la ruta 1, en el departamento de San José y estudiaba en el liceo Zorrilla. Tomaba dos ómnibus y demoraba casi dos horas para llegar al liceo.

El ómnibus salía a las 6.15 hs. cerca de mi casa y cada día subían dos hermanos con unos bolsones muy grandes llenos de pequeños paquetes envueltos prolijamente en papel de diario, todos iguales, como si hubiesen sido envasados industrialmente, cada uno de ellos conteniendo un kilo de carne. Ellos subían en la terminal cuando el ómnibus todavía estaba vacío y con la complicidad del chofer y el guarda escondían algunos paquetes en zonas no visibles del vehículo y después iban repartiendo paquetes entre los pasajeros que íbamos subiendo y acomodándonos en los asientos. No todos los pasajeros eran solidarios y aceptaban pasar un paquete. Algunos lo hacían por temor, otros por no infringir la ley, otros porque ya llevaban carne para compañeros de trabajo o familiares.

Al pasar el puente sobre el río Santa Lucía, en Santiago Vázquez, el ómnibus tenía que detenerse para que las fuerzas conjuntas revisaran el ómnibus. Los pasajeros que viajaban de pie tenían que descender del ómnibus al tiempo que les pedían el documento de identidad a medida que iban bajando y mientras tanto dos efectivos subían al vehículo y hacían lo propio con los viajeros que iban sentados. Pasada la revisión comenzaba la recogida de paquetes por parte de los “contrabandistas” y los bolsones se volvían a llenar de paquetes iguales y perfectamente ordenados.

Un día, luego de recorrer varios kilómetros después de la revisión en Santiago Vázquez, el ómnibus fue obligado a detenerse por una patrulla de las fuerzas conjuntas para realizar una segunda inspección.

Los bolsos ya estaban llenos y fueron bajados junto con sus dueños. A los hermanos no volví a verlos. Pocos días después aparecieron en el ómnibus unos bolsos parecidos a los decomisados que transportaban los mismos paquetes iguales conteniendo un kilo de carne y volví a pasar un paquetito cada día, con la diferencia que en lugar de devolverlo en Santiago Vázquez lo devolvía en el momento que me bajaba tal como hacíamos todos los que colaborábamos con quienes se ganaban la vida en una actividad que desafiaba al poder y devolvía aunque sea en cuentagotas la cordura al país, esa cordura que nuestros gobernantes no tenían.

Dos pozos diferentes

Penal de Libertad, 1979

Sabía que existía un equipo de mantenimiento, pero la verdad es que no tenía mucha idea de qué se trataba y qué tareas realizaba.

Todos los pisos tenían una hora de recreo diaria.

El penal, para los recreos del celdario, contaba con cuatro espacios cercados por alambre de gallinero sostenido con columnas de hormigón. Dos de ellos encerraban las canchas de futbol; uno, más chico, una cancha de basquetbol y en el último había dos canchas de vóleibol.

Cada uno de los pisos tenía en total cien celdas agrupadas en dos sectores (A y B) y cada sector tenía dos alas de veinticinco celdas cada una. Estos cuatro sectores estaban compartimentados entre sí, con cincuenta reclusos cada uno, salvo el 2B que contaba con veinticinco presos por cada ala, pues solo había un recluso por celda.

Al salir al recreo, cada grupo de veinticinco celdas ocupaba uno de estos espacios, de forma tal que iban rotando para, al cabo de cuatro días o cuatro salidas al recreo, regresar a la misma cancha.

En los recreos los presos tenían dos opciones, o participaban del deporte coincidente con la cancha en la que se encontraban o conversaban en grupos de no más de dos personas. Tres presos, hablando juntos, eran considerados altamente peligrosos e inmediatamente se los disolvía y sancionaba.

Conversar, de a dos, se podía hacer caminando alrededor de la cancha o sentándose contra la alambrada. La mayoría lo hacíamos caminando, "trillando" de a dos.

Por supuesto, en los trabajos se rompía la obligatoriedad de estar de a dos, estábamos trabajando.

Esta obligatoriedad de no poder estar más que de a dos se transformó en una costumbre positiva, nadie trabajaba solo, siempre más de dos. Esto no se sancionaba, no llamaba la atención y era la forma que teníamos de discutir algunas cuestiones, problemas, noticias, y limar alguna "raya" que otra.

Quizás no se entienda lo de limar alguna "raya": conversar alguna preocupación enfermiza que nos había instalado la realidad por la cual habíamos pasado o estábamos pasando.

Un ejemplo significativo de lo que digo es que en la quinta para ralear zanahoria se hacía de a dos. Nadie raleaba solo. Es una forma de estar, hablar, intercambiar, romper la permanente tendencia a que nos sintiéramos solos y vulnerables.

Creo que la quinta es un ejemplo de cómo se usaba esto de estar de a dos, pues los compañeros que trabajaban en ella estaban en las barracas, cuarenta en un espacio único, pero siempre salían a trabajar de a dos.

Después de cada recreo los reclusos pasaban por las duchas.

Al volver del recreo, los presos se presentaban en pantalón corto, camiseta, chancletas, jabón y toalla en mano para bañarse. Hacíamos una fila a la salida de cada grupo de veinticinco celdas e íbamos pasando a las duchas en pequeños grupos.

Baños colectivos, un cuadrado con duchas sobre las paredes y una sola puerta de entrada. Cada ducha tenía una llave de agua caliente y una de agua fría, pero a la entrada de los baños había una llave general de fría y una de caliente que abría y regulaba el soldado encargado del baño bajo la atenta mirada del cabo del piso.

Entrábamos a las duchas y entonces la voz del soldado o del cabo anunciaba: "Tienen 5 minutos y van 3. Apurando".

Cuando el cabo así lo entendía, mandaba cerrar las canillas, orden

que ejecutaba el soldado. Se había acabado el baño.

—Cabo, estoy enjabonado, no pude terminar.

A veces había más agua, acompañada por la sanción correspondiente.

—Tiene una sanción por demorarse en el baño.

Otras el compa se iba con jabón que se sacaba con la toalla, la más de las veces acompañado igual por la sanción.

Bueno, había pasado por el baño, sin sanción y estaba solo en la celda, pues mi compa estaba en cocina. Me aprontaba a tejer, cuando el fajinero abrió la ventanilla.

—Hola, necesitamos un voluntario para mantenimiento. Están tapadas las cloacas y los compañeros de mantenimiento piden dos más para ayudar.

—Dale, abrí que voy.

—Abra, soldado, de acá sale uno —dijo el fajinero—. Salí.

En fila para salir del piso estaban otros cinco compañeros. Allí esperaba también un marino que, luego supe, era el encargado de mantenimiento del penal. Bajamos los seis a la sala de guardias donde nos tomaron los números y fuimos a cocina. Había uno o dos centímetros de agua en el piso.

Seguimos y salimos.

Ramón, el compañero encargado del equipo de mantenimiento, nos comentó que la red de desagüe del penal estaba tapada y que, como la cocina era el nivel más bajo del complejo de celdas, se estaba comenzando a inundar.

Ya el marino había ubicado dónde estaba el tapón en el desagüe y nos llevó a la cámara siguiente de la red cloacal.

La idea era introducir un caño de plastiducto de unos diez u once centímetros de diámetro y varios metros de largo por los caños de la red hasta llegar al tapón que impedía el paso del agua, y tratar de golpear hasta romper el tapón.

Nos turnábamos para empujar el caño y golpear el tapón, dos horas de trabajo y no logramos hacer correr el agua. El agua subía en la cocina.

Después de las dieciocho horas los reclusos no podían estar fuera del celdario, así que retornamos. Al pasar por la cocina, vimos que el agua había subido y llegaba a los tobillos. La consigna era clara, debíamos destapar el desagüé, no se podía trabajar así, allí se hacía comida. El trabajo era urgente.

Antes de volver a las celdas, Ramón comentó:

—Mañana tenemos que hacer un pozo de dos por tres metros de boca por unos tres metros de profundidad para llegar a donde está el tapón, romper el caño y hacer salir el agua. Es un trabajo duro, ¿están?

La respuesta fue unánime y a la mañana siguiente, después de desayunar, estábamos prontos para la tarea.

Éramos seis, con dos picos y dos palas. Trabajamos de a dos.

Dos, con los picos, recorrían el rectángulo aflojando la tierra. En cuanto había lugar, dos, con palas, comenzaban a retirar la tierra removida. Los dos que picaban al llegar al final del rectángulo, entregaban los picos a los dos compañeros que esperaban, quienes comenzaban detrás de los que estaban con las palas, ni bien se pudiera, a remover más tierra. Los de las palas, al llegar al final del rectángulo, pasaban las palas a quienes habían picado y esperaban. Así no parábamos de trabajar y avanzábamos lo más rápido posible.

A medida que avanzamos, trabajar así ya no fue posible. De todas maneras, parábamos lo menos posible y para ahorrar tiempo la tierra se voleaba directamente hacia fuera.

Trabajamos cuatro horas y llegamos a la red. Al metro y medio de profundidad habíamos hecho un escalón para poder salir. Con una maceta y un cortafierro Ramon procedió a romper el caño de hormigón en un tramo de unos treinta centímetros y luego a romper el tapón. Cuando lo logró, un chorro de agua emergió y junto con él Ramón saltó hacia afuera usando el escalón. Parecía un geiser, un geiser de agua de

cloaca. El pozo se llenó casi en seguida.

—Sabe, Ramón, esto no lo vamos a tapar, vamos a hacer una cámara con cilindros de hormigón —dijo el marino.

—Está bien —fue la respuesta de Ramón.

De vuelta, al pasar por cocina los compas aplaudieron, ya no había agua en el piso.

Comimos en cocina. Subimos y llegamos a la hora del recreo de nuestro piso, catorce de la tarde.

—Va al recreo —me preguntó el soldado.

—Por supuesto —respondí—. No podía moverme.

Traté de jugar al futbol, para lo cual siempre fui malo, pero no podía ni correr, algo que sabía hacer bien.

Dos días después habían traído tres cilindros de un metro de diámetro de hormigón. Hicimos la base de la cloaca. El agua corría con soltura sobre el fondo. Bajamos los cilindros con una rondana y un trípode y Ramón hizo, con nuestra ayuda, la tapa de la cámara. En una semana, cinco días de trabajo, estaba terminada.

Era mediados de enero de 1979.

El marino se entusiasmó, estaba fuera de sí. Lo habían felicitado por el buen trabajo.

—Sabe qué Ramon, vamos a hacer otra cámara para acortar los tramos entre las cámaras más distantes, por si acaso.

—Buena idea, empezamos cuando le parezca —respondió Ramón

Cuando estuvo la autorización empezamos el nuevo pozo.

Por supuesto a un ritmo menor, a “ritmo de preso”.

Cuando, debido a la profundidad del pozo y a las montañas de tierra, casi no se veía qué sucedía allí, el ritmo se enlenteció aún más.

Nos llevó casi dos meses, pero era un pozo bien hecho, perfectamente

rectangular, con las paredes bien lisas y no medio irregular como había sido el primero.

Era un señor pozo.

La diferencia entre el tiempo de realización de un pozo y el otro se debía a que: el primero debía hacerse de inmediato para poder cocinar, en cambio el objetivo de este segundo era poder trabajar al sol.

Terminamos el pozo y la cámara quedo muy bonita.

Era mediados de abril, ya podíamos volver a trabajar bajo techo.

A las madres, a las esposas, a las compañeras.

Mis ojos en tiempos tempranos aprendieron a comprender las lágrimas que salían de los de mi mamá.

Fue cuando comencé a confeccionar pañuelos con retazos de inocencia, para poder secar esa preciosa humedad de amor, que, si bien aún no entendía, creía (y creo), le ayudaban a secar tanta soledad.

Las noticias en blanco y negro iban y venían entre las que intercalaban una terrorífica y desentonada música, con largas listas de nombres y fotos de caras de mujeres y hombres a quienes titulaban "sediciosos". Le pedían a la población que colaborara para lograr su captura.

Yo me quedaba, siempre cuidando las emociones de mamá, frente al televisor, porque sabía que en esas caras aparecía la de mi papá y cosa linda, me sentí rebelde por primera vez por tamaño orgullo que sentía de verlo en la tele.

Mamá pintaba por largas horas en la noche, botellas viejas con formas bonitas en un cuartito al final de la casa, con témperas que luego les daba brillo con barniz. Fueron decenas, centenas de piezas dignas de valorar cual Picassos, Dalíes, Torres Garcías…

La sabiduría del Pueblo hizo a muchas mujeres, compañeras, como mamá, que no salían en la tele porque tenían su militancia específica de "cuidar el rebaño", de las que poco nombramos y deberíamos hacerlo más, dibujantes, matemáticas, diseñadoras con exquisita geometría, físicas y químicas, utilizando y preparando las pinturas que terminaban en el vidrio de la botella poniéndole color y vida al blanco y negro de las noticias.

Quizá en la melancolía de sus suspiros, construían rombos y rectángulos, cuadrados, triángulos, hexágonos y círculos, expresando la

convicción de la lucha de sus esposos, a los que andaban correteando y tantísimas veces, torturando hasta la muerte.

Las formas que pintaba mamá eran todas diferentes, pero todas sobre la misma botella.No era nada más y nada menos que la mismísima sociedad con su diversidad de pensamientos, pero las invitaba a comprender el porqué de la lucha, de la comunidad, de aprender a convivir y lograr una sociedad fraterna y los colores le daban vida, a pesar que sus suspiros muchas veces cuando el aire llegaba al pecho, provocaban un temblor aterrador en su pincel ante la posibilidad tan cierta, que su compañero jamás volvería a casa... Era una asamblea de esperanza. En todas sus obras, dibujaba un círculo y una línea como haciendo palanca, buscando su propio punto de apoyo.

Mamá iba al almacén todos los días con su chismosa doblada abajo del brazo y cuando salía tampoco la extendía porque había pocas cosas dentro de ella y hacía innecesario extenderla para que se hamacara al ritmo de sus pasos.

Pero qué hermoso era cuando llegaba el carro del lechero y nos hacía despertar con el clin clin de aquellas otras botellas pintadas de solidaridad sindical.

Nunca AUTE nos dejó sin leche para mis cuatro hermanas y yo… otras mujeres, pequeñas luchadoras orgullosas de ver a papá siendo solicitado por la "justicia", asesinos, asesinos! incapaces de entender que más allá de la justicia, nos unía el Amor.

Papá era cristiano hasta la médula y su entrañable compañero de lucha sindical, Wladimir Turiansky, comunista hasta los huesos, sin embargo, comulgaban en la misma fé, la del Pueblo y sus derechos, la de haber decidido entregar sus vidas por los objetivos comunes.

Wladimir era un tipo fantástico, fuera de serie. Muchos fueron los días y noches que compartieron con papá en los sótanos de algunas parroquias cuyos curas comprendían que las sotanas, no tenían sentido sin el compromiso y poco les importaba "que dirá el Santo Padre, que vive en Roma…"

Tuve el enorme privilegio que papá me contara cómo había sido "el Congreso del Pueblo", ya que él fue delegado por AUTE, y años más tarde, Wladimir, me describió la bajada de la llave general de UTE… que honor!

Las Hermanitas de la Asunción, una congregación de monjas que se quitó los hábitos para poder subirse a sus Honditas 50, con las que iban y venían casa por casa de los compañeros y compañeras que estaban escapando o presos en los cuarteles, trayéndonos noticias a color, metiéndose en los lugares más inesperados con cartas desde uno y otro lado, para saber cómo estaban…. comunicándonos, para no dejarnos "incomunicados".

En una de las tantas cartas que envió mamá, cercano al cumpleaños de 15 de mi hermana mayor, Ana María, le escribió a papá que no se preocupara por el cumpleaños, que se quedara tranquilo, pero la sorpresa fue que al día siguiente aparece la Hondita 50 de la Hermana Mercedes con el "e-mail" de la época, diciéndole a mamá que "de ninguna manera… el cumpleaños se hace" "comprale, continúa, ese vestido blanco que quiere y el long play de Roberto Carlos que le gusta, encargá unos sándwiches al Emporio, unas cocas a Donato y que invite a todos sus compañeros del liceo…"

Fue imposible negarse. Los sandwiches llegaron, las cocas las regaló Donato de su boliche, los compañeros de camisa y corbatas finitas, las gurisas y sus minis y Roberto Carlos también.

A medianoche, con todos conociendo la situación del "prófugo", debieron contener la respiración y buscar la pared de apoyo, porque no salían del asombro, al ver una silueta asomándose por la puerta, que se iba transformando en un inmenso hombre, con su pelo engominado e impecable traje gris …

Se acercó al "DJ" y le dice al oído: "por favor, pone el vals de los 15…" se acercó a su hija, la tomó de la mano y con hermosa ternura le pregunta… ¿bailamos?

Y bailaron. Y se volvió a escapar a la libertad por los fondos de la casa.

Mamá pudo mantenerse de pie porque su convicción y lucha, era la misma que la de él y la de todas y todos que soportaron las mayores atrocidades que nos podamos imaginar y dolía, dolía en cada pedacito de piel. Mis pañuelos hechos con retazos de inocencia ya eran incapaces de secar tantas lágrimas del alma.

Pero el Pueblo siguió firme, nunca les dimos el gusto de arrodillarnos ante sus botas teñidas de sangre, porque la inteligencia no conoce el encierro ni la tortura, la sabiduría popular no escupe balas ni aplica picanas.

Siempre nos "fugamos" porque tenemos las llaves de la solidaridad y el amor que los carceleros jamás aceptarán.

Mamá y todas esas heroínas poco nombradas, se enfrentaron muchas veces a los milicos cuando nos tiraban a patadas las puertas para buscar a quienes ya habían llevado a algún cuartel, solo para aumentar el mal.

Para aterrorizar, para abusar de ellas, para secuestrar a sus hijos.

Un día que papá tuvo la osadía de ir a casa, algún "tira" lo vendió y llegaron unos policías de azul, milicos de comisaría, que no estaban entrenados del todo para la barbarie y al encontrarlo, lo esposaron delante de mis hermanas, de mí y por supuesto de mamá y Silvana que tendría cinco años, mira de arriba abajo al que lo esposó, le empieza a jalar la ropa suavemente del lado de la macana y sin más le pregunta despacito:

"señor policía…. ¿Qué mijita, (pregunta el inexperto, acariciándole la cabeza) "¿…verdad que vos no vas a matar a mi papá? El policía que aún tenía sentimientos no pudo más y le entregó al "detenido" al otro que seguía en el mando.

Salieron y a pesar de haber ido en una "chanchita", lo hicieron ir esposado por nuestra calle, para "exhibirlo" como delincuente en el barrio, hasta la comisaría en Millán y Raffo"

La inocencia de mi hermana, la conciencia del milico y los métodos macabros para generar el miedo a los vecinos.

Nuestra dignidad, intacta.

Las heroínas, poco mencionadas, organizaban una especie de excursiones para ir a los cuarteles.

Se encargaban de contratar ómnibus para ir los días (cuando sabíamos dónde estaban) de visita.

Ninguna hacía dramas innecesarios, el tema de conversación era siempre en cómo nos seguiríamos ayudando,

A nosotros los chicos nos ponían nuestras mejores ropitas y cargábamos algún contrabando como cigarrillos, ya que no nos manoseaban como a ellas.

Nunca olvidaré aquellos abrazos interminables y entre beso y beso al unísono, uno se decía al otro "estamos bien, estamos bien, estamos bien" cosa difícil de creer cuando veíamos moretones por todos lados, bocas vacías de dientes y dedos terriblemente machucados cuando estando encapuchados, les hacían poner los dedos sobre el escritorio y sin verlo, venía el golpe ladino.

Piernas hinchadas por eternas horas de plantón, con lo que pretendían hacer caer las ideas que siempre se mantuvieron firmes en el corazón y jamás pudieron, ni podrán derrumbar.

En una de las tantas "excursiones", que no recuerdo a qué cuartel, noté sí, esa vez muy triste a papá, cosa que no me enteré hasta los treinta y pico de años, porque si algo tienen en común, es que rara vez contaban lo que les hacían, ni siquiera ser tan compinche de mamá hizo que me contara lo sucedido.

Con los años y sin que él supiera, mamá me contó que ese día le estaban dando la picana a su compañero de celda quien no aguantó y le manoteó el revólver al milico y lo mató… delante de él…

Y a su compañero también lo mataron, delante de él…

Estaba triste.

Ahora yo también.

A ti mujer… a ti esposa… a ti mamá, gracias por tu lucha.

Para poder hablar, antes tuve que perder la voz

Son muchos recuerdos, fueron muchas las actividades de militancia, fuimos muchos los que dimos todo, pero ya no muchos los que podemos contar lo que esa vida nos quitó o lo que esa vida nos dejó. Hoy caigo en la cuenta de todo lo que pasó, de todo lo que hicimos y de todo lo que no pudimos hacer. Recuerdo cada fecha, cada momento: En la huelga general ocupamos la fábrica de plásticos "Nibo Plast" del rubro Metalúrgico perteneciente al UNTMRA.

En julio del 73 el departamento 6° de la policía, que eran los que organizaban la represión a los sindicatos, nos metieron presos a los de la brigada de la CNT cuando estábamos repartiendo el primer boletín clandestino. Estuve en el Cilindro con muchos compañeros durante una semana, por estar volanteando para el aniversario del "53" en una feria de 8 de Octubre y Centenario.

En setiembre del 73 participé en la reafiliación sindical trabajando en la fábrica de madera GARCIA HNOS. En marzo del 74 empezamos con muchos compañeros a realizar horas de ayuda mutua en la cooperativa COVISUNCA, y desde ahí, con el SUNCA organizamos la movilización del COVISUNCA por el paro del 9 de octubre del 74.

En enero del 76 ingresé a trabajar a la planta de prefabricado del CEDA, y en mayo de ese año, los compañeros de trabajo me nombraron delegado del SUNCA, por lo que pasé a integrar el comité de obra, y para el 77 pasé a formar parte del comité regional.

Luchamos a nuestra manera, hacíamos lo que podíamos hacer, por eso salíamos a visitar las casas de las familias de los compañeros de trabajo, y en esas visitas recolectábamos crayolas y armábamos un preparado con crayola quemada para pintar muros, y en algunas de las

cooperativas imprimíamos los volantes y boletines con un mimeógrafo. Hay un recuerdo que marcó mi vida. El 4 de septiembre de 1978, era lunes, y a las 23 horas fui detenido por el FUSNA.

Allanaron mi casa con cinco civiles adentro y fusileros armados afuera. Junto conmigo, esa noche, en el COVISUNCA fueron detenidos María Rosas Raña y su hijo "Tito" Raña. Fue duro, me tocó vivirla, me tocó de cerca, pero hay recuerdos que no es fácil sacar a la luz. En el allanamiento todo se dio de una forma muy violenta, los represores me sacaron de mi casa, me agarraron entre dos, me encapucharon con una bufanda mía y me llevaron caminando a los empujones por la calle hasta que me metieron en la caja de una camioneta. Una vez adentro de la camioneta pude ver, y vi que había más detenidos.

Nos llevaron al FUSNA, al entrar nos ataron las manos con cuerda, nos ataron a unos ganchos y nos dejaron de plantón. Nos golpearon todo el tiempo que estuvimos así y al que se caía lo arrastraban hasta pararlo, a mí me pasó, me caí, creo que todos nos caímos. Al otro día nos tiraron algo para comer y un colchón para sentarnos, y después nos llevaron a cuartos de interrogatorio. Cuando entré al cuarto vi que había gente escribiendo a máquina, y ahí me desnudaron, me tiraron al suelo y me empezaron a dar picana por las piernas. Además, me dieron con palos, patadas y golpes de puño, después me pararon y me dieron contra la pared, una, y otra vez. Luego me tiraron al patio junto con otros compañeros. Ellos eran muchos, pero a nosotros nos llevaban de a uno.

Uno de esos días, en un momento sentí una sensación desesperante, me vino mucha taquicardia, no podía articular las piernas, entonces llamaron a un médico. Me tiraron en un colchón, yo estaba todo mojado, y ahí tirado me miré los pies, que los tenía repletos de llagas, y cuando me refregué los ojos para poder ver, me quedaron las manos llenas de pus que me salía de los ojos. Me es difícil recordar todos los interrogatorios, porque eran todos los días, y la mente me entrevera los recuerdos de esos días, porque eran iguales, eran interminables, y, además, hay días que no puedo recordar. Me acuerdo de que a veces me sacaban en

una camioneta a la calle, me daban golpes con palos, patadas y puños mientras la camioneta iba andando, y me amenazaban con que me iban a tirar a la calle. Cuando volvía me dejaban en el calabozo.

Los primeros días de octubre me llevaron a una oficina, había dos fusileros, aún puedo recordar sus caras cuando me sacaron la capucha, me dijeron que para el FUSNA yo era considerado peligroso y que me iban a mandar al juzgado de las fuerzas conjuntas.

Yo estaba en la celda del FUSNA totalmente incomunicado, y una tarde me llevaron a un baño, me dijeron que me lavara un poco la cara y me afeitara para ir al juzgado. Ahí en ese baño había un espejo, y cuando me vi en el espejo, lloré. Me temblaba tanto la mano que al afeitarme me corté toda la cara. Salimos para el juzgado, nos llevaban en el "Camello" (una camioneta de fusileros). Estábamos encapuchados, y escuché que los milicos le decían a la gente "¡¿qué mirás?!". Entonces me di cuenta que había gente que estaba mirando, y pensé en esa gente que nos estaba viendo, aunque no supiera quiénes éramos.

Cuando llegamos al juzgado nos sentaron en bancos totalmente distantes, pero desde lejos nos miramos con los compañeros, y pudimos hacernos un gesto de saludo y darnos una mirada de aliento. Me hicieron entrar a la oficina en la que se redactaba el acta, y le informé al funcionario de los malos tratos que estaba recibiendo, pero éste me respondió "ese problema corresponde a la unidad captora, ahora usted hablará con un abogado de oficio". Y ese abogado era Amílcar Pereda, un conocido fascista que integraba la agrupación llamada "Azul y blanco".

Allí me entero que me acusan de pertenecer a una asociación subversiva y que la condena a cumplir es de seis a dieciocho años de prisión. Luego de saber mi condena, me tuvieron unos días en un calabozo y me dieron algo para comer. Durante esos días no me interrogaron, y una mañana, me sacaron a la fuerza por un corredor, allí el fusilero llamó a unos presos y les dijo "acá tienen a un compañero de ustedes".

A partir de ese momento dejamos de estar incomunicados. Nos dejaron salir a un patio que estaba rodeado de torretas con fusileros armados, pero fue el primer aire que respiré desde la detención. En ese

patio lloramos, reímos y nos abrazamos con los compañeros. Éramos aproximadamente cuarenta presos, todos de diferentes organizaciones, estábamos los del SUNCA, y los de GAU, UJC, AUTE, compañeros del Partido Socialista y del PCU. Las mujeres estaban en otro lugar.

Ya no me torturaron, pero no hubo un sólo día que no se escucharan los gritos de los compañeros que estaban siendo interrogados. No sé qué decir, porque no podíamos hacer nada. Estar ahí y escuchar los gritos de dolor de nuestros compañeros fue muy duro.

El 30 de octubre nos trasladaron al penal de Libertad, donde estuve durante cuatro años y ocho meses. Durante esos años me permitieron recibir la visita de mi madre y de mi hermano en una sola oportunidad. Y cuando falleció mi padre autorizaron que recibiera una visita especial de mi familia. Para el año 1978 el penal estaba atestado, éramos 800 presos. Estábamos flacos, demacrados, pero nos alentábamos entre nosotros. A esa altura sabíamos que estábamos presos por una situación política. En el penal vivimos situaciones deshumanizantes; nos metían por un mes en La Isla "el calabozo siniestro", sufrimos malones a cualquier hora, nos requisaron con agresiones físicas, y le quitaban o directamente no les entregaban los medicamentos a los compañeros con problemas de salud.

Teníamos claro que su objetivo era la destrucción de los presos. Buscaron que el suicidio estuviera presente, y lo estuvo. Pero también tuvimos mensajes de optimismo, porque el que tenía una visita especial, la compartía. Y a través de nuestros familiares llegaron mensajes de esperanza, así fue como nos enteramos de que había posibilidades de que se ganase el plebiscito, porque había organizaciones trabajando para que eso fuera posible. Así supimos que cuando el ESMACO cambió el festejo del 1° de mayo para el día 5, varios compañeros en los sindicatos se organizaron para expresar y conmemorar el 1° de mayo de diferentes formas. El SUNCA logró que muchísimos compañeros no fueran a trabajar, porque tenía una fuerte militancia clandestina. Pero por esa misma militancia cayó casi toda la dirección, y cuando los llevaron al penal nos encontramos y prometimos que cuando saliéramos

nos íbamos a juntar en el local del SUNCA, local que nos habían quitado y que teníamos que recuperar.

El 15 de julio de 1983 quedé en libertad. Salí y llegué al COVISUNCA, me encontré con un Uruguay que resistía y que recibía a los que habíamos estado presos con los brazos abiertos y con alegría. En ese momento me sentí vivo, me había prometido a mí mismo, y nos prometimos con todos los compañeros hacer muchas cosas. Hacer y decir, porque es una deuda que tenemos con la vida.

Enrique “Toto” Núñez

Este relato pertenece a Enrique “Toto” Núñez, quien nació en Montevideo el 17 de setiembre de 1954 y falleció el 22 de marzo de 2023.

Sus palabras fueron registradas el 29 de enero de 2023 en la Biblioteca Central del SUNCA, y redactadas para esta propuesta por Cecilia Machado.

12 de marzo

Ese día me puse un conjunto de jean que tenía reservado para la ocasión. Me quedaba grande. Los últimos días no me pasaba ni el racionado pero exquisito té negro, acompañado por un trozo de queso, de las mañanas, y siendo de por sí insuficiente lo que comía, pesar menos de 40 quilos fue cosa de un ratito. Pero más que nada, me caminaba por dentro el deber de estar alerta a una nueva decepción, ya que la última vez que había sacado esa ropa para usarla, no me condujo a mi casa sino que el único cambio que me sucedió fue la sustitución del número 525 de mi uniforme gris puntarrielero por el 192 del uniforme gris tacuaremboense, previa pesadilla vivida sobre un tren casi fantasma, al que me subieron de madrugada, junto a la Pochocla Mirtha, la pajarito Raquel y Alma, esposadas debajo de los ponchos para que los pasajeros no lo notaran. Esa madrugada no sabía a donde íbamos ni qué nos pasaría, ya que en realidad estábamos con la libertad formalmente firmada y nuestras familias esperándonos en la puerta de una cárcel de la que ya estábamos muy lejos rumbo a quién sabe dónde -sin duda no a nuestras casas.

Esta nueva mañana, muchos meses después, parecía más luminosa que aquella otra, así que me apronté para un nuevo reparto de pertenencias y nuevas despedidas. Una última "revisadita" por parte de las grotescas milicas verdes con botas de artillero Nro. 44, y cruzar aquella cosa que me separó tanto tiempo de la vida -porque lo otro no es vida, sino sobrevivencia- del olor a vereda y calzada, a nafta y pasto y perra negra y masa horneada por mi madre y carne a la cacerola con puré y caminatas con amigos y ¡espejos! y vidrieras y playas y espuma y ¡viento! furioso viento uruguayo en mi pelo largo de veinteañera ...

Caminé despacio, como costándome un poco el arrancar, pero mi

familia allí delante, a unos metros, yo temblando, lo juro, de no saber cómo abrazarme sin llorarles, tan contenido todo, el tiempo, el miedo, todo, y en eso me dí vuelta, tuve que hacerlo, porque me llegó un coro cantando una de las canciones que canté con mi viola allá adentro, y las ví, trepadas al hierro, burlando sanciones, chiflando y cantando para mí, y lloré en aquel abrazo, sí, claro que lloré.

Papá había cambiado a un auto más chico. Yo en el asiento trasero. Muda. Largo viaje. Muda. Al llegar había demasiada gente en la casa paterna. Demasiado amor. Yo no podía. No me cabía aquello en mi cuero acostumbrado a recogerse en cierta intimidad para manejar mi centro. No tenía volumen mi vocecita.

Aturdida por brazos, besos, obsequios, subí a estar sola en el que había sido mi cuarto de niñez y adolescencia. En puntitas, mi hermana Liliana entró y se tiró en la que había sido su cama cuando aún éramos hermanas que vivían y dormían juntas en la casa de infancia. No hizo preguntas. Nos quedamos así, tomadas de las manos que colgaban entre las dos camitas de una plaza. En silencio. Como cuando éramos chicas y yo tenía miedo.

De esto hoy 12 de marzo, hace ya 41 años. Y vuelve. Mansito. Cada vez más mansito. Pero vuelve.

Cecilia Gianlupi

Relato de mi salida de la cárcel de Paso de los Toros en donde fui retenida con medidas prontas de seguridad luego de haber sido "formalmente" liberada -según expediente judicial militar. Esta situación, escasamente difundida y conocida, la sufrimos muchas mujeres, que al haber cumplido su pena, o no tener causas o pruebas para seguir detenidas, los dictadores entendían que no correspondía o no convenía o no se les daba la gana, liberar. Es así que, formalmente libres para el mundo, las retenidas nos encontrábamos a merced de cualquier arbitrariedad -vuelta a la tortura y cualquier otro imaginable o no- una especie de rehenato del que poco se ha hablado en estos años. Con el

agregado de la dificultad que suponía para las familias trasladarse a la mitad del país, costos, desgaste, tiempo, para visitarnos, respaldarnos, llevarnos víveres. Vivir esa situación fue un estrés agregado al ya estresante periplo sobrevivido, tanto para nosotras como para nuestros familiares, esos mismos, que nos quedaron esperando en la puerta de una cárcel de la que nunca salimos hacia ellos. Cachetazo.

La mayoría de las retenidas nunca salieron hacia sus familias y casas sino que fueron llevadas directamente al exterior. Yo tuve la suerte de poder salir en mi país.

La cárcel de Paso de los Toros había cobijado antes a las detenidas del interior de nuestro país. En ese momento, cuando yo caí detenida en la Tablada, Paso de los Toros aún era cárcel de detenidas del interior y las retenidas estaban en el cuartel del km 14 de Camino Maldonado (Brigada de Infantería 1, batallones 3 y 4), en donde curiosamente las conocí luego de salir de la Tablada y serme levantada la incomunicación. Casi todas, detenidas de los años 70 tempranos, nos recibían a las nuevitas, conteniéndonos y aleccionándonos para lo que nos esperaría en la cárcel de Punta de Rieles. Espeluznante pero no carente de victoriosa belleza humana aquella situación que la vida me haría transitar desde ambos lados. Muchas de las compañeras que tuve como retenida en Paso de los Toros, fueron las mismas que conocí en el 14 y me contuvieron ayudándome. Seguían en esa injusta y absurda situación desde mi caída, y antes. Heroicas hermosas compañeras a quienes llevaré en mí hasta mi último día sobre este planeta.

A 50 años

Hace solamente 50 años, en invierno, a primera hora de la madrugada, la noche estaba muy fría, sin viento; en esos años mi madre fruto de malos negocios solo pudo comprar un rancho en Playa Pascual, que por entonces tenía pocos pobladores y casi todos nos conocíamos.

Ella era maestra en la Escuela del km 32, pero además ayudaba a niños con problemas serios de aprendizaje, por eso era respetada y querida, incluso los domingos que salía a vender el Popular

Esa noche me acosté temprano, el domingo tenía futbol y poco importó que enfrente alguien festejara un cumpleaños con la música a todo volumen.

Me despertaron los golpes, la voz fuerte pero serena de mi madre, que pensó que venían por ella, que se angustió cuando me sacaron esposado, encapuchado y sin tocar el piso, y porque nadie le respondía a donde me llevaban ni porqué.

El piso de la camioneta estaba helado, el frio me caló, sentía las voces comentando cuánto faltaba, vagamente recuerdo cuando llegamos a buscar a otro, el tiempo era eterno, no sé cuánto duró

Aún estaba oscuro cuando nos bajaron, la recepción fue la usual, yo solo repetía “soy menor” con la esperanza de suavizar la bienvenida

Me dolía todo, estaba congelado, desnudo parado de espaldas a un pasillo y la cara hacia una pared que se movía, los escuchaba venir y trataba de endurecerme y era peor, después ya no sentí nada; mi cabeza estaba en el partido del domingo, si no me soltaban a tiempo no iba a llegar, ¿a quién pondrían ?

Pedí para ir al baño, pedí agua, no pedí más nada; cada vez que lo hacía...

Entendí que era mejor aguantar mientras pudiese; no sé cuánto después vi luz a través de la capucha, que de tan gastada me permitió identificar la pared de tela que tenía adelante, que estaba sobre tablones, y que había compañeros a mis lados.

¿Ya seria domingo?; ¿no entienden que tengo un partido importante, que no puedo faltar?

Los días en el cuartel fueron pocos, parecieron muchos, nada tenía para decir, me había dado cuenta que seguramente todos los que conocía ya habían caído, pero solo sabia nombres, Ítalo, Alberto, Graciela….nada más; que hicimos pintadas, volanteamos y pasamos información; ellos todos mayores, nunca más supe nada de ninguno.

Siempre me pregunté qué fue de su vida, de sus sueños , de sus amores y sus temores, están siempre en mi memoria

El sol esta alto, debe ser mediodía, seguro me soltarán y llegaré al partido…

En la pasada del patio de pedregullo me hicieron arrodillar, me gritaron y amenazaron, fue lo peor, la impotencia ante la posibilidad de la muerte a los 16 años fue una experiencia aterradora que por mucho tiempo vivió en mí.

Pasaron muchos días me parece, ¿cómo habremos salido?; seguro que nadie sabe lo que me pasó, andarán preguntando capaz….

Un sargento viejo me llevo al barracón, me habló en la oreja, me tranquilizó, fue el que me dijo que al día siguiente iría al Juzgado, esa noche se llevaron a varios a la “máquina”, fue imposible dormir.

Volví a ver el cielo ese día que me llevaron, me sacaron la capucha, estábamos por Agraciada y Valparaíso, le vi la cara al sargento, mis ojos le agradecieron.

Al bajar vi el jeep y sus letras, venia del 6to de Caballería, el capitán Rodríguez fue el interrogador, a él le dije de las pintadas, los volantes, pero ya sabía todo, aunque nunca se dijo nada de dos que pudieron zafar.

Del Juzgado de Menores al Álvarez Cortés, varios días desaparecido para mi familia, mi madre recorriendo lugares, hablando con diputados,

moviendo cielo y tierra; esta vez era jodida la cosa; pero cuando bajé del jeep respiré más tranquilo, comparado de donde venía esto era un 5 estrellas.

Yo pensaba que era el único, pero rápidamente me contaron que otros ya habían estado, y noté el respeto y la casi admiración de los más chicos hacia nosotros.

Y me puse a inventar algún cuento, no podía solo hablar de volantes y pintadas, pero sin exagerar agrandé mi prontuario, después de todo ellos tenían según su interpretación el mismo enemigo.

Diferente fue salir al patio, estaban los pesados, a esos no les podía ir con cuentitos, pero rápidamente el Gato y algún otro me hicieron lugar en su círculo, compartimos cigarrillos La Paz y tabaco, hablamos de las injusticias, de las familias, de nuestros sueños; aprendí que ellos no sabían soñar, les costaba imaginar otra cosa que no fuera lo mejor de lo que ya conocían.

Con el guardia más veterano matábamos el tiempo jugando ajedrez, con el resto timbeamos por cigarrillos o galletitas.

Las noches eran muy tristes, los más chicos lloraban, en los baños pasaba de todo, algún guardia venia de noche y golpeaba los barrotes de las camas, solo para molestar…

Hablé con mi rival de ajedrez y hasta que me fui nunca más pasó.

Yo estaba en un salón al frente, grande, hubiese sido muy fácil escaparse, pero no valía la pena, aun funcionaba el Poder Judicial y el Parlamento, como menor saldría rápido, sabía que de ahí seguro iría a la Colonia y estaría con otros compañeros

Fue mi madre a visitarme, me llevó un paquete de cosas, pude regalar algunas y cuando me trasladaron les dejé todo a los que nunca recibían nada, la pasta de dientes, algún dulce de membrillo, tabaco.

Después la Colonia, meses de compartir, de seguir soñando la utopía, esa que aún nos desvela...Los entrañables compañeros del interior, los incondicionales, aquellos que nunca volví a ver me siguen acompañando…en la inconclusa búsqueda del Hombre Nuevo.

Adiós

Ay, como siempre te saliste con la tuya. Te fuiste de viaje sin avisar. La pucha, cabeza dura, peleadora, no pudimos saludarte, abrazarte antes de tu partida. Pero bueh, siempre supimos que fuiste así. Pero que también fuiste trabajadora, solidaria, fiel a tu familia y tus ideas.

No sólo criaste dos hijas y cuatro hijos. Mucho más que eso. Fuiste una luchadora y tuviste muchos hijos e hijas. Incontables. A los compañeros que les diste cobijo, alimento y amor. En la noche más oscura de la dictadura junto a tu compañero Don Ferrer. Jugándotela y sabiendo que podías ser una víctima más del terrorismo de estado. Con un hijo requerido y otro clandestino. No te tembló el pulso para abrir la puerta de tu casa más de una vez para permitir la reorganización de las direcciones clandestinas de la UJC. Colaborando con los bolsos para Libertad desde aquel boliche "El Padrino 2".

Si me habré enojado con vos, pero cuánto te debo. Y tantos y tantas camaradas clandestinos y perseguidos. incluso expresos que representaban un mayor peligro. Y no tuviste miedo, siempre estabas cuando te necesitábamos. Y elegiste el día. Un 9 de Julio. Me recuerdan tus hijos que un 9 de Julio, pero de 1973 allá en una asonada por 18, ahogada por los gases te trepaste con otros/as a las cortinas de Angencheith para zafar. Mira compañera (hasta una madre para mi) aunque terminaste siendo mi suegra (esa te la gané yo), Siempre pensé regalarte un libro de "La Madre" de Gorki. Porque eso (y sé que hubo muchas) significabas para mí. Por eso y por mucho más, disfutá tu viaje en paz. Te lo ganaste con creces. Cuando te juntes con Don Ferrer y el flaco Jorge, dales un abrazo. Ya nos encontraremos todos y todas. Tranqui, seguirás estando entre nosotros y nosotras. Salú, ¡¡¡hasta siempre compañera Olga Anglada Segundo!!!

Partir

Mira qué día elegiste para partir. Mi amor, mi cómplice y todo. Luchaste hasta el final como lo que siempre fuiste, una guerrera. Recordar lo vivido, sería imposible describirlo o relatarlo. Te vas a encontrar con doña Olga y don Ferrer, y con el flaco Jorge.

Ya no te vere al llegar del laburo, ni el hola y el beso de siempre. No podré verte ni acariciarte, ya no caminaras a mi lado ni dormirás a mi costado. Quizás transitarás otros parajes y trillarás haciendo finanzas, atravesando parte de Canelones y llegar de madrugada a lo único que tenía en aquellos tiempos casi como una pieza de pensión. Empapada de pies a cabeza en busca de un café caliente.

Y prender la radio y escuchar canto popular y sentirnos tan buenos solo por estar con gente buena. Y dormirnos abrazados y al otro día lo mismo, a trabajar y militar. Nunca te quejaste de las huellas que en tu salud iban dejando los fríos y las lluvias. Lo entregaste todo y nunca reclamaste nada. Ahí por donde vayas te encontrarás con Ariel y capaz que salís a distribuir La Carta como hace 40 años atrás, jugándotela y sin miedo. Como tantas/os compas en la clande.

Decir que voy a extrañarte es demasiado poco. Va a ser difícil seguir sin vos. Sin tu mirada, tu abrazo y tu sonrisa. ¡Hasta siempre mi amor, mi compañera, mi todo!

El barrio de Alba

En una casa de cartón, en la rotonda en donde confluyen 3 calles, Torriceli, Chapicuy, y Emilio Zola, nos encontrábamos siempre que podíamos a compartir un momento de amistad y reflexión. Éramos una mezcla de estudiantes de secundaria del liceo 13 de Maroñas, obreros algunos y otros sin una definición estricta y que en ese momento los llamamos desocupados.

Era dura la vida en ese tiempo, algunos de nosotros juntábamos restos de metal o papel para poder venderlos por kilo y comer algo. Lo que sí era nuestro y nadie nos lo quitaba, era la certeza de que estaba en nosotros superar esa situación y que nadie nos ayudaría, que dependía de nosotros y de nadie más, lograr que la sociedad nos incluyera.

La conciencia de clase era un tema muy importante. Y en ese momento se debatía acerca de la contradicción Burguesía - Proletariado y la mayoría de nuestros vecinos no encajaban en ninguna de las dos.

Era una hermandad, porque cuando nos encontrábamos nos veíamos como en un espejo, en el otro, a pesar de ser distintos en tiempo, forma, educación, etc., encontrábamos un hermano de alma, y nos cuidábamos unos a otros porque sabíamos que solos no éramos nada.

Ese día era especial, porque los militares tomaron el Palacio de las Leyes y la casa de Gobierno y no comprendíamos bien de qué se trataba esto, pensábamos que podríamos hacer algo, que estaba en nuestras manos revertir esta situación.

Nos reunimos y comenzamos con una canción que nos persiguió por mucho tiempo, y que Jorgito me dijo “tocala en Mi menor y en ritmo de milonga “.

El texto de la primera estrofa dice:

"Esta noche arderán las barricadas,
de aquí no pasará la milicada.
Esta noche arderán
con dolor y con rabia
en todo el cantegril
de Aparicio Saravia
esta noche arderán las barricadas."

Nos inspiró la canción y fuimos a la práctica, e intentamos lo imposible, trancamos el Bulevar Aparicio Saravia a la altura de Enrique Castro para motivar a los vecinos para que salieran y avisar que aquí estábamos nosotros echando el resto. Luego llegaron los soldados con armas y en varios vehículos, que eran gente como nosotros, pobres como nosotros pero que decidieron otra cosa.

Casi 50 años después volví a encontrarme con alguno de esos viejos y viejas camaradas porque varios viajamos a Europa, Argentina, México, Venezuela, Chile, Brasil. Hoy somos otras personas, pero con los mismos sueños

En esos días también nos reuníamos, en la Parroquia de Possolo y de ahí salíamos en la noche a pintar paredes, con palabras de rechazo hacia los usurpadores, con gestos de desprecio por los que nos querían robar la libertad, y a veces con alguna palabra fuerte e hiriente.

Recuerdo a un sacerdote de esa Parroquia, llamado Indalecio Olivera. Ese sacerdote fue uno de los primeros compañeros abatidos y ocurrió en 1961. Creo que fue en Galicia y La Paz que lo mataron, cuando fue a comprar un Mimeógrafo profesional junto a otros compañeros que estaban requeridos. No llegué a conocerlo personalmente, pero lo conocí por los recuerdos que tenía mi madre de él. Después llegaron

otros sacerdotes de mucho valor también. En la parroquia cantábamos un himno que decía así:

Nosotros venceremos
sobre el odio con amor,
algún día será,
Cristo venció,
nosotros venceremos.

Jorge Osorio, Francisco Berdiñas, Antonio Ramírez, el Padre Cacho, fueron otros sacerdotes comprometidos con la causa del pueblo.

El Padre Cacho merece un capítulo especial, porque él dedicó su vida por los desclasados, viviendo en el Cante y siendo uno más de ellos. También trabajaba recogiendo de la basura lo que podría ser útil. Cuando yo vivía en Caracas me visitó porque había tenido un altercado con un político que lo había amenazado e incluso golpeado. Él necesitaba apoyo y nos fue buscar. Me recitó aquel poema que termina así "los que luchan toda la vida son los imprescindibles" No pude acompañarlo, y eso me golpeó duro.

En 1967 fue mi primer acercamiento a la política, con 10 años acompañaba a mi vieja al club de la 99 que quedaba a dos cuadras de nuestra casa. Un club colorado, con un líder llamado Zelmar Michelini. Esas elecciones las ganó el General Gestido y su vice era Pacheco Areco.

También recuerdo a mi vieja cuando estábamos encapuchados y parados sin poder sentarnos por tres días y tres noches en un cuartel. A partir de ahí ya no fue mi madre sino la compañera o camarada Alba a la cual fui a visitar al Penal de Punta de Rieles por 3 años.

Pico de pato

Mi nombre es Nicolás Moreira Alaniz, y nací en una época de movimientos acelerados, donde ideas y acciones se coaligaron, expresando una crítica radical hacia las estructuras políticas y económicas del momento. El futuro era incierto, pero el horizonte, bien definido por un conjunto de ideales político-sociales, orientaron y motivaron el espíritu inquieto de muchos jóvenes uruguayos durante los años 60.

Nací en 1971-, cuando el MLN-Tupamaros desarrollaba sus actividades de manera clandestina, en el contexto de implementación de las medidas prontas de seguridad durante el gobierno de Pacheco Areco.

En ese mismo año -ocho meses antes de mi nacimiento- nace el Frente Amplio, como una fuerza política renovadora, una amalgama de movimientos sociales y políticos de izquierda.

Mi padre, Ruben, fue parte integrante del MLN desde sus inicios; conoció a mi madre, Susana, y se casaron en 1970, acontecimiento éste que fue, paradójicamente, una clara expresión de la realidad política del momento.

En la recepción, luego del casamiento, se encontraron, sin conocerse o reconocerse (o no queriendo reconocerse o ser reconocidos), integrantes del movimiento MLN y de movimientos gremiales universitarios, junto a exponentes de la derecha política conservadora más dura: seguramente, muchos de los encuentros sociales y familiares no quedaron ajenos a los conflictos sociales y políticos.

Mi primer año de vida, junto a mi madre y mis abuelos, estuvo ya marcado por la dificultad de contacto con mi padre, ya que debía vivir el día a día en clandestinidad, lo cual no imposibilitó la existencia de furtivos encuentros, previamente organizados y bajo estricto secreto,

y donde yo pude ver su rostro, sentir sus caricias y escuchar su voz tranquila; claramente que, al momento, y luego de cincuenta años, nada recuerdo de esto, pero lo supongo tan real y veraz como las palabras que voy viendo surgir en la pantalla con cada movimiento de mis dedos.

Por otro lado, la memoria y el relato del otro aún hoy es posible y fundamental, el legado de una memoria colectiva que queda en las almas, y que es deber moral hacerlo colectivo a otros. Yo soy con el otro y en relación con los demás, ¿qué sería de mí sin los recuerdos que aún me pueden aportar familiares y amigos de esa época? Estaría preso de las experiencias propias vividas y de los límites del recuerdo personal.

Somos parte de una historia narrada que se va conformando de relatos, recuerdos, metáforas, ideales, emociones vividas. Esa historia vital personal es compartida, y compartidos son los recuerdos y los relatos.

Por ejemplo, cuando mi padre fue encarcelado en 1972 y enviado al Penal de Libertad, comienza para mí una etapa nueva: la ida, una vez por mes (en el mejor de los casos), en tempranas madrugadas de invierno (siempre así, o así lo sentía), junto a mi abuela paterna, la "Chacha", para visitar a mi padre y su hijo mayor. Hubo un primer momento que fui con mi madre, pero luego lo realicé con mi abuela.

Allí, camino a Libertad, en los CITA del momento, me encontraba -como en una previa al momento con mi padre- con compañeros de viaje: de trayecto y de experiencias semejantes.

Me hice amigos, jugábamos en el ómnibus, jugábamos en la entrada del Penal donde revisaban a los familiares (recuerdo la inmensidad de la puerta de entrada y del recinto previo al Penal mismo: seguramente una relativa inmensidad desde mi visión de niño), jugábamos en el patio de espera para el llamado de la visita (si estaba lindo el tiempo) o en un amplio salón oscuro y gris con bancos largos, pequeñas ventanillas enrejadas y puertas cerradas dispuestas alrededor (si estaba lloviendo) donde impactante y provocador estaba colgado un cuadro (para mí gigante) con la foto de los militares muertos por el MLN en 1972.

Tanto en el patio como en el salón de espera deambulaba expectante lo que creo sería la jefa de vigilancia, llamada Amanda. Un personaje

que fue poblando mi mente con emociones encontradas, de rechazo extremo y de oscura atracción, tal como sucede con los personajes de terror. Nos gritaba, nos vigilaba, y eso nos (hablo de nosotros, los hijos de familiares presos) provocaba a ser más creativos y atrevidos. Era necesario expresar la ingenua rabia contenida, de lo sentido como niño que ve a otros niños que tienen a su padre en casa, y de lo que sus oídos escuchan y sus corazones sienten por el dolor y tristeza de los mayores, especialmente mis abuelos paternos. Además de mi padre, estaba en Libertad, mi tío Daniel.

El relato de las vivencias, el discernimiento del valor de éstas, la interpretación, y el empeño por construir una narrativa continua, coherente y con sentido es primordial, y, como dije, permite la irrupción de metáforas y ficciones junto a la realidad de los hechos rememorados.

Recuerdo (y me recuerdan) que, junto a un amigo de trayecto, en la explanada donde los buses esperaban para devolver a los familiares a Montevideo, cantábamos canciones, reíamos, jugábamos, y entre medio de esa alegría infantil, casi ajena a la tragedia intramuros, dábamos rienda suelta de nuestro rechazo a los opresores (los milicos) con una expresión aparentemente sinsentido o propia de una charla sobre animales: ¡pico de pato, pico de pato!, repetíamos a viva voz, queriendo decir, con clandestina certeza significativa, ¡hijo de puta! ¡hijo de puta!

Mis días, mis años, hasta cumplidos los siete, transcurrió de esa manera, hasta que mi padre fue liberado, volvió a su casa (ya mis padres se habían separado de común acuerdo), y se inició una nueva y fecunda relación entre padre e hijo.

Al final, les dejo un poema que escribí hace unos años acerca de esta experiencia de ir a ver a mi padre al Penal, creo que es la mejor manera de expresar mis sentimientos frente a los demás:

"En la ruta hacia un oeste que mi mente niña aún
ignora

Seguro de la mano de mi sangre

Camino sin motivo y con ilusión

Hacia el encuentro con quien soy

Allá a lo lejos brilla mi mirada

En quien busca y no encuentra

En quien anhela y no distingue

Pero allí está quien es motivo de orgullo y misterio

De no sé qué, pero sí sé quién

Imagen lejana que se mueve entre espacios e identidades

Que se superponen en una gama homogénea de colores neutros. Agobiantes y eternos.

Los juegos de niños inundan el pedestal de la tiranía forzada

Las risas acusan lo indebido

Y sé que te ríes conmigo,

Así debe ser, aunque la muerte se imponga fría y adusta

Hay esperanza y no lo sabía

Simplemente reía

Libertad no es una palabra vacía

Y la espera es en Libertad

Pasos sobre un pedregullo orquestal

Las esperas y revisiones de mi corazón

No se comparan con las de la represión

No hay normas en el estilo

Con el cual niños ansiosos y compañeros de viaje

Deciden enarbolar consignas lúdicas Contra su presente impuesto.

"Pico de pato", luz verde al imaginario

De una niñez hermosa y trágica a la vez

Donde brazos y besos esporádicos

Bajo halcones invisibles

Transmutaron lentamente hacia un nuevo génesis

Y esa misma ruta ignota que hemos ido descubriendo ha ido transitando entre instantes que nos encuentra

sorprendidos y distantes, cercanos y confidentes,

orgullosos y humildes:

padre e hijo,

hijos-padre, padres-hijo signo de victoria,

ahuyentando tinieblas,

iluminando esa ruta que invita y no espera,

y que devela entre sus interminables atajos y carriles la indudable presencia del amor ante toda adversidad."

Relato

Corría el año 1971 en Uruguay y un clima de alegría esperanzada vivíamos todos aquellos que ya integrábamos el naciente Frente Amplio.

Atrás quedaban años de sufrimiento estudiantil con las muertes de Líber y Susana y los ocho mártires comunistas de Paso Molino entre otras muertes realizadas por el escuadrón de la muerte uruguayo, bajo el gobierno de Pacheco Areco.

Yo militaba orgullosamente en el Frente formado por el Partido Comunista, el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Socialista. Nunca olvidaré el gran acto multitudinario de cierre y las palabras de nuestro líder Líber Seregni. Todos los jóvenes teníamos una gran esperanza de cambio.

Luego, vinieron las elecciones nacionales y la gran desilusión …

Fue electo Juan María Bordaberry del Partido Colorado seguido de muy cerca por Wilson Ferreira Aldunate del Partido Nacional. En tercer lugar, quedó nuestro Frente Amplio. Llegó el año 1972. Yo continuaba mi militancia frenteamplista. Un día, al llegar a casa mi padre me informó que mi hermana María Luz y mi cuñado habían sido detenidos en su casa junto a integrantes de mi familia que los habían ido a visitar esa tarde de sábado. Fueron ellos, mi madre, dos de mis hermanas, un cuñado y dos menores como eran mi hermano de 13 años y mi sobrinita de 2. Esa noche, mi padre y yo no dormimos esperando noticias mientras una "chanchita" permaneció toda la noche vigilando nuestra casa.

Al día siguiente soltaron a mi madre y el resto de la familia, pero no a mi hermana María Luz y su esposo que permanecieron años de cautiverio en las cárceles uruguayas.

En el año 1975 me casé y junto a mi esposo nos fuimos a vivir a Buenos Aires, allí aún con un gobierno democrático.

Mi marido y yo vivimos en la Provincia de Buenos Aires, en el partido de San Martín. Entramos a trabajar en la Clínica Modelo de Morón, en el partido de Morón que curiosamente estaba en la calle República Oriental del Uruguay.

Pudimos sacar nuestra residencia permanente y cuidábamos mucho ese documento.

La presidenta argentina, Isabel Martínez de Perón, no duró mucho en el gobierno. Lamentablemente el golpe de estado militar en la Argentina se instauró en el año 1976. Todo cambió. La ciudad de Buenos Aires otrora luminosa y mágica se transformó para nosotros en gris y peligrosa.

Militábamos en ese momento en el P.S.T., Partido Socialista de Trabajadores de tendencia trotskista, fundado en el año 1972.

Un día, llegamos de trabajar de noche y sobre nuestra puerta habían pintado “Mueran tupamaros”. Yo tenía un embarazo de 7 meses de mi hija y decidimos mudarnos a la capital.

Gracias a un compañero que tenía un apartamento en alquiler, nos mudamos al barrio de Floresta. Si bien se vivía una época oscura, trabajos no faltaban. Hacía ya un tiempo que habíamos entrado a trabajar en el Hospital Israelita, en donde nació mi hija María Sol. Los dos fuimos técnicos en dos áreas diferentes: él en Radiología y yo en Laboratorio.

En 1980, ya separada de mi marido, entro a trabajar en el Hospital Español. Un día, me avisan que habían internado al padre de un compañero médico que había logrado huír a Europa poco antes de que lo ubicaran. Lamentablemente, cuando los militares buscándolo, llegaron a la casa de su padre, éste se asustó y sin pensarlo, les cerró la puerta. La tiraron abajo y lo golpearon tanto que le rompieron el bazo. Falleció, al menos sabiendo que su hijo estaba a salvo.

En el hospital se vivía un clima enrarecido ya que había gente

favorable al régimen militar y hubo más de una delación.

En ese clima y en esos años, las Madres de Plaza de Mayo organizaban todos los jueves una marcha silenciosa alrededor de la plaza, con sus pañuelos blancos y sus pancartas, fotos de sus hijos desaparecidos. Eran acompañadas por diferentes organizaciones políticas, sociales y de derechos humanos, como Paz y Justicia, cuyo presidente era Pérez Esquivel.

Un jueves en que asistí y marchando pacíficamente, los caballos avanzaron hacia nosotros cerrándonos el paso. Pérez Esquivel aconsejó retroceder, pero estas valientes y admirables mujeres dijeron –No! ¡Seguiremos avanzando entre las patas de sus caballos! ¿Qué tenemos que perder? - Y tomados del brazo de a grupos, avanzamos…

El 2 de abril de 1982, los militares argentinos declararon la guerra por las Malvinas al Reino Unido. Creían contar con el apoyo de Estados Unidos, pero no fue así, el gobierno estadounidense apoyó a su enemigo, el Reino Unido. La derrota fue inevitable. Superioridad total de los británicos en armamento, modernos buques de guerra y preparación de sus soldados.

El gobierno argentino, sacrificó una vez más a los jóvenes soldados que mandaron al frente sin ninguna preparación y con armas viejas. Todos los jóvenes de dieciocho años en adelante fueron convocados para la guerra.

Una guerra que duró menos de tres meses pero que convulsionó grandemente a toda la población. Los jóvenes, los que volvieron, quedaron destrozados, muchos heridos y mutilados física y psicológicamente. Un total desastre.

En ese momento, los uruguayos fundamos A.R.O.J.A., Asociación de Residentes Orientales José Artigas.

En la misma época los residentes chilenos, paraguayos, brasileros y bolivianos fundaron asociaciones similares en repudio a la guerra de las Malvinas y en apoyo a su pueblo. En Aroja, asociación política, no partidaria, que funcionó durante años, organizamos el 25 de setiembre

de 1982, el Primer Festival de Canto Popular Uruguayo en la Argentina. Se realizó en el Estadio Obras, a lleno, tanto de uruguayos como de argentinos.

Fue espectacular este festival que duró casi seis horas y en el que participaron "Canciones para no dormir la Siesta", "Rumbo", Leo Masliah, Pippo Spera entre muchos otros y en el que cerró la noche Rada. Fue un acontecimiento mágico, sólo empañado por la experiencia que sufrimos dos días antes con algunos de los músicos invitados. Habíamos conseguido diferentes lugares para dar a conocer a nuestros músicos tanto en radio como en dos pubs de Buenos Aires. A mí me tocó llevar a algunos de ellos a la radio Rivadavia. Fueron Laura Canoura, Gonzalo Moreira, Pippo Spera y Jorge Bonaldi. Todo fue muy bien, pero al salir y a poco de caminar, nos interceptaron cuatro policías de particular. Fue un momento de mucha tensión, en donde yo sólo pensaba en mi hijita. Luego de presentar documentos y varias preguntas, nos dejaron ir. Eran artistas que venían a dar un espectáculo ya autorizado, así que todo salió bien.

Fue muy importante para los músicos uruguayos abrirles una puerta en la Argentina, ya que había más censura en los medios de Uruguay del momento para expresarse.

Luego de vivir diez años en Buenos Aires, regreso a Uruguay con la vuelta a la democracia, y permanezco algunos años más aquí, en donde la vida me regaló un maravilloso nuevo hijo.

En 2018 me fui a vivir por tres años a Barcelona donde están mis dos hijos y mis dos nietas. Una hermosa experiencia de vida.

Hoy he vuelto a mi tierra, a mi querido país, a mi gente, a compartir la vida con las personas que quiero, entre ellas con la eterna luchadora que es mi hermana María Luz.

Este año el otoño ha sido particularmente muy frío

Hoy en la tarde, conversando con mi madre en su casa, me entregó un poncho, el cual me pertenecía desde la niñez y hacía años permanecía en la casa de mis padres…. siempre había estado allí.

Ese poncho había vivido mil historias, envuelto en mi cuello o en el de alguna de mis hermanas. Había hecho las veces de colcha en la cama, otras veces servía como manta en el sillón, así como para tapar los pies mientras los viejos nos contaban alguna historia. También supo viajar con nosotros y acompañar algún campamento de verano en San Gregorio.

Ese poncho era parte de la familia y tenía mil historias.

Si bien ese poncho yo no lo tenía presente, al mencionarlo mi madre me acordé perfectamente de él, los recuerdos me invadieron. No pude hacer otra cosa, que pedir el poncho. Al tocarlo, sentí la necesidad de preguntar; "¿cómo había llegado ese poncho a mí?", de seguro ya me la habían contado antes.

Resulta que ese poncho me lo había regalado el tío Daniel, hermano de mi padre (el segundo de los cuatro, mi padre era el mayor) previo a mi nacimiento.

Daniel, fue de los cuatro hermanos el que tuvo hijos primero. Gabriel, el primero de ellos, es el mayor de todos mis primos. Resulta que el poncho, había sido regalo de su nacimiento, regalo realizado por las manos del hombre que hoy es mi padre.

Ahora bien, ¿cuál es el origen del poncho?

Este poncho, había sido tejido en un calabozo del penal de libertad

allá por los 70. Si, en un calabozo. Donde el frío es más intenso, donde los sueños se enjaulan, donde la muerte está más cerca de la vida, ¡¡ahí!!

Un muchacho joven de unos veintitreinta, creaba una simple prenda de vestir con unos ovillos de lana que le habían hecho llegar de una manera misteriosa, manipulando la lana con una aguja casera hecha con un cepillo de dientes, pero con destreza, dedicación y amor. ¡¡Así creó un poncho!! noches y días tejiendo lana, tejiendo sueños, pensando en futuro.

Ese poncho, que abrigó a mi primo y sus historias, me abrigó a mí y a mi familia, hoy luego de tiempo lejos, vuelve a mí…

Menos mal, el invierno se puso fiero… ¡¡gracias vieja por tenerlo a mano!!

A 50 años del "Febrerazo"

¿Casualidades?

El lunes pasado voy hasta CRYSOL para comprar un nuevo ejemplar de "CRÓNICAS" (vol. 3) y me recibe el compadre Baldemar… me advierte: "estamos preparando el 4: ¿vas a escribir algo?" Salí de la casona rumiando, pensativo; el truco estaba echado. Casi me pecho con un gurí joven durmiendo en la vereda. En una sola cuadra conté cuatro… Este es el Uruguay de hoy: ¡miles en situación de calle! La gente que camina esquiva los cuerpos, mira de reojo si es que mira y siguen de largo. "La vida" continúa! Me pregunto: ¿escribir para qué?

Desde que irrumpió la famosa "plandemia", nosotros en Toledo arrancamos con una OLLA POPULAR.

Vamos para el tercer año, y estamos en casi mil porciones. El hambre, literalmente HAMBRE, la falta de trabajo, las situaciones de miseria material, y sobre todo la DESESPERANZA, van en aumento ¿Y? Una vergüenza social que debería hacer estallar en mil pedazos a este "paisito" tan civilizado, tan internetizado y tan integrado al mundo consumo. Si ayer tuvimos razones para intentar una REVOLUCIÓN (no una lavadita de cara o "reformas consuelo"), hoy: ¿NO?

La Utopía de un mundo sin explotados ni explotadores que inspiró nuestra rebeldía de ayer, que costó tantas vidas, que costó el sufrimiento humano de miles, pensé mientras ponía rumbo a la Chacra, AÚN SIGUE SIENDO UN DEBE…Cada rostro de los que esquivé por Joaquín Requena, cada cara de las tantísimas que llegan todos los miércoles a nuestra OLLA del Tole, se me fueron presentando en el retorno al pago. Interpelándome, sacudiendo mi normalidad con la pregunta: ¿seguís dispuesto a darlo todo por esa Revolución que inspiró nuestros mejores

sueños y está pendiente? Y así fue como me dije a mí mismo: ¡fuerza, no solo vale la pena, es necesario escribir! Para continuar desnudando lo que fue el Terrorismo de Estado; la impunidad reinante hasta hoy; para que las verdades de lo vivido, el "Dato" indiscutible, mate al "relato" de la ejemplar democracia uruguaya, para avanzar en la conciencia del NUNCA MÁS, ya que llevamos más de una generación que nada sabe del pasado, pero sobre todo, ante la crueldad y dureza de la realidad que hoy nos toca vivir, acompañar el grito de los excluidos, y empecinarnos en convertir los sueños de ayer, en lucha presente por un MUNDO NUEVO (¡no solo mejor!).

Entonces, ¿sobre qué escribir? ¡Uno lleva adentro tanta cosa! Pero la fecha "9 de febrero" se encargó despertar la " inspiración". Para que se entienda lo vivido en la fría noche del 15 de agosto de 1975, cuando me detuvo el TAC (Tropa Aérea de Combate) de la Fuerza Aérea, grupo especializado en el "combate a la subversión", debo relatar qué fue el "febrerazo" y cual fue mí vínculo con este episodio.

Repasando lo sucedido en aquel entonces: ante la designación por parte del presidente J.M. Bordaberry, del Gral.(R) A. Francese como ministro de Defensa, el Ejército y la Fuerza Aérea (no la Marina) con apoyo de la Policía, desconociendo dicho nombramiento, en la madrugada del 9 de febrero copan inicialmente canal 5 y emiten el COMUNICADO "4/973". Luego se difunde por todos los medios de prensa. En él se reivindica la intervención directa de las FFAA en la conducción política, y se plantean un conjunto de medidas programáticas, con la supuesta intención de resolver la crisis económica y social que por esos momentos se vivía en el país.

Horas más tarde se complementa dicho comunicado con otro, el "7", que explicita aún más los contenidos del anterior. Ese 9 de febrero, los mandos militares, ignoraron al presidente Bordaberry, que casi en soledad se manifestó en la Plaza Independencia. Militarizaron la ciudad de Montevideo (sin confrontar con la Marina acuartelada en la Ciudad Vieja, que días más tarde termina plegándose al golpismo); en suma, demostraron fehacientemente que el PODER REAL estaba en sus

manos. Era el adiós definitivo al orden constitucional, "republicano y democrático", del cual tanto se vanagloriaba el Uruguay moderno. A su vez el 9 por la noche, el Frente Amplio organizó en el barrio la Unión, un multitudinario acto callejero, en el que solo habló Seregni, exigiendo la renuncia de Bordaberry y reiterando la consigna emblemática de esos tiempos: "¡pacificación para el cambio, y cambios para la paz!"

Con el "febrerazo", se generaliza en la Izquierda un profundo debate histórico: ¿los comunicados "4 y 7" eran indicio de que irrumpía dentro de las FFAA un sector "peruanista" (en alusión al modelo militar nacionalista aplicado por V. Alvarado en Perú) o populista, que permitía ilusionar un viraje del "partido militar" cuyo efecto sería el de un retroceso de los sectores más fascistas. Para quienes no vivieron aquellos convulsionados días, conviene recordar que particularmente el Comunicado 4, habla de redistribución de la tierra, de fomento del trabajo y la industria nacional, de promover cooperativas y pequeñas empresas, de combatir ilícitos económicos (característicos de políticos y grandes empresarios), de acabar con la corrupción burocrática, etc.

La erupción del "volcán militar" en el escenario político, produjo reacciones muy diferentes. Ejemplo: durante esos días, una portada del diario El Popular, (Partido Comunista), tituló: "Adelante Patria, Pueblo y FFAA unidos". Debate también ya instalado de antes, cuando por ejemplo a partir de mediados del 72, un sector del MLN con Huidobro a la cabeza, desde el Batallón Florida, pactaban y negociaban con la oficialidad alentando la represión de los "ilícitos económicos".

La discusión dentro de la Izquierda fue intensa. ¿No era al menos ingenuo o peligroso, recalar solo en el contenido populista de los "4 y 7", ignorando que al mismo tiempo dichos comunicados de manera enfática llamaban a combatir la "subversión", el "marxismo-leninismo" y el comunismo internacional que atentaba contra la "Patria"? ¿En última instancia, ante el proceso de fascistización que venía acelerándose, no era hacer como el avestruz? ¿Acaso no serían alertas que naturalmente debían haberse encendido, si se considera que en la lógica imperialista, una de las estrategias de contrainsurgencia, era la de apoderarse de las

banderas de los movimientos revolucionarios?

Cuestiones muy discutibles por cierto en su momento histórico, pero que además tuvieron un "más acá", un trasfondo estrictamente ético: ¿convalidar, impulsar negociaciones, mientras en los cuarteles están torturando y masacrando a tus propios compañeros y compañeras? ¿Creer en promesas o palabras bonitas, cuando te están vapuleando a mansalva? ¡Dilemas que se vivieron ayer, y se vivirán siempre que se entable una lucha real, confrontativa con el enemigo de clase!

Lo cierto es que el "febrerazo" se cierra con un pacto entre Bordaberry y los mandos, en una reunión que se lleva a cabo en el Boiso Lanza, acordándose en un documento secreto, entre otras cosas, la creación del Consejo de Seguridad Nacional (COSENA). Este organismo legitimaba la intervención directa de las FFAA en la gestión política. De hecho, a partir del 12 de febrero del 73, comenzó a institucionalizarse el Terrorismo de Estado.

Pues bien, al cabo de unos pocos días pudimos obtener el tan ansiado documento secreto, que se acordó en el pacto del Boiso Lanza. Finalmente llegó a mis manos. Todo un logro, ya que nos permitió informarnos sobre la red de PODER que se venía configurando tanto en la interna militar, como con determinados políticos y empresarios de la clase alta.

Este trofeo de nuestro artesanal "contraespionaje", durmió intacto en un "berretín" durante más de dos años.

No fue necesario esperar, como se dice comúnmente, "al diario del lunes", a que transcurriese demasiado tiempo para conocer el verdadero rostro del "febrerazo". En un par de meses nomás, la represión generalizada contra el movimiento popular (no sólo contra la guerrilla) fue en aumento. Como tuve la responsabilidad de hablar en nombre de la FEUU en el último primero de mayo antes del golpe, dicho sea de paso, inolvidablemente multitudinario, la postura que expresamos ese día fue tajante: ¡denunciar la brutalidad de la tortura en los cuarteles!

Luego del 27 de junio vino la dictadura desembozada; y hacia finales

de año, más precisamente el 27 de octubre, se interviene la Universidad y se ilegalizan la FEUU y varias organizaciones políticas, entre ellas los GAU, a los cuales pertenecía. Somos requeridos públicamente, un conjunto importante de compañeros. Pasamos a la clandestinidad. La mía duró casi dos años, justamente hasta la fecha que mencioné al principio: 15 de agosto de 1975. Dos días antes, el 13, me informan que nuevamente mi nombre andaba en danzas, que los milicos estaban rabiosamente atrás mío, que era mejor que me fuera del país, pero conscientemente y sin dudarlo, resolví que ¡NO!

Por aquel entonces, reorganizarnos y resistir la dictadura, ¡era compromiso ineludible! Casi a la medianoche del 15, en impresionante operativo cercan toda la manzana y terminan deteniéndome. Me encapuchan, me esposan con las manos hacia atrás, y me depositan en una camioneta que alcancé a percibir de color azul, por lo cual deduje que sería de la Fuerza Aérea. Ni sabía yo que existía el TAC. Empecé a conocerlos esa misma noche, por los gritos, mejor dicho, alaridos, puteándome a cada segundo; y dale con los golpes y piñazos, mientras daban vuelta la casa entera, en una requisa que "no perdonaba"! En "de mientras"-dirían en campaña-yo "rezando" para que no descubriesen el berretín con todos los materiales. Particularmente para que no encontrasen el famoso documento secreto pactado en el Boiso.

A todo esto, ¡hasta ahí no sabía que, oh! casualidad, quienes pasaron a ser mis verdugos, eran nada más ni nada menos que muchachos del Boiso. "Ingratas" coincidencias no? Al cabo de horas, marchamos en convoy con rumbo desconocido para mí. Supe luego, que mi aterrizaje forzoso, fue en el icónico cuartel del "febrerazo", es decir, en el renombrado Boiso Lanza. Me desnudan violentamente, me manosean todo riéndose del tamaño de mi pene (entre que es chicuelón, con el frío y el susto que tenía, imagino esa noche estaría casi "invisible"), y a puro grito, acrecientan la intimidación. A esto se le suman ladridos y aullidos infernales de la perrada: ¡Sorpresa, la sala de tortura del Boiso, estaba en la perrera! Teniendo claro que la táctica era achicarme psicológicamente, me empecino al comienzo, en ni siquiera darles mi nombre; y a la vez, desesperadamente, sigo pensando: ¿lo habrán

encontrado? ¡Maldita la hora en que lo había guardado! Me seguían vapuleando con saña. Supe después, ¡que este 1er. round estuvo a cargo de oficiales "menores!: Fresia, Urban, López, Cáceres.

En un momento se me dió por decirles que eran unos cagones, patoteros, y para qué: la lluvia de patadas, piñazos, y gritos, se convirtió en un Tsunami. Me dije a mí mismo: mejor Jaume, calladito la boca y perfil bajo; estas totalmente en sus manos y no sabes por cuánto. Ellos mismos se encargaban de decirte: "aquí sos boleta; si te hacés el vivo la quedás. Nadie sabe dónde estás, y te podemos tener todo el tiempo que se nos antoje… tarde o temprano, todos hablan, así que nada de hacerte el machito". Entramos a la Perrera.

Se venía el primer interrogatorio. Para mis adentros pensaba: capaz que el documento y los materiales, no los descubrieron. Siempre encapuchado, esposado hacia atrás, y lógicamente que desnudo (estuve así casi un mes) me tiran boca abajo sobre una mesa metálica mojada, me ponen la picana en el ano y al mismo tiempo me hacen el submarino en un tacho al final de la mesa, que, por estar mojada, el efecto del shock eléctrico lo expandía por todo el cuerpo…Un "x" tiempo, y paran. Me dicen: este es el principio del tratamiento que te vamos a aplicar; así que ahora vamos a empezar con el interrogatorio como corresponde. ¿Cómo te llamás? Y era evidente, comenzaba la "terapia" del ablande.

Durante los años de clandestinidad, yo me había preparado de diversas maneras para afrontar la "máquina". Informándome, entrenándome con ejercicios de dureza física, y sobre todo mucha mentalización para encarar situaciones límites. Cuando el 13 decidí quedarme, sabía la que me esperaba. Sin duda ésta era una de mis batallas personales por la Revolución. ¡Había llegado la hora de la verdad! Constatando también, que desde el mismísimo momento en que me detuvieron, todo lo imaginado era poco en comparación con lo que estaba viviendo. La violencia física y psicológica, la denigración para quebrarte la autoestima, el sufrimiento, el dolor, y más que nada la sensación de absoluta indefensión por estar en manos de una patota imbuida de "locura" y sadismo (hasta con un médico controlando para

impedirte el “alivio” de la muerte) cobraban una dimensión real que, de antemano, resultaba impensable.

En ese instante me pregunté: ¿resistirás? Insisten: ¿cómo te llamás? Respondí sin arrogancia, pero con firmeza mi nombre, y cuando termino, como un torbellino entra alguien a la pieza, y grita: “Miren lo que tenía este hijo de puta, el documento secreto firmado por Bordaberry y los comandantes el 12 de febrero…Hay que matarlo, muévanlo hasta que confiese quien se lo dio, ¡hasta que no pueda más!” Me corrió un temblor por todo el cuerpo, que intenté ocultar para que no se envalentonaran. Arrancaba una historia que duró exactamente mes y medio antes que me interrogase un juez (militar, obvio) sumariante.

Sesiones de máquina; plantones; caballete; palizas con el chicote de goma en los testículos, en todo el cuerpo; quemaduras con el cigarro; simulacro de violaciones con un palo; submarino de cuerpo total en la piscina de los oficiales; varios días sin tomar agua, pero escuchando el goteo de una canilla (en tales situaciones jamás sentís hambre); y presiones psicológicas de todo tipo. Al punto de ponerme en un radio grabador gritos de niños queriendo hacerme creer que allí estaban torturando a mis hijos. Todos estos “tratamientos”, al son de dos canciones: “Ojos que no ven, corazón que no siente.” y “Salta, salta, salta, pequeña langosta”. Sin duda alguna la barra brava del TAC, siempre vestidos con uniformes “made in USA”, en la Escuela de Las Américas en Panamá, habían aprendido algunas “cosillas”.

Finalmente, la historia del “documento secreto”, pasó a integrar el anecdotario de los presos.

Levantada la incomunicación, más lejos de ciertos dolores, era disfrutable lo que había significado esa mojadita de oreja. Un secreto: ¿en manos de “pichis”, de “sediciosos”? Intimidad militar violada; arrogancia mancillada; PODER omnímodo vulnerado…A 50 años del febrerazo, los milicos IMPUNES que aún viven, se irán a la tumba sin saber cómo ocurrió.

¡ARRIBA LOS QUE LUCHAN!

Gracias por tanto

Sra. María Teresa Aiscar

Iglesia Evangélica Metodista

Montevideo

Querida María Teresa:

Te escribo esta carta con pena de que no la vas a poder leer. En ella te voy a decir cosas muy fuertes que hemos vivido, que no te dije cuando pude o debí, no sólo para agradecerte sino para contarte que aquella historia que comenzó con tanta angustia terminó en forma feliz.

Me acuerdo muy bien de aquellos meses de otoño e invierno en tu despacho, en el altillo de la iglesia, donde nos apiñábamos familias enteras esperando que nos atendieras, sabiendo que eras nuestra única posibilidad de poder salir del espanto que estábamos viviendo. Todas esas familias, adultos y niños, a los cuales tus palabras alentaban y daban esperanza. Esos gurises arrastraban el terror de las infames visitas a sus padres encarcelados.

Tu trabajo solidario permitió salvar y devolver la felicidad a centenares de familias. A todos contuviste con ternura, nos aconsejaste con prudencia y nos diste pautas de cómo debíamos comportarnos para no despertar sospechas. Y, sobre todo, nos dabas informaciones y soluciones concretas para salir del país con ciertas seguridades.

Finalmente llegó el gran día, en el que nos diste la noticia de que los contactos estaban asegurados y que podíamos viajar "tranquilos". ¿Quién podía hablar de tranquilidad en aquellos tiempos y circunstancias? Ahora te paso a contar la larga parte de la historia que no conocés.

Con apoyos pecuniarios de amigos y familiares que se manejaron con prudencia y enorme generosidad, conseguimos reunir unos fondos para financiar el inicio de la aventura.

Llegó el día del viaje de Alfredo, triste día, el sexto aniversario del golpe de estado en nuestro país. Tres familiares lo llevaron hasta el Chuy, y allí se despidieron como hasta nunca. Más adelante me contó que tomó un ómnibus hacia Pelotas y paró en la aduana y migración del lado brasileño. De ese rato que pasó allí nunca se va a olvidar. ¡Qué angustia! Ellos se daban cuenta de que se estaba escapando, y además aún tenía aspecto y actitud de preso: pelo corto, color blanco papel y estaba muy asustado. Finalmente, después de media hora de presión y actitud agresiva, lo dejaron pasar. ¡Qué alivio!, pero allí comenzaba un delirio persecutorio que lo acompañaría a lo largo de todo el viaje.

Después de muchas horas de viaje, llegó a destino: Río de Janeiro. Enseguida se refugió en ACNUR y obtuvo el estatus de refugiado. Inmediatamente me llamó por teléfono y me dio la gran noticia. Breve alegría y emoción, pero aún faltaba mucho. Esa noche yo comenzaba la segunda etapa de la aventura, en otro bus de la empresa TTL, con Sebastián de ocho años y Lucía de seis.

Los gurises estaban debidamente adiestrados y se portaron bárbaro. El viaje de ellos también fue angustiante, pero llegamos al otro día a Río, y allí nos reunimos para empezar una nueva vida, esta vez en libertad, muy lejos de “Libertad”.

Decidimos vivir en Muriquí, una playa cien quilómetros al sur de Río. Esto nos fue devolviendo la tranquilidad, a pesar de que compartíamos la casa con otras familias que tenían las mismas heridas que nosotros. Pero este no era un destino definitivo, había que partir para un país de asilo. Solicitamos ir a México, para donde Alfre ya tenía una oferta de trabajo como agrónomo en una estación experimental de agricultura, pese a ello, no nos dieron la visa aduciendo que ese país ya estaba saturado de refugiados.

Después de tres meses en Muriquí, un día nos avisaron de ACNUR

que venía una delegación del gobierno de Dinamarca a llevarse un avión lleno de refugiados para ese país. Allá marchamos nosotros, sin habernos imaginado que esta aventura terminaría en Escandinavia. Llegamos a Copenague en setiembre de 1979.

Al principio todo muy lindo, buen recibimiento, pero nos depositaron en un ex hotel en el centro de la ciudad, donde convivíamos con gentes de diversos países, costumbres, religiones e ideas políticas. Fue una etapa brava, conflictiva, con el agravante de que nosotros estábamos en el proceso de recomponer la vida familiar, afectada por años de separación forzosa.

A los tres meses de estar en esa olla de grillos, nos comunicó nuestra asistente social que se nos había asignado un lindo apartamento en un barrio cercano al centro de Copenhague. Parecía un sueño, tener un cómodo apartamento y todos los servicios a alcance de la mano, cubierto por el seguro social. Estábamos en plena euforia cuando llegaron, en esa misma semana, dos noticias impactantes: México nos había otorgado la visa, y la FAO le ofrecía un contrato muy bueno para trabajar en Birmania. ¡Qué momento! Noches enteras sin dormir, analizando pros y contras de cada alternativa.

Finalmente, la decisión fue quedarnos en Dinamarca para continuar el proceso de reconstruir los lazos familiares, e intentar allí revalidar nuestros títulos. El resultado fue decepcionante: la reválida de su título y de cinco años de experiencia en investigación agronómica equivalía a un año en la universidad danesa.

Fue un golpe muy duro de asimilar, que se sumaba a lo horrible del clima, la frialdad también de la gente, y yo que perdí dos ansiados embarazos en 1980. Imaginate la tristeza, con las ganas de tener otro hijo, que era la idea que nos obsesionaba.

Dinamarca nos fue aburriendo y ya en 1981, buscamos otros horizontes. Arrancamos para Mozambique, a dar una mano al gobierno del FRELIMO en un país devastado, seis años después de su independencia, con una revolución triunfante. Del primero al cuarto

mundo. Llegamos a Maputo el 2 de julio de 1981 y allí empezó otra aventura. Nosotros, los grandes, sabíamos en qué baile nos metíamos, pero los gurises, con ocho y diez años, no entendían nuestro idealismo. Dejar su cómodo barrio, con escuela, gimnasio y todo a mano, para pasar a condiciones educativas horribles. Pero también vino el premio, a los nueve meses de llegar nació Antonella, el bebé que Dinamarca nos había negado.

Poco a poco, las cosas en Mozambique se fueron acomodando, nos fuimos acostumbrando y mejoraron las condiciones de trabajo para nosotros y de estudio para Seba y Lucía. Antonella se criaba feliz con los africanitos del barrio. Lógico, ella también era una africana más.

Alfredo trabajaba en su profesión como agrónomo de campo, asesor de pequeños agricultores familiares, y yo como profesora en la Universidad. Como balance general y a esta altura de la vida, podemos decir que en Mozambique pasamos nuestros mejores años, y lo mismo nuestros hijos. Y eso que en esos años hubo guerra civil, bloqueo, atentados del régimen racista vecino, falta de abastecimiento. Siempre recordamos ese país con amor y nostalgia. Hace unos años le dedicamos un audiovisual de producción familiar: “Mozambique, después de la liberación”.

Salimos de Mozambique cuando la situación ya no daba para más, el 2 de julio de 1988, casualmente cuando se cumplían los siete años de nuestra llegada. Salida triste, pero con otro horizonte: Nicaragua, la tierra de volcanes y poetas, la de la revolución sandinista, el trabajo voluntario, las campañas de alfabetización, la amistad y el compañerismo. Nicaragua fue otro gran amor para nosotros, donde se pudo vivir y trabajar muy bien en un ambiente fraterno.

Después de cuatro felices años en Nicaragua, otros cuatro años en Costa Rica. País fascinante por su naturaleza y paisajes. Allí trabajamos en lo mismo: docencia yo y agronomía Alfredo.

A inicios de 1997 terminó el contrato de Alfre en Costa Rica y el desenlace era obvio: volver a Uruguay. Yo estaba feliz de reencontrarme

con mi numerosa familia, él estaba triste y lleno de rencor. No consiguió trabajo durante tres años hasta que se aburrió y a los 55 años, en el 2000, se puso a cursar la Maestría de Ciencias Ambientales, que culminó con mención.

A partir de allí encontró trabajo, primero en el cooperativismo y después, en el Ministerio de Agricultura como Director del Proyecto Producción Responsable.

Durante muchos años vivimos experiencias atípicas, aventuras y locuritas, juntos, Alfre, yo, Seba, Lucía y Antonella. No faltaron escenas o situaciones dramáticas, pese a lo cual hemos sido muy felices,

Te quería contar toda esta larga historia a vos, que fuiste una de las personas que más nos ayudaron cuando estábamos viviendo aquel calvario. Me demoré en ir a relatarte todo esto, pero te me moriste primero. Nunca me lo pude perdonar.

Beso enorme lleno de agradecimiento.

María Orfilia (y también Alfredo y nuestros hijos).

Entre ángeles y demonios

Fue allá por mitades de los 70 del siglo XX, ya que no solo somos una generación que ha traspasado un siglo, sino que también un milenio, les habrá ocurrido a muchas con seguridad, de la importancia del hecho en sí ya se ocuparán los historiadores, muchos elementos hay en varios campos sociológicos, científicos, tecnológicos, para estudiar dichos cambios que han beneficiado el discurrir humano sobre la milenaria Gea.

Juan con apretado y ligero andar, que le permitían sus juveniles 20 años, llegó hasta la vieja casona de pensionado, ubicada en la calle 25 de mayo Nro. 125 de la Ciudad Vieja, donde muere la misma casi al llegar a la rambla 25 de Agosto.

Era el horario en que finalizaba su jornada laboral en una oficina de Despachos de Aduana, las sombras de la tarde ya apuntaban a convertirse en noche, primeros días del mes de noviembre.

Golpeó como tantas veces la puerta de la pieza en que vivían Roberto y María, le llamó la atención previamente el silencio y falta de luz, no habitual, tras aquella puerta. A sus espaldas escuchó que se abría la puerta donde habitaba la madre de Roberto y dos de sus hermanas, varios miembros de la familia de Roberto habitaban en el mismo pensionado. Al darse vuelta se percató por el rostro y desaliño de aquella mujer que sus horas anteriores no habían sido "muy buenas".

"¡Ay muchacho, que estás haciendo por acá, se los llevaron los milicos a la madrugada, venían armados hasta los dientes … fue terrible, espantoso!"

Juan intentó no entrar en pánico y tratar de calmar a la mujer.

Ensayó un algo así como: "Tranquila Señora, voy a ver que está pasando", sin tener muy claro lo que estaba diciendo. Lo que sí tenía

claro es que los milicos debían de haber montado una "ratonera" en las cercanías del mismo sitio que estaba pisando.

Antes de dirigirse al pensionado, había pasado por un "correo" que él mismo había montado en la peluquería del barrio, convenciendo a José el peluquero de cumplir esa función de colaboración con el PC y la UJC. La misma consistía en recibir y almacenar en la peluquería los materiales que el Partido y la Juventud editaban, para luego distribuirlos, fundamentalmente "La Carta" del PC.

José era un buen hombre de ideas avanzadas, pero no era comunista, peluquero y barbero de vieja usanza, que ya estaba siendo víctima de la "piqueta fatal del progreso" por los locales de "coiffeur" que se estaban instalando, pese a que los amigos de Juan le decían que debía cortarse el pelo en los mismos, él lo seguía haciendo en lo de José e inclusive hasta se hacía el "rudo hombre" con afeitadas a la navaja, le encantaba todo el folklore de aquella navaja asentada sobre la faja de cuero negro, colgada al costado del sillón de peluquero, ni que hablar después de la afeitada – el ardiente rostro – calmado por la refrescante colonia lavanda Dr. Selby. Juan y José se habían conocido en los 70 antes de la Dictadura y en la Ciudad Vieja, que no es un barrio clásico de Montevideo, en lo social fundamentalmente, es más bien una ciudad administrativa y hormigueante de lunes a viernes y muy apagada, callada y gris los fines de semana.

Pero la amistad y la militancia común, de aquel muchacho y veterano hombre, se habían consolidado tanto en prácticas sociales y comunitarias, como en la exigencia de la hora de la lucha antidictatorial.

Salió nuevamente a la calle por la puerta principal del pensionado, sorprendido aún de que las fuerzas represivas no hubiesen caído sobre su persona, había pensado durante su recorrido por el patio, abandonar un bolso que llevaba repleto de "Cartas" que había levantado en el Correo de José. Pero su sentido de responsabilidad le decía que esa acción podía perjudicar a algún vecino de aquel pensionado. Apretó el paso y su esfínter y comenzó a subir en zigzag las callejas de la Ciudad Vieja. Observando cada tanto si era seguido, cuando llegó al costado del Hospital Maciel, volcó su mirada hacia un terreno baldío que conocía y

que en el fondo lucía una pintada que habían hecho los compañeros de su seccional Ciudad Vieja, "Vivan los 55 años del Partido Comunista", y adentrándose en el mismo abandonó el bolso.

De allí caminó unas cuadras más y finalmente en una parada de ómnibus tomo uno que lo condujo hasta el trabajo de su hermano, una guardia nocturna en una Mutualista de la Salud Privada. Intercambió con su hermano acerca de la situación que se "estaba presentando"; en la "Carta" de octubre (que no había leído) sí, el título de su tapa, en la cual decía "Se avecina Ola Represiva Fascista", muy elocuente, por cierto, podía entenderse que muchos de sus compañeros y contactos habían caído presos y estaban ya en los centros de tortura e interrogatorios y que él ocupaba un lugar en esa fila.

En conversación con su hermano manejó qué posibilidades tenía de zafar ante la inminente caída. El dinero para un viaje o el pariente o amigo rico e influyente, brillaban por su ausencia. Contactos del partido, con toda seguridad en su misma situación. Posibilidades de hacerse de algo de dinero, concurrir a su trabajo al día siguiente y peticionar un "adelanto" a la misma vez que recibir una llamada de contacto codificada con el partido que le marcara el camino a seguir (en tiempos de inexistencia de celulares).

Hablando de amigos ricos, recordó su último encuentro con Miguel, muchacho hijo de un Despachante de Aduana con quién habían cultivado una linda amistad juvenil, Juan con 15 años cadete de una oficina y Miguel que trabajaba con su padre en otra. Estaban peleados antes de su última conversación, por una discusión que tuvieron en septiembre de 1973 por el Golpe de Estado en Chile, se encontraron en un lugar haciendo trámites y Juan estaba muy indignado por el asesinato de Allende y otros en la Moneda bombardeada y todo lo que estaba ocurriendo en Chile. Miguel las pocas ideas políticas que tenía, le venían por derecha, muchos de sus amigos de Carrasco inclusive revistaban en la JUP y su situación económica y social era sumamente holgada. Miguel ensayó una respuesta frente a la indignación de Juan y le respondió: "Mirá Juan, los guerrilleros de Allende, no le tiraban con caramelos a los militares, se la buscaron." Juan con mucho pesar en la entonación de

sus palabras, le respondió “Miguel, la próxima vez que nos veamos, yo no me siento en la obligación, y quiero que vos tampoco, de dirigirte la palabra ni el saludo.”

En octubre de 1975, Juan se encontraba haciendo fila en un Ministerio para legalizar unos documentos de unas importaciones, Miguel había terminado sus trámites en el mismo lugar y para sorpresa de Juan (años llevaban sin hablarse) dirigiéndose al mismo le dijo “Juan será que cuando finalices el trámite, tomamos un café en el boliche de la esquina”; “Bueno, voy”, respondió Juan, sorprendido.

Miguel – Te ofrezco mis disculpas por lo que te dije, he cambiado mucho mi forma de pensar. Supongo que estarás muy perseguido, te ofrezco mi casa y lo que necesites.

Juan – Me alcanza con tus disculpas y tu nueva forma de pensar, por mí no te hagas problema, no estoy metido en nada.

La compañera de Juan, a quién amaba desde la más tierna juventud, y de la cual se desligó para que no corriera riegos, también le había alertado, frente a la caída de parientes del partido y de irlo a buscar a la casa en común que habían habitado, que se largase del país, él desoyó su alerta quizás no por desmedida valentía o arrojo juvenil envuelto en justas causas, sino por aquello de las raíces humanas que se unen en el amor a la dignidad de defender las razones de la humana existencia.

Serían las 5 de la tarde, si eran, de aquel 5 de noviembre de 1975, Juan tomó el picaporte de la puerta de su trabajo, cuando dos gorilas de Inteligencia y Enlace de la Policía Nacional lo esposaron y encapucharon, para llevarlo a su centro de interrogatorios y tortura. “César los que van a morir (o sobrevivir para contarlo)”, te repudian eternamente.

Haciendo historia. Haciendo memoria.

En la madrugada de un 26 de junio de 1973, nos dejaba Paco Espínola. Todo un símbolo de lo que nos esperaba.

Pero el 27 todos a ocupar fábricas, empresas y liceos... a mí me tocó el 14.

Imposible olvidar.

Yo creo que nos enteramos esa noche. ¿No fue esa noche que velamos a Paco Espínola?

Mis recuerdos están un poco confusos.

Sí, fue esa noche y recuerdo que, antes de ir a lo de Paco, estuve con Nibia[1], solas en un café cercano al Zorrilla. No recuerdo otra vez haber estado charlando a solas con ella tanto rato.

Después ya en lo de Paco recuerdo las radios bajas, sentados muchos en las escaleras. Y a Mecha, cada tanto, acercarse a ver qué novedades había.

Yo recuerdo que nos quedamos dormidos los dos, con la SPICA encendida abajo de la almohada. A las 5 de la mañana, nos despertaron las marchas con la noticia de la disolución de las cámaras, con un volumen más alto.

Teníamos los bolsos hechos desde hacía varios días, algunas medias, algunos calzones y una manta. Sabíamos que no iba a ser corta y donde vivíamos, era impensable retornar. Desayunamos lo mejor que pudimos, a las 08:00 salimos a la ruta y tomamos lo que pensamos sería uno de los últimos ómnibus. Mi bolso era una chismosa negra.

¡Qué previsores! Aunque con lo que se sabía ya muchos tenían

claro lo que iba a pasar, ¡no todos teníamos esa chismosa pronta! Probablemente no nos lo creíamos. No nos entraba en la cabeza. Recuerdo haber discutido uno o dos días antes con dos compañeros de filosofía si acaso en el Uruguay podía darse un golpe de estado.

¡Sí! Esa ingenuidad, que nos llevaba a pensar que en el Uruguay nada muy malo podía pasar… Que de alguna manera sobrevive con otros temas. "¡Nunca van a pasar aquí las cosas que pasan en tal y cual lado!" ¡¡¡¡Ojalá!!!!

Con estos recuerdos del 27 de junio de 1973 que intercambiamos Inés, Ana, Miryam, Mercedes y yo, en un chat común el año pasado, a cuarenta y nueve años del golpe de estado, quisiera comenzar este relato. Porque siento que mi historia personal -aún abreviada- de la huelga general que siguió a la disolución de las cámaras no se entendería si no se inscribe en ese marco de ejercicio, social y matemático a la vez, por el cual un paso que alguien da, en La Unión, en Paso Molino, en Pocitos o en Paysandú, después que lo despierta una marcha militar, termina con miles por todas partes ocupando fábricas y lugares de estudio para decir que una dictadura… ¡no!

Yo tenía que saberlo desde el día antes, en que estábamos reunidos algunos profesores de Historia y Filosofía, leyendo El Capital y la lectura se interrumpió. Porque llamaron a algunos de ellos para darles noticias inquietantes, que se comentaban a medias y en voz baja. Pero yo sufría de esa ingenuidad uruguaya que comentaba Miryam.

De modo que cuando llegué con mucha pereza a la cocina ese día a tomar mi desayuno, me sorprendió la radio portátil apoyada en la mesita donde secábamos los platos, repitiendo una marcha militar sin pausa, o interrumpida muy de vez en cuando por algún breve comunicado que no recuerdo. Oía como atontada aquella música, ¡tan diferente a la que nos gustaba escuchar! En el comedorcito, mi padre hacía silencio.

Él era o había sido un liberal de aquellos que llegaban al quiosco día tras día a comprar todos los periódicos -o casi. De modo que la conversación fue breve. Más que las palabras, referidas seguramente

al momento y las noticias, recuerdo su tono grave. cargado de una solemnidad poco común en nuestras conversaciones del desayuno. Y su pregunta obligada con mi respuesta obligada. Que qué iba a hacer. Lo que todos. Iba a preparar algunas pocas cosas y me iba a ir a mi lugar de ocupación. Casualmente, su lugar de trabajo, el edificio central de la Universidad. Pero él no iba a trabajar ese día. Las clases, en todo el país, estaban suspendidas.

Pocos minutos después, me puse en marcha. No esperé el ómnibus. Sabía cómo sabíamos todos que en cualquier momento dejarían de circular. Mi padre me había hecho solamente un pedido y era que volviera a casa cada noche. Cosas de padre. Como cantaba en los tocadiscos de la época Juan Manuel Serrat, "la niña duerme en casa".

Me he imaginado muchas veces ser pájaro, nube, helicóptero -o en términos más actuales- dron y ver desde el cielo aquella multitud formarse. Ver a las personas todas salir de sus casas aquel día y tomar distintos rumbos para terminar coincidiendo en los mismos múltiples lugares. Y en esto no soy ingenua. Sé de sobra que no es un momento de inspiración colectiva. Sé que para que cualquier ciudadano sepa qué hacer si hay un golpe de estado, se necesitan años de discutir, conversar y acordar la medida planeada.

Aquel día, al llegar, pasé mi lista como buena estudiante de profesorado. Tomé un papel de aquellos que -llegado el momento- se podían tragar fácilmente y anoté. Y estaban todos. Los compañeros de clase que yo esperaba, los amigos, los camaradas. Todos y cada uno. Hace cincuenta años que este recuerdo me sorprende cuando vuelve a mi memoria.

La satisfacción por el éxito de la huelga se completó a las diez de la mañana, cuando llegó el gallego[2] con su cámara al hombro, para informar que ya estaban ocupados todos los lugares de concentración.

Muchas veces me he preguntado qué sentía yo en aquellas largas caminatas, qué me movía, qué sentimientos me acompañaban. ¿Era coraje? ¿Bronca? ¿Rebeldía? Y se me ocurre una sola palabra.

Determinación. Era imperativo señalar a la dictadura como dictadura, más allá de todos los decretos y la prohibición de llamarle así. O por eso mismo.

Aquella exigencia familiar de dormir en mi casa tuvo sus ventajas y sus desventajas. Además de ocupar, tuve que ir y venir aquellas veinte cuadras todos los días. Recorrer periódicamente la ciudad vacía. Y así lo hice entre el 27 de junio y el 11 de julio del 73, sin faltar ni un solo día. O bueno, tal vez sí. Falté dos días. Porque alguien una vez me vio llegar casi sin poder respirar, con uno de mis ataques de asma invernales, y me dijo "Volvé a tu casa y mañana, por favor, quedate. Porque así no podés seguir." Y le hice caso.

Hoy si trato de representarme la huelga general por dentro, desde la facultad, veo un invierno gris y frío en un edificio gris y frío. En los salones y los patios, una especie de euforia combativa que podía convertirse fácilmente en temores y tensiones de un conjunto de estudiantes jóvenes que conocían muy bien los riesgos que corrían y, a veces, jugaban un poco a negarlos. La cocina de la cantina, el único lugar caliente, podía sorprenderlos con un reparto alegre de polenta cocinada por un grupo de voluntarios utilizando todo lo que había. Discusiones políticas, impresión de volantes, estudio también muchas veces. Sin la presión de los exámenes. Afuera, las fuerzas conjuntas, los grupos paramilitares, los decretos, los despidos constantes a los trabajadores que paraban, los desalojos de las fábricas y empresas que luego se volvían a ocupar. Y unos cuantos momentos de máxima tensión. FUNSA, ANCAP… ¡Con qué atención seguimos el relato del gallego sobre cómo dos obreros apagaron la llama de la ANCAP y salieron heridos!

La ilegalización de la CNT, el anuncio de los dirigentes requeridos… Todo llegaba al edificio central de los más diversos modos, pero sobre todo por el boca a boca murmurado y el coraje de algunos compañeros que recorrían los locales ocupados. No había celulares, lo sabemos. Pero tampoco una radio o una televisión que informara otra cosa que decretos y nombres de trabajadores o dirigentes requeridos. De modo que esos aparatos servían de poco.

Los muertos de esos días, Ramón Peré y Walter Medina, se nombraron en medio de un silencio profundo y colectivo.

Es difícil vivir momentos como esos y, a la vez, entender qué pasa. El 9 de julio fue un capítulo memorable, casi final, de ese período. Se venía discutiendo, anticipando el levantamiento de la huelga. Difícil de entender para un estudiante. Difícil de aceptar después de resistir durante horas en 18 de julio la carga de los soldados a caballo y los carros lanza aguas. Como fuera, el 11 de julio, después de múltiples asambleas, la huelga se levantó. Pero eso es parte de otro capítulo.

---

[1] Es Mercedes quien habla y se refiere a Nibia Sabalsagaray.

[2] Así le decíamos al fotógrafo Aurelio González.

Recuerdos fragmentados

Ser adolescente después del golpe de Estado quería decir que tus libros de cabecera eran "Así se templó el acero" y "Reportaje al pie del patíbulo". Que de noche salías a pintar muros. Que no te imaginabas como una persona adulta, superando ese presente que se te hacía eterno. Que te hubiera gustado soñar con bailar, y no tener pesadillas.

Nos detuvieron las fuerzas conjuntas manifestando el 1º de mayo de 1975, en Rossell y Ríus y Ramón Anador. Felipe Martín con una bala en la pierna; Laura Sosa en la Seccional 9ª pasándome "piques" para la cárcel: los simulacros de fusilamiento, de violación, de caída por un ascensor… No se los repito a mi hermana, sentada del otro lado del banco, porque a mí no me tranquilizó oírlos y ella es más chica (se supone que la cuide). Igual, ya enfrentaremos como podamos lo que nos pase.

***

Durante los largos (parecieron interminables) años 1976, 1977, … mi contacto con la Juventud Comunista fue Hugo Couto. Él estaba clandestino desde hacía años, yo tenía 20 y mucho, muuucho miedo. No le fue sencillo lidiar conmigo: era responsable por trasmitirme confianza en la resistencia, y al mismo tiempo, enseñanzas sobre los múltiples cuidados que no podía olvidar quien conspiraba… Mientras, iban cayendo presos compañeros que nos rodeaban…

***

Fui amiga de Yahro Sosa durante aquellos "años perros" de la dictadura. Yo estudiaba Servicio Social con su pareja y en mi vida ilegal, militaba en la Juventud Comunista. Él era un poeta bohemio, lúcido y talentoso, comprometido. Todos veinteañeros.

Estando exiliada en París, me llegó esta poesía suya:
"ALICIA

Alicia ya no vive aquí

Nos envía cartas desde la nieve
y las montañas
hermosas postales de colores
donde la gente ríe
bebe grandes jarras de cerveza
y las mujeres bailan
mostrando mucho las piernas.

Alicia ya no vive aquí

Nos dice que nos extraña
que nos quiere
y que un día
regresará

Alicia ya no vive aquí

Dejó sus libros sus discos
sus vestidos sus fotos
y también dejó un amor

al que no escribe cartas ni postales
y de quien tampoco recibe nada

Los separan miles de kilómetros
cemento
hierro
y sangre

Alicia ya no vive aquí"

***

Pablo no era comunista, pero quería colaborar para combatir la dictadura. Un día me plantea que le proponga tareas, asegurándome que, en caso de ser detenido, resistirá la tortura. Extrañamente, esa convicción suya me generó dudas, porque yo nunca pude tenerla: siempre en mí fue una aspiración acompañada del terror de no alcanzarla. Años después, él, ya afiliado a la UJC, superaba con honor los años de clandestinidad, cuya sola perspectiva me paralizaba.

***

Andrea tenía una rara y fatal enfermedad, que condicionaba toda su vida, limitándola y marcándola cual espada de Damocles hasta finalmente terminar con ella en plena juventud, sin llegar a ver la "luz puntual". Optó sin embargo por abrazar la militancia comunista, siendo plenamente consciente de sus circunstancias. ¿Será por eso por lo que siento que vive en nosotros?

***

Eran cuatro que se reunían en mi casa. Entre ellos, Ramón Cabrera (alias Jesús, por si los milicos se pudieran sensibilizar pensando en que tenían colgado a alguien con ese nombre) que luego dirigiría el Partido

hasta el fin de la dictadura. Los tres restantes, detenidos en distintos momentos.

Debería haberles tratado con especial cortesía, sabiendo las duras condiciones de su vida clandestina, y pudiendo hacerlo. Sin embargo, poca energía pude destinar al cuidado de la casa, cocinar… durante mucho tiempo, pensé que esto se explicaba por ¿crisis de angustia? "¿mal de amores?" A más de 40 años, veo que eran excusas: la pereza me sigue acompañando.

***

Nadia y Alejandra Delgado eran cerebro y corazón del círculo comunista de Facultad de Humanidades a fines de 1981, cuando arrasaba otra andanada represiva. Y en medio de ese tembladeral que nos hacía perder pie a todos a su alrededor, ellas crecían y emergían como rocas ¿faros? campeando el temporal; llegaron clandestinas al final de la dictadura, y hasta procrearon mientras. Cuando nos reencontramos a fines de 1984 no habían perdido nada de su sencillez y alegría.

***

Sara Youtchack, cuando llegué a París, mientras me mostraba el mejor ángulo para mirar Notre Dame, me preguntó si conocía a Antonia Yáñez (alias "Gallega"). Respondí que no. Ella no podía creerlo, por lo que agregó, para más información, que tenía aspecto de gallega. Como esto no fue suficiente, terminó por describírmela. Entonces no dudé: sí, estuve con ella antes de salir de Uruguay, el 5 de diciembre de 1981, de mañana. Sara reaccionó escandalosamente: ¡suponía que estaba presa desde septiembre! El entusiasmo nos duró hasta que se confirmó que fue detenida ese mismo día, solo que más tarde…

***

Tuve miedo de morir o de loquear

Este fue un episodio tal vez menor, pero que viví intensamente. Corría el año 1976, año de inicio de mi periplo carcelario durante la Dictadura con un sinnúmero de coterráneos. En El 9° de caballería, tuve miedo de morir o alucinar, -como sí me había pasado por etapas en el lugar anterior en la tortura del "300".

Pues, después de haber pasado cientos de secuestrados por el padecimiento del "300 Carlos" en manos de los verdugos de la Dictadura, varios permanecimos de paso por el 9° de caballería que nombraba -antes del Penal de Libertad, nuestro destino final. Las especulaciones diversas instalaban seguramente en todos, la incertidumbre, la incerteza. Otra más sutil y delicada forma de tortura. Allí, en aquel período de detención de fines de 1976 me tocó permanecer en esta segunda etapa– y nunca supe por qué - entre un mes y medio o dos, o más, no sé exactamente, -no lo pude medir – permanecí decía, encapuchado y con las manos atadas por delante, sentado en un banco de frente a una pared que no veía y de espaldas expuestas a lo imprevisto. No preguntaba. No habría tenido respuestas. Sólo era esperar que, en cualquier momento, llegara el golpe rapaz que alguno de los guardias podía lanzar a veces, como lanzaban, o la "pijeada", que era constante o lo peor, la sacada para nuevas averiguaciones, no sé.

Allí, en esa situación hermética a oscuras y en soledad, comía como podía, dormía como podía, orinaba y cagaba cuando querían. Dormía en un colchón que tiraban a mi espalda, dónde caía como bolsa por la noche.

Mis oídos, en esa oscuridad inmensa, oían, olían, tocaban, percibían con prístina calidad todo lo que en ese entorno perverso e inquietante sucedía.

Por detrás mío, el Barracón, contenía una cantidad de compañeros, no sabía cuántos. Sus charlas, sus jaranas, sus silencios me hacían compañía. A mi derecha, el celdario, que luego conocí donde permanecía otro número más pequeño de compañeros. Los ruidos de las trancas y las llaves, el paso de mis compañeros de la Barraca, al recreo por mi lado, sus toses, - que devolvía para decir que estaba allí- y carraspeos solidarios de saludo cobijaban mi soledad.

Tenía todo el tiempo encerrado sobre mí mismo. El tiempo inmenso no pasaba, los segundos, los minutos, las horas interminables eternizaban la incertidumbre. Desfilaba por mi cabeza toda mi vida. Tenía demasiado tiempo a solas para repasar todas las vidas y las circunstancias. Todas mis peripecias, mis autocríticas, mis afectos, mis locuras, mis resistencias y las de los compañeros, mi familia, mi infancia inolvidable, sentado, solo, con mis silencios allí, sentado.

Metido en mis adentros - lo único que dominaba - armaba y desarmaba historias, paseaba por paisajes inolvidables e imaginarios allí sentado, un minuto y otro, un día y el siguiente, semanas, meses, persistían insistentes mis pensamientos, que no paraban. Allí me di cuenta de que era imposible vaciar mi cabeza totalmente, dejarla descansar tan solo un rato. El dormir me alivianaba, pero no podía dejar de razonar que estaba-estábamos a merced, desnudos y pendientes del golpe aleve y traicionero.

Rumiaba y rumiaba el mismo pensamiento: el tiempo inmenso no pasaba, los minutos, las horas interminables seguían eternizándose, la incertidumbre y el temor persistían.

Sin dudas hubo compañeros que sufrieron muchas circunstancias innumerablemente más extremas y para nada quiero comparar una y otras, nada más lejos. Solo lo traigo porque no dejó de ser una experiencia que, con todo lo demás, fue positiva. Aún seguimos estando.

Mientras, me preguntaba: ¿Qué pasaría? ¿Qué sería de nosotros? ¿Qué sería de mí?

Mes y medio, dos o tres, sentado frente a la pared que no veía, vulnerable y expectante.

Al final, no aguanté más y llamé al jefe de La guardia para reclamar que ya no tenía razón que yo permaneciera en esa situación. Recibí el primer paquete, que quedó recostado a mi lado. Me habían anunciado visita, etc.

Esa noche sentí ruidos y movimientos en las celdas, bultos que eran trasladados hacia el Barracón y, al fin, allí me trasladaron. La luz artificial que se mantenía siempre prendida me cegó por un rato. Me encontré con un entrañable compañero que hasta allí no conocía. No nos alcanzó la noche para intercambiar generalidades que luego, con el correr de los días, se hicieron más profundas. Después nos integraron al conjunto entrañable de queridos presos de la Barraca. Luego recalamos en el Penal de Libertad. Pero esa es otra historia.

Pero perduró sin razón ninguna esa situación inexplicable, impredecible para mí, que no era ningún "pesado", nunca logré entenderlo.

Cómo ven, pude-pudimos contarlo.

No recuerdo ahora todas las interminables rumiaciones que me hicieron compañía, durante aquel periodo tan extraño. Pero, con otras muchas cosas, entendí con claridad lo que decía a mis pacientes siempre, a modo de reforzamiento en situaciones muy complejas: “siempre la gente da más de lo que piensa".

Y es así.

Teorema del miedo

Salgo a la calle temprano en la mañana. El frío me encoje el corazón, pleno de fervor pedagógico y de resistencia. Soy estudiante magisterial y curso el último año de la carrera. En una esquina me encuentro con alguien. Un, dos, tres. Cuento los libros que llegan a mis manos provenientes de un escondite en su gabardina.

— Cuidate- me dice la voz con apremio y manos temblorosas.

La recomendación tiene olor a espanto. Miedo imposible de contar.

Infinita magnitud que se me instala en la boca del estómago.

—Escondelos. ¡Ya!

Una orden. Casi furtiva. Imperantemente apremiante.

El dueño de la voz dobla la esquina. Desaparece de mi vista.

Los libros me queman en las manos.

Uno, abro el cierre de la mochila.

Dos, el fondo los engulle. Como el voraz agujero de la incertidumbre.

Traga el primero: “Vida de un maestro”.

Traga el segundo: “Cartas a quien pretende enseñar”.

Traga el tercero: “¿Para qué futuro educamos?”.

Cargo la mochila al hombro.

Corro sobre las baldosas. Alineadas en paralelo sobre el pavimento.

Perfecta simetría, que no representa mi propio miedo. Caótico. Ancestral. Una espiral que empieza en mi ombligo y no reconoce cerradura.

¿Por qué ese “no saber” angustioso acerca del futuro?

Me niego a creerle a aquellos que dicen que es sumatoria.

El miedo se dispara como una venturosa alerta.

Mis zapatos traquetean sobre la vereda llevados en vilo por el desasosiego.

Una

Dos

Tres

Cuatro

Cinco … cuadras para llegar a la parada. ¡Uffff!

La mochila se sacude sobre mi espalda. Las ideas, alborotadas, se remueven en su interior.

Las de Jesualdo Sosa.

Las de Paulo Freire.

Las de Reina Reyes.

Desafiantes de toda geometría, huyen de la conservadora trayectoria elíptica. Para navegar por la libre sinuosidad del pensamiento.

Guardiana de esas páginas, voy con los hombros erguidos sentada en el asiento del ómnibus.

Llena mi cabeza de preguntas.

¿Quién? ¿Quiénes?

¿Cuál?

¿Cuáles serán aquellos ojos delatores que intenten arrebatar-me, quemar-me, silenciar-me o desaparecer- me, la valiosa carga? En nombre de un oscuro y salvaje axioma.

Bajo del ómnibus. Camino a paso ligero con la mirada en el horizonte.

Por fin, lo veo en la placita frente a la rambla. Me siento junto a él en un banco.

En tres, dos, uno… los libros cambian de guarida. Se trasladan en un santiamén a un bolso deportivo que tiene un escudo de un cuadro de fútbol.

El me invita con un cigarrillo.

Mientras fumamos observamos a los niños en el sube y baja que juegan con inocente ausencia de miedo. Nos recuerdan a nuestros alumnos de la escuela de práctica. Por ellos nos alegramos al saber que el azaroso destino, cual ruleta de probabilidades, concedió una nueva oportunidad a Jesualdo, a Pablo, a Reina. Impresos en un furtivo mimeógrafo, sus libros continuarán divulgándose.

Apago el cigarrillo y me despido del estudiante.

En la tarde tendré que enfrentarme a un grupo de escolares para enseñar el Éxodo del Pueblo Oriental. . Sé que tendré en mi nuca la mirada suspicaz de la profesora de Didáctica. Una obtusa mujer, esposa de un militar. Sé que me tiene en la mira y encontrará cualquier excusa para bajarme la calificación. No me importa. Mi mente se encuentra en el deseo que el bolso deportivo con el escudo de un cuadro de fútbol, logre llegar a destino.

Camino de vuelta hacia la parada. Satisfecha. Sintiendo que el teorema puede ser demostrado. Las ideas que nunca mueren, que resisten al olvido, son las que logran conjurar el miedo.

Una llovizna de dignidad

Tengo entendido que en 1975 un grupo de militantes del MLN Tupamaros en su lucha contra la dictadura plantea "El retorno a las libertades democráticas y la inserción a la vida política de ex integrantes de la guerrilla". Junto a Mirta mi compañera fuimos detenidos el 24 de junio, luego, cuando pasamos a juez en el juzgado Militar (Libio Camps) de la calle 8 de octubre un actuario me preguntó (en tono burlón, sonriente) ¿Así que ustedes quieren que Raúl Sendic pueda ser diputado o senador? Por estos tiempos, 1975 me deja una prueba más del odio que profesaba el gobierno de facto a todo tipo de planteo político, esta es la antesala de la criminal represión de 1976.

El 25 de mayo de 1975 al término de una reunión la OCOA detienen a la dirección del MLN. En este operativo los militares elijen a quien matar, esposados a la espalda boca abajo se encuentran Celso Fernández, obrero de Alpargatas y Humberto de los Santos (El Chato) obrero de la ANP. Al compañero Celso Fernández lo ejecutan de un disparo, al "Chato" le dicen: -Pichi: a vos te perdonamos la vida -.

El "Cholo" González dirigente de UTAA trata de fugarse en una bicicleta. Lo persiguen en una camioneta y le disparan; una bala entra en su cara y se incrusta en la pierna, en un baño de sangre lo llevan al Hospital Militar mientras comentan, -Este ya no cuenta el cuento-. Salvo por milagro otro de los elegidos para matar.

La madrugada del 26 de mayo en un operativo los mismos militares asesinan a Raúl Melogno, oficial mecánico del Transporte Marítimo "El Pelado" muere junto a su compañera que se encontraba embarazada, en el barrio de "La Teja".

Al poco tiempo en el 9° de Caballería matan al "Caudillo Lerena" después muere Jorge Dabo en el Penal de Libertad sin asistencia médica.

No existen dos demonios, es solo Terrorismo de Estado, ningún militante puede defender su vida, esposado boca abajo, desde arriba de una bicicleta, preso en un calabozo y sin asistencia médica.

Dicho esto, quiero recordar sin dramas lo duros que resultaron los primeros tiempos para aquel grupo de hombres y mujeres que enfrentaron la dictadura.

El 24 de junio de 1975 la OCOA operaba en el 4o de Caballería, ahí nos interrogaron a Mirta y a mí, luego del pasaje por el "Calabozo Negro" me pasaron de plantón al pasillo de los calabozos, ahí estaban los varones detenidos aquel del 25 de mayo.

Con el correr de los días pude oír y ver algo, en el calabozo 4 estaba Jorge Dabo cada vez que lo llevaban al baño los soldados le pegaban volvía a los quejidos. En el 3 con una venda en la cara y otra en la cabeza estaba el "Caudillo Lerena" le rompieron la mandíbula en el interrogatorio.

El calabozo 2 no hay dudas "El Cholo González" el pantalón sucio de sangre y rengueaba, y en el 1 estaba "El Chato". Este es el compañero que hoy me dispongo a recordar ya que su cuota de adrenalina hacia más llevadero aquel infierno donde una llovizna de dignidad nunca estaba de más. Obrero portuario de gran físico, merece ser recordado entre los grandes patriotas afrodescendientes que lucharon por la libertad. "Ese Negro" decían los soldados y comentaban: -ya arrancó dos puertas del calabozo, esos calabozos tenían puertas de madera. -Todo indica que al "Chato" le fastidiaban-. En otra oportunidad contaban que un oficial le pegó una paliza de fusta, pero; - "El Negro" no le bajó la vista y aguantó firme.

Después que pasamos a juez a las compañeras las trasladaron a Artillería del Km. 14, los hombres fuimos todos a un barracón del 9o de Caballería, ya teníamos permiso para tomar mate y fumar.

El estado emocional del “Chato” se deterioró, Recordaba cómo mataron a Celso Fernández, luego llego la noticia de la muerte de Raúl Melogno y su compañera y que al Caudillo Lerena lo sacaron del barracón para asesinarlo. No recuerdo por qué razón el “Chato” y yo fuimos sancionados en un mismo calabozo, pero el “Chato” no probaba bocado, lloraba. No recuerdo por cuantos días el “Chato” seguía bañado en lágrimas, finalmente volvimos al barracón. Nuestro día de suerte fue en una tarea de fagina, El “Cholo” González” y yo nos apoderamos de dos periódicos, tuvimos noticias del mundo exterior, los compañeros con mayor responsabilidad política me pidieron por favor-no darle los diarios al Chato -me pareció una actitud egoísta-.

Llegó el momento en que decidí darle los diarios al “Chato”, -hay que leerlos con cuidado-le dije-. Está bien, voy a tener cuidado-. Agregó el “Chato”. Aquello fue un desastre, en pocos segundos “El Chato” -con la pipa encendida echando humo y con el diario abierto como si estuviese en su casa, por suerte entre todos los compañeros lograron bloquear aquella situación, a mí los rezongos me llegaban de todos lados, no hice caso me pareció una actitud arriesgada pero digna.

La tanda de presos del 25 de Mayo fue la primera en ser trasladada al Penal de Libertad, pero antes de irse el “Chato” tuvo una largada y mordió a un sargento, resultó que dentro del barracón durante la noche el “Chato” no podía dormir, y se dispuso hacer un poco de gimnasia, pronto la guardia puso el grito en el cielo, entro un grupo de corpulentos soldados desarmados, al frente un alférez, Oliva de apellido, y el enfermero con la aguja con un calmante, pero tuvieron que someterlo físicamente-atacó primero el Sargento, el “Chato se dejó abrazar, con un solo movimiento puso su cabeza en el hombro del sargento, se prendió con los dientes, el sargento gritaba, al preso lo derrumbaron al suelo, algunos soldados le querían quebrar los dedos de los pies, se lo retorcían, ya le habían dado el calmante y pronto el alférez Oliva logró que los soldados se retiraran.

Eso fue así, yo dormía cerca del “Chato” observé todo desde un lugar cercano. Yo viajé en otra tanda al Penal, con los meses el sargento

seguía mostrando el hombro y la mordida -que me dio el preso cuando se enloqueció-.

Finalmente olvidé contarles que el "Chato" por hacer gimnasia sin permiso y por morder a un valiente sargento fue sancionado con arresto al calabozo, pero qué les cuento que en el 9o de Caballería las puertas de los calabozos son de madera, así que se pueden imaginar a los soldados de guardia a los gritos, - "Che el preso está arrancando la puerta del calabozo", ya lo comenté: al "Chato" le fastidiaban. -En lo personal todo aquello era una leve llovizna de dignidad-.

Recuerdos

Nací en la Ciudad Vieja en el Siglo pasado en la década del 50, más precisamente en el año 1954. En 1961, un vecino que era delegado de la seccional primera del Partido Comunista, Kaminski pidió permiso a mis padres para llevarme a participar al recibimiento del compañero Fidel Castro en el aeropuerto de Carrasco.

El recuerdo explota en mi memoria a pesar de mis escasos 7 años. Banderas de Uruguay, de Cuba, del PC, de sindicatos portuarios, ondeaban junto a la algarabía de una masa impresionante, altisonante que gritaba: ¡CUBA SI, YANQUIS NO! FIDEL, FIDEL, REVOLUCIÓN.

Es así como, a los 7 años, se siembra esa semilla de esperanza, de lucha que germinará tan solo algunos años después. A los 13 años la integración a la lucha gremial en el Liceo Rodó fue tan solo una continuación. Hijo de inmigrante español, republicano antifranquista y de madre afrodescendiente de origen humilde me estimularán para ser buen estudiante y comprometerme con las luchas sociales. Reivindicaciones que resultaban naturales para quien nació y vivió hasta el día de su violento arresto en el Conventillo de Pérez Castellanos número 1424.

Los años de estudio en el Liceo Rodo, 1966-1969 transcurrieron con participación gremial desde los primeros años. En 1968 me integre al FER. Esta organización estudiantil gremial se organizó en torno a la Asamblea General de Estudiantes de la Universidad de La República y abarcó los sectores de la enseñanza secundaria.

Existían naturalmente otras organizaciones gremiales vinculadas a los partidos de izquierda, a saber: UJC, Anarcos, MRO, cristianos. En

poco tiempo el FER se convirtió en una de las fuerzas principales de enfrentamiento a las fuerzas represivas del Pachecato. Gobierno que se caracterizó por la represión frontal y feroz de los movimientos sindicales y estudiantiles.

El Pachecato promovió una política liberal, antinacionalista, oligárquica, bajo los dictámenes del FMI, gobernando por decreto y coartando las libertades civiles e individuales conspirando contra el orden institucional.

Ese año 1968, se caracterizó por el gran levantamiento estudiantil en Francia, que tuvo subjetivamente una gran influencia inspiracional sumada a la propia situación coyuntural que atravesaba el Uruguay. Aquí también estábamos en la calle, en las barricadas con piedras, cócteles molotov y enfrentábamos a diario la represión indiscriminada de los cuerpos policiales y militares con sus caballos, chanchitas y su brazo asesino de nuestros estudiantes y luchadores sociales. Entre tantas batallas, recuerdo en especial las manifestaciones en defensa de los derechos de los estudiantes en contra de la represión policial y la ocupación de la Universidad de la Republica.

El punto culminante fue la lucha por el boleto gratuito o de descuento para utilizar el transporte público. «EL MAYO URUGUAYO» Un derecho fundamental que debía ser garantizado a todos los estudiantes, independientemente de su origen socioeconómico.

Durante esa ocupación los estudiantes establecieron un comedor popular y servicio de transporte gratuito para los estudiantes que participaron en la protesta y ocupación. La lucha gremial se fue profundizando, radicalizando en conjunto con la clase trabajadora y sus sindicatos por la Democracia, derecho de huelga y la Justicia Social.

Continué mis estudios preparatorios en Ciencias en el IAVA, eran los años 1970-1971, nuestros fines de semana los dedicábamos a la formación ideológica, Marx, Lenin, Che, Filosofía, Economía Política e Historia Nacional. Ya en el año 1970 algunos de nosotros pasamos a integrar las filas del MLN. La doble militancia duró hasta el año 1971.

Las últimas actividades gremiales y políticas legales fueron apoyar la creación del glorioso Frente Amplio y del 26M. Participé en la creación del primer comité del FA en la ciudad vieja en un garaje de la calle Reconquista junto a los militantes del PC e independientes.

En el año 1970 mi primera militancia clandestina fue en el CAT Indalecio Olivera donde realizamos pintadas, volanteadas, izamos banderas del MLN en torres de agua, comandos del hambre (expropiación de camiones de Manzanares) repartiendo en el Cantegril del Borro, etc. El cura Indalecio Olivera, fue asesinado el 13 de noviembre de 1969, baleado por policías cuando expropiaba un mimeógrafo y lo dejaron desangrar antes de llegar al Hospital de Clínicas.

El 15 de febrero de 1969 se celebró una misa clandestina en Villa Colon; ese día se conmemoraban los 2 años de la muerte de Camilo Torres, Jacinto su nombre de guerra en la organización, con una sobria estola sobre su ropa de civil junto a 4 compañeros, entre ellos el Bebe, Raúl Sendic y la madre de Camilo Torres colombiana, participaron en una misa en su recuerdo. Allí juraron fervientemente cumplir al pie de la letra las palabras de Camilo:

EL DEBER DE TODO CRISTIANO ES HACER LA REVOLUCIÓN…

Desde nuestra trinchera estudiantil, participábamos en las actividades estrictamente gremiales aglutinando los liceos y preparatorios en Montevideo, así como también coordinábamos acciones con las facultades: Arquitectura, Medicina, Química, Derecho, etc. También apoyábamos conflictos sindicales, tales como Funsa y otras luchas por las reivindicaciones de los trabajadores. Los que además éramos militantes clandestinos del MLN ejecutábamos operaciones militares de pertrechamiento y propaganda armada. La necesidad de realizar un trabajo político cada vez mayor conlleva a la creación de la columna política.

La columna 70, fue el vínculo legal del recién creado Movimiento 26 de Marzo y cofundador del Frente Amplio.

Existieron 4 fugas importantes de militantes del MLN en este periodo: Cárcel de Cabildo, las palomas y las estrellas por un túnel 38 compañeras el 30 de julio de 1971. Dos de Punta Carretas, 6 de setiembre de 1971, 111 compañeros. Específicamente en esta fuga llamada «El Abuso» participamos militantes estudiantiles del FER y otros en asonadas en diferentes zonas de Montevideo con el objetivo de distracción de las fuerzas represivas.

Nuestro grupo estuvo en la zona de La Teja y El Cerro con barricadas, bombas molotov, piedras y miguelitos para detener los vehículos de los milicos. Esto duro 2-3 horas y luego nos retiramos. La última en marzo de 1972, fue "El gallo".

Una militancia experimentada, cuadros de dirección político y militar se reincorporaron masivamente a la organización, esto sobrecargó la estructura de militantes clandestinos: aunque en esencia éramos una organización clandestina, la mayoría de nuestros militantes eran legales. Entre ellos el que escribe este relato que permaneció en esa condición hasta octubre del mismo año 1972. Las acciones armadas, los enfrentamientos con las Fuerzas Conjuntas, las detenciones, los asesinatos y las torturas de nuestros compañeros y del pueblo se incrementaban día a día. Algunos senadores progresistas, Erro, Michelini, Gutiérrez Ruiz, Alba Roballo y en alguna medida Ferreira Aldunate hicieron oposición al Gobierno y Parlamento servil que decretaron el Estado de Guerra Interna, con suspensión de todas las garantías constitucionales y civiles. Se habilita el accionar de las Fuerzas Conjuntas, la OCOA con amplios poderes y licencia de torturar y asesinar.

La tortura se aplica de forma sistemática, indiscriminada, secuestros, desapariciones y asesinatos como técnica para la extracción de información para desarticular al MLN. En este periodo se crean las estructuras y mecanismos para el golpe de Estado de junio de 1973 y la posterior represión indiscriminada de toda la izquierda, el movimiento sindical, de la mayoría del pueblo: intelectuales, profesores. Censura de prensa y persecución de artistas y demás manifestaciones culturales.

Los partidos tradicionales, Blanco y Colorado representantes de la oligarquía criolla también fueron prohibidos.

En setiembre de 1972, luego de un enfrentamiento en la calle Sarandí y Pérez Castellanos, en la ciudad vieja detienen a Raúl Sendic, Xenia Itté y Jorge Ramada. A 150 m de allí desde mi casa se oyen los disparos y luego la zona tomada por los marinos del FUSNA. Aquella fría noche de invierno dormía en el altillo cuando los marinos entraron por las azoteas y me despertaron a culatazos. Es el ultimo recuerdo, hasta que despierto encapuchado y desnudo de plantón en una de las bóvedas del puerto donde improvisaron el centro de detención y tortura. Mis padres que dormían en el cuarto de abajo despertaron y fueron reducidos y encañonados con las armas largas que portaban. Torturado salvajemente como la mayoría de los demás compañeros permanecí allí hasta febrero de 1973 donde junto a un grupo nos trasladaron encapuchados entregándonos al ejército y luego al Penal de Libertad.

La humildad y la compartimentación me ayudaron en cierta manera pues no puedo entregarles más información que la de los archivos incautados, pero al mismo tiempo al igual que a la mayoría el calvario vivido en el FUSNA nos obliga a que continuemos en la búsqueda de los desaparecidos y sin que los torturadores que aun andan sueltos digan la verdad. Mientras algunos políticos presentan leyes de absolución….

Parece que fue ayer... 1º de mayo de 1980

Tenía 24 años, era un 28 de abril de 1980, estaba nublado y como siempre iba camino a una obra en construcción en la que trabajaba como medio oficial albañil, ubicada en Brandzen y Pablo de María. Entraba a las 7 y media de la mañana. Caminaba por Brandzen y al cruzar Joaquín Requena se me cruza como de la nada una kombi crema de la que bajan 4 tipos con sendas "matracas" y el que parecía tener la voz cantante me dice: *"dale, dale, subí, subí, pichi hijo de puta, dale que nosotros también estamos trabajando".*

Desde ese momento detenido, secuestrado y torturado en el CGIOR (Centro General de Instrucción para Oficiales de Reserva) y en el Batallón de Infantería Nº 14 de Toledo hasta setiembre que llegue al Penal de Libertad.

Vale recordar que este operativo represivo se dio en el marco previo al plebiscito constitucional de noviembre del año 1980, por el cual la dictadura pretendía perpetuarse en el poder.

El 15 de enero de ese año y mediante el Decreto Ley 14.977 sobre los días feriados, emitido por el entonces Consejo de ministros presidido por Aparicio Méndez, pretendieron borrar el significado del 1o de mayo de ese año que era un día jueves y trasladarlo para el lunes siguiente, con el claro objetivo de pulsear la capacidad de respuesta del movimiento de los/as trabajadores/as en su rechazo al objetivo de la dictadura de continuar en el poder mediante la aprobación de una nueva constitución que finalmente, no fue refrendada por la ciudadanía. Hacían ya, 7 años de la gloriosa Huelga General del 73´ y el movimiento sindical continuaba resistiendo desde la clandestinidad, a cada dirección sindical que desarticulaban, otra conducción la sustituía, como fue el caso del grupo de trabajadores que yo integraba en el SUNCA.

Fue la movilización de los/as trabajadores/as para enfrentar el golpe del 73´que hizo que la dictadura naciera herida de muerte. La Huelga General no fue improvisada ya que desde 1968 la CNT incluía en su programa responder mediante esta medida de lucha al intento de golpe de estado que se venía gestando. Fue así como durante todo el período dictatorial desde los sindicatos se tuvo que conjugar la lucha en defensa de los derechos de los trabajadores/as con la resistencia a la dictadura y la solidaridad con los presos políticos y sus familiares.

Fue así como desde los primeros días de 1980 las acciones de los sindicatos desde la clandestinidad fueron concentradas en garantizar el mayor ausentismo de los trabajadores/as para el 1o de mayo junto con ir denunciando los intentos de la dictadura de continuar en el poder indefinidamente. Se realizaron asambleas, encuentros en las organizaciones sociales, en los clubes, en algunas parroquias, propaganda y volanteadas en los más diversos lugares y de las formas más creativas. La principal consigna que presidía la propaganda era: *"La Dictadura no borrará con un decreto el 1º de mayo. Viva el 1o de mayo. CNT"*.

La represión no se hizo esperar y los represores salieron de cacería a perseguir, secuestrar y torturar trabajadores/as. Los esbirros prendieron decenas de trabajadores y trabajadoras, asesinaron por la espalda al compañero metalúrgico Reyes, llegando a invadir la Iglesia Católica de los padres capuchinos cuando se celebraba el 30 de abril a San José Obrero…la furia represiva fue grande…según contaron luego. Yo estaba en los antros de tortura junto a otros compañeros/as.

El día 1º de diciembre de 1980 ya en una celda del Penal de Libertad, estudiando las caras largas de los guardias, calculamos que el resultado no había sido bueno para ellos, ansiosos y tomando unos mates con el querido compañero Gaucho Díaz trabajador de UTE, finalmente se confirmó nuestro presentimiento, nos abrazamos de alegría y hasta se nos pianto un lagrimón, el pueblo uruguayo una vez más había derrotado en el plebiscito a la dictadura y nunca más intentaron correr el 1º de mayo.

Finalmente, y de manera sintética me gustaría compartir una experiencia personal que seguramente les paso también a otros/as compañeros/as pero que nunca le prestamos debida atención.

El día que me secuestraron y me trasladaban al *"depósito"*, los secuestradores me denominaban como *"envase"* según la jerga que usaban entre sí los represores para comunicarse. El *"deposito"* que sería el lugar de detención y torturas era el CGIOR (Centro General de Instrucción para Oficiales de Reserva), espacio que identifiqué varios días después.

A partir de ese momento en ese lugar y posteriormente en el traslado al Batallón 14 de Infantería de paracaidistas en la localidad de Toledo, Departamento de Canelones y luego en el Penal de Libertad en el Departamento de San José, escucharía de los perpetradores tanto en los momentos de las sesiones de torturas como en el cotidiano de la prisión las siguientes expresiones:

"…esto para nosotros es un trabajo…";

"…nosotros también somos trabajadores…";

"…en vez de estar con la familia estoy aquí laburando por culpa de ustedes pichis de mierda…";

"…pedí para ir a trabajar al penal porque ganaba más…"

Estos y otros enunciados similares escuchamos de los perpetradores a lo largo del período de encierro, haciendo referencia al concepto o categoría *trabajo* como forma de auto justificar sus crímenes.

Este es el objetivo principal de estas reflexiones, ayudar a tratar de entender la asociación que hacían los perpetradores entre su "*tarea"* (otro término que utilizaban) y el concepto *"trabajo" *;* para ellos torturar y eventualmente asesinar, violar personas, hacer desaparecer personas, secuestrar y robar, era un trabajo.

Pretendieron destruir al movimiento sindical y popular y no pudieron, pretendieron y pretenden vaciar de su contenido original y constructor al concepto trabajo que conlleva aspectos éticos y de valores morales de

respeto a los seres humanos y a la naturaleza.

Los perpetradores no fueron ni serán nunca trabajadores, son criminales de Lesa Humanidad.

P.S*: En el pedido de procesamiento presentado contra seis militares en la causa que investiga el secuestro, tortura y asesinato del trabajador del diario El Popular Juan Manuel Brieba, la Fiscalía Especializada en Crímenes de Lesa Humanidad, presento documentación en donde se demuestra que los jerarcas emitían mensajes, cartas, a sus subordinados de felicitaciones por "el arduo trabajo realizado en los interrogatorios" (eufemismo usado para referirse a las sesiones de torturas). Es posible ver parte de estos documentos en semanario El Popular o en la página web de uypress del 18.02.2023.

Maullidos

Ahora soy viejo. Ahora ya no importa nada, o sí importa, no sé. Algunos habrá que sepan valorar lo poco que puedo aportar. Pero ahora, ya viejo, después de tanta sangre derramada, solo me queda contemplar el fluir de las estaciones esperando la primavera, que quizás sea la última.

Estoy viejo, jubilado y vivo tranquilamente mis últimos años, pero no olvido. Fui Enfermero diplomado toda la vida. Asistí a todos los horrores y alegrías que una profesión como esta puede brindar. Me entregué sin límites al servicio de los sufrientes, los adoloridos, los enfermos. Nunca me importó el lugar ni la hora, siempre estuve allí cuando me necesitaron.

Excepto aquella noche.

Trabajaba por aquel entonces en varias mutualistas de la salud y por las noches cumplía guardias en el Hospital Militar.

Eran épocas difíciles. Vivíamos bajo el gobierno de una implacable dictadura militar.

En el Hospital yo cumplía mis guardias entre las ocho de la noche y las ocho de la mañana.

Recibíamos todo tipo de pacientes. La mayoría de ellos eran viejos retirados militares o alguno de sus familiares.

Pero también llegaban pacientes “especiales”. Hombres y mujeres heridos, lastimados, parturientas de ojos ensombrecidos. Algunos de ellos agonizantes. Nos ordenaban atenderlos y tratar de que no murieran en lo posible. No eran militares ni familiares de militares.

Venían de no sé dónde, de algún lugar oscuro, de algún infierno.

Aquella noche quedará grabada en mi memoria como una llaga.

Por el costado del Hospital ingresó una ambulancia militar a las veintitrés treinta horas. Bajaron apresuradamente una camilla donde yacía una joven mujer a punto de dar a luz. Cuando la ví, me dí cuenta de que no estaba bien. No por su embarazo, sino por los moretones en su rostro y en sus brazos. De cabello negro, de unos veintiséis años. Cuando la camilla pasó a mi costado acarreada por dos soldados con rumbo a la Emergencia, la muchacha me miró a los ojos como transmitiéndome una súplica. Habrá visto en mí una última esperanza.

En la Emergencia curé sus heridas y le realicé los chequeos de rigor. Estaba en trabajo de parto. Ordené inmediatamente que fuera llevada a la sala de partos y llamé al obstetra de turno y al equipo.

Siguieron llegando pacientes con diversas dolencias hasta eso de la una de la madrugada, hora en que la noche tendió un manto de silencio. Excepto por el maullido de una gata en celo.

Me quedé en la sala de guardia despierto, tomando un café tras otro, esperando que se hicieran las ocho de la mañana y terminar mi guardia.

No pude dormir ni pestañear siquiera. El maullido de la gata me taladraba los oídos.

A eso de las cinco de la mañana, sin haber podido descansar, decidí salir a caminar por el predio del Hospital. Comencé a recorrer primero los pasillos, las salas con internados y finalmente salí. Todo parecía estar en orden. Volví a escuchar los maullidos. La primavera pone en celo a los gatos. Sus maullidos me resultan a veces tenebrosos.

Caminé hacia los fondos del predio y cada vez los maullidos eran más fuertes. En el límite del predio estaba la morgue. Desde allí salían los maullidos. Abrí la pesada puerta de metal, entré.

¿Cómo era posible que un gato o gata en celo se hubiera metido allí?

Recorrí las mesas de metal con cadáveres tapados por sábanas verdes.

Entonces lo vi. Un montoncito gimiente. Un llanto igual al maullido de un gatito.

Levanté la sábana mortuoria.

El bebé, gimiendo, me miró a los ojos suplicante. Lo alcé y le dí mi calor. Pero fue tarde, murió en mis brazos. Un silencio atroz cayó sobre mi alma.

Noviembre oscuro

1975, en ese año terminaba quinto de escuela y fuí elegida escolta de la bandera, feliz e ingenua no sabía que la sombra comenzaba en noviembre, estaba muy emocionada por un lado pero por otro mi madre enfermó y viajó a Montevideo con urgencia en estado crítico a operarse de la vesícula . Estaba muy grave y en los tiempos difíciles del norte profundo, viajó 8 horas en un ómnibus para llegar a la capital.

Quedamos a cargo de mi hermana unos años mayor que yo, y fue ella quien me ayudó a prepararme para ese momento esperado, preparó túnica y moña y lavó mi cabello largo, negro y brillante. Pero inesperadamente descubrió que en la oscuridad de ese brillo estaba lo vergonzoso y para mí fue la premonición de que algo iba a pasar.

Carmen descubrió que entre mis cabellos vivía una tribu clandestina de piojos que causó horror en la familia, el pequeño horror que precedía al gran horror posterior. Ahí fue la vergüenza de recibir la bandera llena de piojos.

Después la humillación, llegó la tijera y el cabello se fue, en el piso y a la basura, con él se fue la tribu piojana, ahí escondí las lágrimas frente al espejo por primera vez.

Tenía 10 años y en diciembre volvió mi madre a casa, su mirada era oscura, oscuro noviembre, oscuro diciembre.

Pensé que se iba a morir porque escuchaba rumorear por los rincones y yo no sabía que estaba pasando, pensé que ella se iba a morir, no sabía que había llegado otra oscuridad.

Me llevó años armar los recortes de ese momento, pieza por pieza y en algunos lugares aún quedan sitios vacíos, tan vacíos cómo las

palabras que tuvimos que tragar para cuidarnos, cuidarnos de algo que yo no entendía.

Nos cuidábamos de los otros, los vecinos, los otros cualquiera, ya que el norte es una crucera escondida en una cueva y estaba dispuesta a clavar sus colmillos obsesionados con lo que repetían los caudillos, clavar colmillos a los tupamaros y comunistas, no discriminaban ni sabían lo que eran, pero delataban.

Aprendimos a tragarnos las palabras para salvarnos, para cuidarnos, para llorar solos por los rincones, para soportar la incertidumbre y nos tragamos tanto las palabras que ya no hablábamos ni entre nosotros. Entre los piojos, la bandera, mi cabello que se fue y mi madre volviendo de la muerte, me enteré de la verdad que se susurraba después de mucho investigar, mi cuñado estaba preso, pero no se sabía dónde y no recuerdo si fueron meses o días, era un golpe en mi familia, era incertidumbre y secretos, y los ojos tristes de mi madre.

Algo en mi vida se terminó, era mi cuñado, esposo de mi hermana, el miedo minó nuestro cotidiano.

Lo incierto concretó el fin de lo que yo vivía como rebeldía, alegría y jamás pensé que era prohibida, la militancia de mis hermanos en la izquierda, la quijotada de ser de izquierda en el norte, vi cómo se atrevieron a luchar por otro mundo y utopías, en el árido desierto lleno de cruceras que no nos aceptaba. A veces recordaba tiempos muy lindos, con gente muy hermosa en el comité donde me encantaba ir cuando era muy chica. Aunque hubo allanamientos y mis hermanos eran detenidos cada tanto yo no sabía que más adelante todo eso se transformaría en nuestra noche por muchos años.

Fue en 1975 que para mí se concretó el fin de la rebeldía y el encuentro con el miedo y el silencio, fue ahí cuando pasamos a escuchar la cadena nacional deseando que nombraran a mi cuñado, que nombraran a los conocidos para alegrarnos que estaban presos y no desaparecidos. Me acuerdo la música de la cadena nacional.

Yo tenía 10 años, iba a la escuela, pero no entendí hasta mucho tiempo después por qué no podían ir amigos a mi casa o cuando me increpaban sobre quien era ese nuevo amigo o amiga, en la escuela o ya en liceo. Todo podía ser peligroso.

Fueron años de ver a mi hermana sola con mi sobrino, trabajando y tratando de sobrevivir, primero niño y después adolescente con su cartelito," liberar a los presos políticos", escena que siempre me hace llorar hasta hoy. Verlo en las marchas con su cartel, las visitas al penal, el apoyo silencioso de mi familia, porque nos habíamos tragado las palabras, y la lealtad era vida o muerte, algo tan grande que una niña como yo no entendía, pero obedecía.

Muchas veces me quedó grande transitar en ese monte. Otro de mis hermanos se fue con mi cuñada embarazada y dos niños a Artigas, recién recibido y sin poder ganar sueldo en el hospital porque estaba proscripto. Ciudadano C creo que le decían, y así los apoyamos también en silencio. Todos corrieron, callaron, se ocultaron, Eduardo, mi entrañable hermano plantó enredaderas en la puerta y no atendió a nadie por muchos años, ermitaño y clandestino, un poco loco, desconfiando y perdido.

Cuando era más grande otro hermano se fue del país, mucha gente en el penal, crecer trenzada en la mirada acusadora del norte, en el riesgo y el dolor.

Cuando me cortaron el cabello todo cambio, no lloré, fue el comienzo de esconder mi propia rebeldía, el silencio para mí era natural, y siempre me quedé con el sabor de la fuerza alegre de mis hermanos como un recuerdo lejano soñando con cambios y utopías, naturalizando el miedo y el silencio y dándome cuenta ya mayor que eso me hizo callar, soñar y sufrir en silencio también.

Por muchos años pensé que yo estaba por fuera, que podía escribir, hablar de esto sin afectación, pero ya de grande comencé a ver cuán rota me dejó, cuánto sufrí por tragar las palabras; que a partir de ahí

fue un antes y un después para mi vida, para mi familia, y que todo tomó nuevos rumbos.

Volvimos a soñar en 1985, y volvimos a vibrar en 2004 pero todo vuelve y nos recuerda, quizás es tiempo de mirar todo de otra manera, que esos tiempos nos hicieron una familia sufrida, silenciosa, con palabras tragadas, con escenas que no tuvieron lágrimas solo marcha hacia adelante, que nos hicieron así y podría haber sido de otra manera.

Siempre creí que estaba por fuera porque no estuve presa en el penal, pero descubrí hace poco que mi alma ha estado presa del silencio, la desconfianza, el dolor y lo inexplicable aún en proceso. Aún lloro ahogada cada 20 de mayo, aún no puedo ver historias de esos tiempos porque no puedo parar de llorar, aún viven esos momentos.

…Y, lindo no es…

Cuando todo parecía en calma, cuando creíamos que ya solo era cuestión de dejar pasar el verano jugando a batir el record de Alberto Melgarejo de 22 moscas muertas en el mismo plato de fideos, de pronto todo se convulsiona nuevamente. Las radios del cuartel de Comunicaciones como enloquecidas desde la madrugada. La guardia otra vez alterada. Revistas de los oficiales. Órdenes, gritos, corridas.

En la tarde, después de una sesión de interrogatorios y torturas traen a nuestro vagón a otro que se queda por allá en un rincón, aislado. Prohibido dirigirle la palabra. Ni la guardia podía hablar con él. Pero no era de los que acataran órdenes como esa.

- Soy Jorge Selves – nos dijo sin importarle que lo mandaran a callar, a los gritos - ¿Qué? ¿Me van a llevar de vuelta al confesionario? ¡¿Solo por decir quién soy?! ¡Sí, vengo de allá! Ya no me quedan muchos pecados por confesar. Allá querían que hablara… ¿Ahora me quieren callar? ¿Quién los entiende? – se sacaba la capucha y nos instaba a hacer lo mismo.

- ¡Mírenme! Miren como estoy. Estas son las caricias del cura en el confesionario. Si, me dieron un buen remojón también. Pero era para que no pasara tanto calor. Tenían algún problema eléctrico, parece, porque había algunos cables pelados, sueltos por ahí. Nada fuera de lo común. Ando de gira. Haciendo turismo interno. Conociendo todas las instalaciones de nuestros hermosos cuarteles.

Tenían que hacerlo callar. No podía estarnos contando todo lo que le habían hecho y haciendo que nos sacáramos las capuchas. Pero era muy joven y se lo estaba tomando con tanto humor que tampoco sabían cómo reaccionar. En la sala de torturas (la iglesia de Haroldo, como le decían) le habían dado duro y aparentemente sin ningún resultado. Gente mucho más preparada se había cansado de tanto pegarle. ¿Qué

podían hacer ellos? Se rindieron. Informaron al sargento y recibieron la orden de llevarlo a un calabozo. Al otro día o al siguiente lo llevaron a otro cuartel donde seguiría su calvario.

En el vagón las cosas volvieron a la rutina calmada anterior a su pasaje. Pero las cosas ya no eran tan sencillas. Nos levantábamos las capuchas y hablábamos en voz baja entre nosotros. Los soldados de la guardia ya habían perdido su poder de intimidación. Llegó incluso a establecerse casi una complicidad:

- Bueno, a callar que viene el sargento.

Y obedecíamos para preservar ese pequeño espacio de triunfo.

El Pájaro era un milico veterano y muy de campo. Flaco y huesudo tenía una nariz fina y puntiaguda; supongo que a eso se debía su apodo. Él fue de los primeros en participar de nuestro "destape" se sentaba adentro del vagón con nosotros y nos dejaba levantarnos las capuchas y conversar. Solo que mucho antes ya nos habíamos comunicado todo lo que podía ser importante. En su presencia era cuestión de conversar pavadas.

Como no teníamos libros ni nada que leer, empezamos a contarnos cuentos o a recordar poemas, o a inventar. Fue entonces que Sarandí Píriz se largó a recitar un profundo poema de su propia autoría. Pidió atención, hasta se paró de su banco, carraspeó y con voz profunda y gesto adusto, dijo:

- Les voy a recitar un poema de mi autoría… reciente…

Como el hombre que contempla la llanura,
Desde la cima, ¡que no se alcanza ileso!,
He descubierto la verdad más cruel y pura:
¡Es más lindo estar afuera que estar preso!

Hasta el Pájaro se mató de la risa. Terminamos llorando de tanto reírnos. Y cuando más o menos nos calmamos vino el comentario del Pájaro:

- Y si… Esto que están pasando ustedes, lindo, lo que se dice lindo, no es… pero no deja de ser divertido.

Por traidor…

Don Aníbal Sampayo era un personaje muy conocido en el penal. Aún desde antes de caer presos, muchos conocíamos su obra, sus canciones, su compromiso y hasta sus anécdotas dentro del penal.

Era un hombre de una chispa inextinguible; de una picardía campera hecha en contacto estrecho con la vida del campo, desde niño.

Tenía muchos apodos. Palomo, Calengo, el viejo (hombre de 50 años en un ambiente donde la mayoría no llegaba a los 30) pero además "viejo", dicho con respeto y reconocimiento, también, como antiguo militante del movimiento.

También le gustaba poner apodos a los demás. Muchos cargamos durante años con nombretes puestos por Sampayo.

Habitante del penal desde sus inicios. Desde que los milicos se dieron cuenta de que no podían organizar toda la vida interna de tanta gente y lo dejaron en manos de los propios presos. Por aquella época se formaban comisiones para organizar cientos de temas desde las más pequeñas a las más grandes cosas. La salud, la alimentación, las actividades creativas y recreativas, la biblioteca, los oficios religiosos, la panadería, la huerta, los paquetes de los familiares, todo…

La guardia solamente debía vigilar que no se realizaran actividades políticas o que comprometieran la seguridad de la cárcel. Pero si una actividad tenía la autorización del director del penal, sus miembros podían invocarla para andar por donde quisieran, ir a otros pisos (excepto los reservados a la "directiva" tupamara y los más pesados, o sea el segundo y el primero).

Salían de su celda y, con una carpeta bajo el brazo, visitaban las demás

celdas, preguntaban, conversaban, organizaban actividades culturales, sanitarias, educativas, prácticas, productivas, entretenimientos, etc.

Sampayo tenía su guitarra y su voz como pasaportes. Además había obtenido permiso para que le dejaran traer su arpa. Cada cambio de guardia se corría la voz y se hacían reuniones en su celda para escucharlo tocar y cantar. De modo que era conocido por todas las guardias del penal. Pero él quería salir a recorrer, no estar encerrado y que lo vinieran a ver.

Un día Sampayo se puso una carpeta bajo el brazo y se dirigió resueltamente a la puerta de la reja del quinto piso donde estaba su celda.

- Guardia, tengo que ir al tercero – dijo tranquilamente.

Con tantas comisiones trabajando en tantas cosas diferentes, esto era algo de todos los días. Solo había que tomar nota del control realizado.

- ¿Y usted en qué anda? - le preguntó el guardia tomando su cuaderno de novedades para anotar.

Tenía que inventarse urgente una comisión, con un nombre que no despertara sospechas y que sonara convincente, pero que al mismo tiempo no se superpusiera con las comisiones de otros compañeros que andaban haciendo su tarea por otros pisos.

- En la comisión de la metamorfosis – fue lo primero que se le ocurrió.

Eso era mucho más de lo que el guardia estaba dispuesto a escribir, (quizá hasta por el resto de su vida) así que anotó “Sampayo al 3” y lo llevó.

Más adelante estuvo en la barraca 5. Ahí 40 “reclusos” convivían en un mismo grande y único ambiente que tenía un lugar central con una gran salamandra hecha con un tanque de 200 litros forrado con ladrillos por dentro, donde se mantenía siempre encendido un fueguito para calefaccionar el ambiente y calentar agua para el mate.

Era común que don Aníbal tocara la guitarra o el arpa y varios cantaran. Los milicos de la guardia no podían entrar en la barraca a escucharlo,

entonces, a veces, le pedían un recital para algunos oficiales, en la parte de adelante de la barraca, donde estaban los baños. Aunque no le gustaba mucho esa exposición, solía prestarse comprendiendo que mantener buena relación con los carceleros podía traernos ventajas a todos.

Entonces cantaba canciones de su álbum José Artigas. Les dedicada "El reglamento de tierras" o la hermosa guarania sobre el exilio y muerte del prócer, donde se notaba, no solo un profundo conocimiento de la historia y el pensamiento artiguista, sino el enorme cariño y respeto con que escribía sus canciones.

Es necesario explicar que por esa época, los militares no solo se sentían dueños del país, sino que se creían dueños de Artigas, defensores de la tradición y los únicos patriotas existentes.

Entonces, ver a un artista de la talla de Sampayo cantar con tanto fervor temas de la epopeya artiguista, le movía el piso a más de uno. Era común que terminaran preguntándole:

- ¿Y usté, por qué está aquí?

A lo que él respondía siempre igual, muy serio y atildado:

- Yo estoy preso por traidor.

Esperaban cualquier respuesta, menos esto. Nunca habían visto una confesión tan directa. ¿Qué quiso decir? ¿Se confiesa traidor a la patria, al ideario artiguista, a todo eso que ellos estaban seguros de representar?… ¿o había traicionado a sus propios compañeros?

- ¿Cómo dijo?

- Si… Yo traía armas desde la Argentina… en un doble fondo de mi camioneta… Era el "traidor de armas"… del verbo traer…

El viento y la historia

En aquel viejo vagón de carga pasamos unos dos meses encapuchados. La mayor parte del tiempo éramos los mismos cinco. A veces se agregaba alguno por un día o dos, o se llevaban a alguno por unos días a los calabozos del cuartel. Así supimos que no eran muchos, cinco o seis celdas, ocupadas por un solo preso cada una.

En los calabozos había mujeres, también, y de las conversaciones que oíamos entre los milicos comprendimos que eran jóvenes y que estaban lindas. Algunos de los milicos andaban como adolescentes alborotados cada vez que las presas eran sacadas a tomar sol a un área alambrada que había detrás de nuestro vagón.

Se suponía que estábamos totalmente aislados y que no teníamos que saber nada de lo que ocurría a nuestro alrededor. Pero los comentarios en voz alta nos llegaban igual.

- La morochita esa es la turca.

- Si, la conocida del teniente. Dicen que eran amigos desde chicos.

- ¡Pah! ¡Y él le dio palo como el mejor!

- ¡Más bien! Y él mejor que nadie. Bien merecido se lo tiene.

- Pero es arisca la petisa.

- Ah sí, esas pichis son todas iguales… y si están buenas, ¡peor!

Le decían la turca, sin siquiera percatarse de que eso era la peor provocación que podían hacerle, como buena descendiente de armenios que era.

Hablando entre ellas se decían sus nombres para que supiéramos

quiénes eran y dónde estaban, para vincularnos también un poco con la realidad. Y ese sólo hecho era toda una temeridad. Podían quedarse sin el pequeño espacio de recreo, sin el corto lapso de media hora de sol que se dignaban regalarles, luego de haber ya superado la peor etapa de la tortura.

Por eso todos nos quedamos helados cuando uno de los milicos de nuestra guardia se acercó al tejido que rodeaba el pequeño espacio, donde ellas estaban estirando las piernas y tomando sol, a pavonearse ante las muchachas.

- ¡Eh! Vos, ¡turca!

- Anahit, es contigo – dijo la otra.

- ¿Ves? ¡Esto es un corte de pelo! ¡No esas melenas sucias que usan sus pichis! ¡Así se corta el pelo un hombre de verdad!

- Si, está bueno – dice Anahit, condescendiente – Así no te despeina el viento… - pausa, y agrega - pero igual te va a despeinar la historia.

Retuvimos la respiración. ¡Acá se arma! Vuelven a los calabozos a palazos. ¿Qué necesidad? ¡Hipotecar de esa manera un pequeño espacio de libertad!

Y donde se entere el teniente le manda un submarino de vuelta solo por cacarear, para mostrarle quién manda. ¡Pobre Anahit! Hasta los demás soldados de la guardia retuvieron la respiración, esperando la reacción de su compañero, que sabían bastante bruto y buscapleitos.

Pero no. No pasó nada. El milico volvió a sentarse junto a los otros y a tomar mate con ellos. El ambiente era tenso, podía cortarse el aire con el filo de un cuchillo. Nadie hablaba. Hasta que uno se animó a largar un comentario para desviar la atención del reciente suceso.

- ¡Ta calor! ¿eh?

- Si, ¡y esas pichis de pantaloncito corto y blusa! Te hacen calentar… ¿vieron lo que me contestó la petisa? Me quedé pensando… ¿qué me habrá querido decir?

Bueno… no había forma de zafar… El tipo quedó enganchado… se va a armar, no más. Esto no para hasta llegar al teniente Antranig Ohannesian.

- Nada, - dijo uno de los milicos más viejos de la guardia – es esa canción de los Olimareños, ¿no te acordás? Un cielito, creo, que dice: - y canta - “si no los despeina el viento, los va a despeinar la historia”.

- ¡Ah! ¡Claro! ¡De ahí era que me parecía conocido! ¡Era eso, no más! ¡Una canción!

Memoria

Hay que guardarlo todo
Traer el cofre de la abuela,
No, ese es chico
Mejor el baúl de los juguetes
O el tanque de asfalkote del fondo,
El de 200 litros

Ese está bien

Empezar por los segundos, guardarlos todos
Hasta las horas
Hasta los años
También los miedos,
Los que subieron como leche hervida hasta desbocarse
Y los otros
Los que no subieron
Y reventaron adentro – aún revientan.

Doblar una a una las puteadas sacándoles las arrugas.
A las frases tan soportadas y gastadas

Doblarlas despacito
Conservarlas íntegras
Las rotas volverlas a pegar
Con cinta engomada, o la marrón, la kraft
Que pega mejor.

Hay que juntar botellitas guardalágrimas
Clasificarlas para poder diferenciar cual es cual
O ¿no sé?
Quizás se puedan guardar todas juntas en damajuanas
con tapón y tela atada al cogote
que nada se avapore
que nada se pierda
¿para qué, regalar más cosas?

Hacer lugar para las colchonetas
Para las latas de mear
Las ventanitas y los cerrojos – incluyendo sus ruidos-
Las arrugas de las paredes,
Las mirillas y los alambrados
Los perros de caza
Y las casas sin perros
Las guiñadas de paso
Las sonrisas rapiñadas
Las canciones susurradas

Y las cartas censuradas
También las que nunca llegaron
Las asesinadas.

Todo hay que guardar, todo
Los testículos rotos también
Los dias taponeados
Las malditas inapagables lamparillas de luz
Los silencios y las oscuridades
Las gotas de sangre ¡todas!
Las mil horas paradas entre las agujas de nuestras piernas
Las várices, escoriosis, pulmonías
Diarreas, tuberculosis
Los suicidios, las violaciones
Las muertes colectivas y las solas
Las que aún no lo son
Las de a medio camino
Las desaparecidas, y las mentiras
Las memorias destruidas.

¡Eso es! la memoria
Que no se pierda

Lo que se empezó y no se terminó: las familias
O lo que se terminó a piñazos,

Los piñazos también
Y las huelgas de hambre
Y las hambres sin huelgas
También los expedientes inventados
Los números aprendidos
Y los cajones de los juzgados.

Todo hay que guardarlo
Con una, dos o tres vueltas de llave
Con candado si es posible
Después llevar el tesoro al altillo
O al galpón, o dejarlo en el living nomás
Su lugar no es imprescindible.
Importa sí tenerlo a mano.

Luego, cuando inventemos el luego
Llevar los tanques o los baúles al punto más alto del país
Y llevarlos como se pueda
En tren, en ómnibus, en taxis o a pie
En carro, patineta o bicicleta
En fin, llevarlos todos el mismo día y a la hora en que decidamos
Para abrirlos al unísono
Dando las vueltas de llave acordadas.

Después subirse a los pretiles
A los muros a los árboles o edificios
Y esperar Esperar atentos.

Porque ese día va a empezar a salir toda nuestra memoria
Hasta formar un río de memorias
Un río que va a meterse en todos los rincones
Entre las grietas del pavimento
En los prostíbulos, en las panaderías
En los tambos, en las farmacias
En las arroceras, en las funerarias
En los edificios públicos.

Se va a colar adentro de los teléfonos
y hasta en las mismas impunidades
En las ferias en los roperos
En las tiendas y en los supermercados
En las máquinas, en las fábricas
Sí, un río
Un río que va a dar vuelta todo
Todo.

La libertad y las palabras

Cuando las palabras están mucho tiempo solas y a la intemperie, o en el fondo de un pozo, corren el serio riesgo de aburrir y aburrirse y hasta suelen perder el rumbo. Y generalmente, el sentido. Como que se desnortean en ese sin rumbo, hasta que se desamontonan y se cansan, y se rebelan y declaran su independencia haciéndose dueñas de su propio destino. En ese estado de enfriamiento no hay puntos ni comas que puedan con ellas. Se liberan y se van, dejándonos así, sencillamente ¡mudos!

Esto lo tenían muy bien estudiado los cancerberos de la palabra, por eso cuando el pozo no fue suficiente, les desaparecieron el cuerpo.

No obstante, todos sabemos que con cuerpo o sin él, las palabras, aunque desorganizadas, siguen estando ahí, siempre en la vuelta, conspirando y esperando por el famoso rejunte.

Los miedos y la noche

¿Qué me decís de los miedos y de la noche? preguntó él, acomodando el cuerpo sobre el saco de arena recostado a la ventana ahora en penumbras. Hoy me inquieta.

- ¡No temas! - respondió ella- la noche también es corta como un rato, fugaz como las estrellas que la miran, inestable como el suelo donde se apoya. Te lo aseguro, en eso de los miedos, la noche se parece a vos, a mí, a nosotros, y así como todos ella también se cuida, porque desconfía de algunos de los ojos que la siguen, de los postigos que se golpean, del ruido de botas por sobre el empedrado expectante, del ronquido del mar cuando no se escucha, de los árboles quietos, de las sirenas distantes, de los hijos que no llegan, de las esquinas mudas, de las camas vacías. Esto es como todo, hay noches buenas y otras que no las dejan ser. Pero estoy convencida, que esta es de las buenas, ponele la firma. ¡Segurísima! Ya vas a ver que incluso a la hora del amor más tierno, se olvida de lo jodido y hasta tapa su cuerpo, porque es pudorosa lo sé bien, con ese manto oscuro que solo permite verle los contornos cuando se besa con la luna. Además, te digo, que también al igual que vos, que yo o cualquiera, cuando se calma, suele dormir muchas horas y soñar con luces encendidas todo el tiempo.

- ¿Vos decís?

- Sí, ahora dormitá un poco que yo sigo mirándola a través de la hendija del ventanal.

- Bien, pero no fumes ¿ta? no sea cosa que...

- No temas, no nos van a ver.

Acontecimientos

22 de enero de 1980, 6 de la mañana, un milico grita: 555! Hay libertades. Pegó en el palo, llaman a tres más y oigo un milico ¡gritar por última vez: **1555!** Abrazos y promesas de acercarnos a familiares de los que quedan, dejamos todo a los compas, nos vamos sin nada, cuando nos secuestraron llevábamos lo puesto. Luego del sermón del milico, oficial de la aviación del S2 frente a mi madre, recomendándome que no la hiciera sufrir más, no sabía que mi madre fue desde que me llevaron una sediciosa más. Pasa a notificarme la: "deuda que contraje con el estado por mi estadía en el penal". Humor negro del malo, en un buen día. Con Mamá atravesamos el portón que separaba la cárcel chica de la grande donde estaba el pueblo bajo el yugo que más dolía. Rencuentro con hermana, sobrinas y cuñado que se llevó la sorpresa de ver salir también a su compañero de UTU el 555 Oscar Garciarena ambos profesores de carpintería. Emprendemos el regreso al Buceo luego de casi seis años. Paramos en un monte de eucaliptus a refrescarnos de 40°, era mediodía. Me sorprende el contacto de mis labios con el vaso de vidrio, después de años de sabor lata. Mi madre me da mi reloj y mi anillo, los siento insoportables. Llegamos a casa, un gentío fue turnándose hasta la noche, familia, amigos, compañeros de trabajo, vecinos. No puedo olvidar el recibimiento de mi perra ovejera YUCA que en toda mi ausencia no volvió a salir a la calle solidarizándose con mi encierro, Mi sobrina y mi ahijada ya adolescentes hicieron un rico postre con chantilly y frutillas. Me siento aturdido, principalmente por las voces femeninas y de niños. Me levanto al otro día, debo ir al cuartel de Camino Maldonado a firmar. Me quieren llevar en auto. No acepto, me voy en ómnibus. Siento que la gente me mira, supongo por mi pelada. De tarde a reclamar mi trabajo. Mis compañeros piensan que no estoy muy centrado en la realidad, (denoto miedo en ellos cosa que

adentro habíamos perdido, bastante, raro ¿no?), ahora hay interventor en mi trabajo, yo despedido por terrorismo, puede que tuvieran razón, me marcho resignado. Yo salí con ganas de seguirla, como en el penal, ni más ni menos.

A buscar trabajo entonces. Mi tío materno y vecino es capataz en la FUNSA desde la década de 1950. Los febreros dan licencia a todos los empleados de fábrica y se aprovecha para hacer mantenimiento, para lo que se toma personal eventual, changas. ¡Grande Tío Coco! El 1° de febrero entro a trabajar de peón hasta el 31 de marzo. Cuando los compas en el penal se enteran, no entienden nada: ¿el Lija trabajando en FUNSA? Más changas aparecen: una textil, rajo; zanjar veredas, rajo; aserradero cerca de San Martín y Aparicio Saravia, duro más y conozco el "Cante" donde viven mis compañeros de trabajo, experiencia que no olvidaré, incluso fui a ver a uno a la cárcel de Miguelete, tenía 18 años y era hijo de otro empleado. Aparece un trabajo con mejor remuneración y perspectivas de durar en una carpintería de aluminio de unos veinte trabajadores, como administrativo. Los dueños, empresarios de izquierda en aquella época, nos conocíamos del balneario, se portaron muy bien conmigo. Desde que salí en enero anduve rastreando familiares de compas que seguían adentro con condenas absurdas para llevarles aliento. Tuve la satisfacción de llevar al Parque Rodó a hijos de compas, como los tres de Tirelli (metalúrgico) y Gladys, la hija del Mosquito Caravia y Marisa Alvarenga, nos sacamos fotos para mandarles al penal. Mi zanahoria en la cana era pensar en la posibilidad de que cuando saliera conocería a mi hijo que tendría 5 añitos, pero no lo quiso así su madre, lo que respeto. Daños afectivos colaterales. Nunca supieron mis torturadores de tal circunstancia, menos de su existencia. El reencuentro con ella, Graciela G. estuvo muy bueno igual, porque pudimos cerrar una relación segada que prometía, pero primó la convicción de lo que tenía que preservar, ya la había pifiado al volver en plena dictadura al país. Nos volvimos a ver por última vez; tenía una hija y había vuelto a vivir en Montevideo. Traer esto a colación, me hace pensar en el único tema no tratado (o ¿compartimentado?), el cómo llevamos los presos "políticos" un celibato a término. (Salvo algunas chanzas o referencias de

"accidentes" en la madrugada, no recuerdo otras referencias, por lo que se infiere fue un tema menor y "¿apolítico?"). Dábamos por descontada la mejor fórmula a seguir: ¿ajo y agua? Aunque si largarnos a hablar de las torturas recibidas nos va llevando tanto tiempo, entiendo que no ocuparnos de otros ribetes durante, ni ahora, fue por considerarlo irrelevante en el contexto que convivíamos y lo resolvió cada uno, con naturalidad, un "no tema colectivo". *"A lo pasado pisado",* y se acabó.

Estamos a principios de octubre 1980. El sueldo me permite alquilar cerca del trabajo e independizarme de "mi mamá", ahora con 32 años. Tenía campo fértil para trabajar con obreros, la mayoría jóvenes, Tomo conciencia que estoy en el gremio metalúrgico. Hacemos reclamos, por ejemplo: comedor y almuerzo a bajo costo, logrado. Fomento la creación de un fondo de ahorro y crédito, aprobado con aportes personales y de la empresa, que funcionó dando vales y pequeños préstamos a descontar del sueldo. Hacíamos salidas sociales y culturales, fuimos a ver: "La empresa perdona un momento de locura", la mayoría nunca había entrado a un teatro. Por supuesto ya había desembarcado en mi AEBU, donde recalábamos les ex preses como un lugar de rencuentro y resistencia, con posibilidad de engranar en la actividad semi clandestina existente, encubierta en actividades sociales, deportivas y culturales. Lugar de formación de parejas, sin importar de qué tienda política éramos, a semejanza de lo que pasaba adentro de los penales entre compas de distintas tribus políticas, virtud de la dictadura de hacernos ver al enemigo común. Plebiscito: noviembre de 1980, me presento a sabiendas que estoy proscripto en la mesa que me hubiera correspondido.

¡Qué bobera, ¿no? Tremenda primera pueblada ganada a la dictadura.

Me reencuentro con Celia y Efraín los padres de mi Amigo, hermano y Compa Eduardo Chizzola, que luego sabríamos de su salvaje tortura, asesinato y desaparición de su cuerpo y el de su compañera Telba Juárez en Buenos Aires. Celia se cruzaba con Cordero en el supermercado y este hdp le preguntaba si sabía algo del hijo.

Es liberada en 1981 Sara Méndez. Me encuentro con ella. No nos

conocíamos. Me ingenio para inventarle un puesto de dactilógrafa en mi trabajo. Comienza su búsqueda de Simón. Se enfrenta a Gavazzo con nulos resultados. La impotencia que siento es brutal, me deslumbró su valentía maternomitocondrial y un poco me avergonzó por no saber cómo sumarme a su lucha de primera hora que agregaba a la de su familia, además de solidarizarme. En mi casa materna realizamos "chorizadas" con ex preses, nuevas parejas y familiares que todavía esperaban. Conozco a Elina en AEBU, había salido del Punta de Rieles en 1979, maestra, con otras ex tienen un Jardín de Infantes y varios alumnos eran hijos de: desaparecidos, presos, ex presos. Empieza nuestra vida en pareja. Como canta Víctor Heredia en sobreviviendo: *"…tengo la carne joven, roja la sangre…y mi esperma urgente. Quiero la vida de mi simiente…"* Será para julio de 1982 que de nuestra simiente nace Mijaíl, el segundo retoño Alejo llegaría en setiembre de 1985. El 22 de enero 1982 nos casamos sin el compromiso de *"hasta que la muerte nos separe"*, hicieron ya 41 ñoquis, cada uno sigue con su banderín partidario como el día que nos conocimos, bajo una misma bandera roja azul y blanca, (¡y seis años parecieron largos!) Fue otro día muy caluroso, cumplía dos años de mi salida del penal. En el interín tuvimos la tenencia provisoria de dos hermanitos de 9 y 10 años, que estaban en el Consejo del Niño de la época, (¿querría por mi parte, recuperar paternidad por mi no nacida simiente?) si bien no resultó la convivencia retornando al Consejo, siguen cercanos hasta el presente.

La dictadura habla -ante la presión internacional y política interna- de una ley que habilitaría algún formato de sindicatos. En noviembre de 1982 "cae la tablita", crisis económica. *"El arriba nervioso y el abajo que se mueve"*. Se aprueba la ley de "Asociaciones Profesionales" a fines de 1982. Varios gremios se lanzan a formalizarlas: bancarios, bebida, metalúrgicos. AEBU, ASU, prestan sus locales para realizar las asambleas constitutivas que debían tener la presencia de un abogado. La nuestra que llamaríamos: **Asociación de Obreros y Empleados de Carpintería Ambiental AOECA**, la realizamos en marzo de 1983 en AEBU con el asesoramiento y asistencia legales del Dr. Hugo Batalla, en vísperas de la organización del 1° de mayo al que concurrimos con nuestra pancarta.

Ya conformado el Plenario Intersindical de Trabajadores, PIT, nos uniríamos a la PRO UNTMRA, que se reunía en ASU. En mi caso entendí muy útil la iniciativa, ya que los compañeros de la UNTMRA estaban presos, (conviví con Rosario Pietrarroia en la barraca 4 A), exiliados o trabajando en la clandestinidad con los riesgos que implicaba, (algún camarada me miraba con recelo, prejuicios preventivos, se jugaban mucho y nos movíamos con criterios a veces diferentes en eso de hacer sindicalismo en dictadura). Las circunstancias de estar trabajando en el gremio metalúrgico y mi imposibilidad de sumarme a trabajar en AEBU por estar destituido, hicieron viable mi corta militancia, aunque fue suficiente para tener que representar en el Secretariado del PIT a la PRO UNTMRA. Nos reuníamos en la sala del Consejo Central de AEBU, desafíos si los hubo. Fui destituido de la carpintería luego de la ocupación de sus instalaciones en octubre de 1983, con el consecuente enojo de sus propietarios, y con razón, me habían tirado una que otra cuerda, y un buen empleo. No me perdonarían, entenderían como una traición mi militancia. Mil perdones, yo no podía hacer otra cosa, lo siento. Con la plata del despido puse un kiosco en D. Terra a dos cuadras de la carpintería, ese fue mi rebusque laboral hasta mi restitución en marzo de 1985 a la CJPB.

La PRO UNTMRA realizó un acto a fines de octubre, en el gimnasio de AEBU con presencia de unos 400 metalúrgicos (más varios tiras que fotografiaban a gusto a la concurrencia y los que aparecíamos organizando), me tocó redactar y leer la proclama con otra joven compañera de ALCAN, allí reclamábamos la libertad de Pietrarroia y todos los presos políticos, la devolución de la sede sindical del metal y ramas afines y la plataforma reivindicativa del gremio ya que asomaba la conflictividad en varias empresas. Fue reprimida una concentración frente a la Cámara de Industrias, en Avenida del Libertador.

Setiembre 1983: Marcha estudiantil de la ASCEEP y en noviembre: el RIO DE LIBERTAD, previa asonada del 9 en 18 de julio y Tristán Narvaja, fuerte represión. En diciembre Germán Araújo comenzó una huelga de hambre en 18 de julio y D. Terra, allá fuimos a saludarlo. Y llegan los Niños del Exilio a la sede de AEBU, allá estábamos.

En enero de 1984 y como consecuencia del paro general del 18 que ilegalizó al PIT, debí replegarme por seguridad, todavía debía presentarme a firmar en el cuartel. Tenía militancia política semi clandestina viajando a Brasil. Llegamos a inaugurar un local provisorio en la calle Nueva York. Ya se nos unían dirigentes metalúrgicos históricos que recibíamos en dicho local a su salida de la cárcel, fui cediendo mis responsabilidades y asumiendo otras en AEBU en la tarea de reivindicación de los destituidos que fuimos miles. Participaría en la primera Asamblea en el legítimo local devuelto a la UNTMRA en octubre.

Noviembre: elecciones nacionales, previo "acuerdo en el club naval", para mí, piedra fundamental de la impunidad garantizada hasta nuestros días y aderezada por el conservadurismo.

1° de marzo de 1985, el Pueblo, todos, festejamos. La batalla de dos décadas ¿la ganamos, la perdimos? Cada cual tendrá su opinión, la mía es que la perdimos a un costo altísimo, pero la dimos; sin darla no tendríamos este presente de tregua, buscando el camino a una sociedad más justa porque objetivamente es posible, no es utopía.

Esto trataba de *"Crónicas de los años duros"* (o violentos, despiadados, inhumanos, inmerecidos) durante los cuales fui un partícipe activo más. Me pareció que podía ser la oportunidad de compartir ¿o des compartimentar? (un) mi relato de un fragmento de mi vida, muy resumido claro, entre o para iguales, pero no sólo. Empecé mi fogueo a los 15 años al afiliarme al sindicato bancario de importante protagonismo social, luego tocó asumir otros fogueos, ahora más meditante que militante, pero siempre comprometido y solidario con las causas vigentes.

Llevamos 38 años de la reinstalación de los "poderes constitucionales" y "democráticos republicanos" el 1° de marzo de 1985 ¿fueron 38 años blandos? o a veces emocionantes, a veces patéticos, muchas veces dolorosos. Esta mi segunda "Crónica…", cuenta a grandes trazos qué le pasó en dictadura o cómo la pasó en dictadura a una molécula más de un cuerpo social genéticamente plural, conformada mayoritariamente con nacidos al oriente del Río Uruguay.

Testimonios I

Una situación más en cientos

Desde el Golpe de Estado del 27 de junio de 1973, no hubo un solo día en que la resistencia organizada del pueblo uruguayo, de una u otra forma dejara de luchar. Se veían por doquier, pintadas, volanteadas, documentos, boletines y órganos de prensa clandestinos contra el golpe fascista, reclamos de libertad para los presos políticos, denuncias de torturas y de muertes y desapariciones. También había reclamos sobre la pérdida de derechos y falta de libertades como de la implantación de políticas económicas entreguistas con pérdidas de poder adquisitivo de los salarios y las jubilaciones. Esa expresión propagandística de la resistencia tenía que confrontar igual que hoy, contra los medios hegemónicos de comunicación, alcahuetes de los golpistas. Además de esa lucha desigual y en medio de esa brutal represión todos los años y según las condiciones en cada lugar era obligatorio conmemorar fechas que reflejan actos heroicos protagonizados por los pueblos o por sus más notorios representantes.

Octubre 1975, la Unión de la Juventud Comunista de Uruguay (UJC) comienza en condiciones de extrema clandestinidad en muchos casos, o de semiclandestinidad en otros, a organizar en Montevideo según las condiciones de los distintos Seccionales y sus respectivos Círculos (varios Círculos componían un Seccional que abarca determinada zona geográfica donde actúa la organización) el homenaje al ¨CHE¨ a 8 años de su caída en combate.

Cada acción se desarrollaba según las condiciones del lugar, podíamos juntar jóvenes (no sólo de la UJC) en algún lugar ¨seguro¨ y

hacer una charla donde casi siempre se terminaba con un compromiso de seguir su ejemplo, o se podía salir de volanteada y/o de pintada de muros conmemorando la fecha. En este caso del cobarde asesinato del guerrillero heroico.

Nuestro Circulo "Víctor Jara" que comprendía una zona bastante extensa del barrio La Comercial donde hasta el '73 funcionaron los comités. comercial I, II y III, funcionaba, si mal no recuerdo, entre las calles: Galicia; Justicia y A. Grande; Garibaldi y Br. Artigas cerrando el paralelogramo. Hermosa zona para desarrollar la militancia juvenil, centros de estudios y clubes deportivos a montones, parroquias, iglesias y esquinas llenas de jovencitas y jovencitos con inquietudes como las nuestras, desafiando en todos los sentidos el régimen imperante.

Teníamos la primera quincena de octubre para desarrollar la actividad que ya habíamos resuelto que sería una pintada corta, sencilla y calificada. Una chapa de 0,80 X 0,80 mt. calada con el negativo de la cara del Che, un tarro de pintura y dos pinceles.

Éramos jóvenes comunistas del círculo Víctor Jara.

Desde el primer día del golpe de estado el 27 de junio de 1973 acompañando, primero a la gloriosa Huelga General, y pasando a otra etapa y forma de combate después del 9 de Julio no le dimos ni un minuto de tregua a pesar de la represión brutal que año a año sufríamos. Los muros fueron un buen instrumento de comunicación en toda la ciudad y los hicimos hablar, con los barrios, con sus obreros, sus amas de casa y sus estudiantes.

Hablaron con todos, con ellos también. Con los enemigos del pueblo, con los torturadores, con los represores, asesinos y secuestradores de niños. Por eso estaban rabiosos, enfurecidos.

“¡¿Cómo podían existir esos descerebrados, inconscientes que se atreven a enfrentar con cuatro papelitos cagados y dos pinceles locos al poderío del ejército… qué digo ejercito?! ¡Al poderío de las fuerzas conjuntas! ejército, policía y tutti cuanti.”

En los primeros tiempos pensarían: “son unos locos aventureros que

quedaron sueltos por ahí, tienen las horas contadas…"

Si bien después de la Huelga hubo que salir a recomponer filas y reagruparnos para pasar a otra etapa y forma de lucha, nosotros éramos una pequeña parte de un todo orientados fundamentalmente por los trabajadores organizados en la CNT, junto a otras organizaciones sociales, jubilados, Feuu, Fucvam, legales y clandestinas. No éramos locos sueltos, sabíamos quién era el enemigo que enfrentábamos y también sabíamos que no estábamos preparados para ello y teníamos que ir aprendiéndolo sobre la marcha.

En el Seccional podíamos ser 8, 12 o 20, eso no importaba. No todos salimos ese día a recordar la caída del guerrillero heroico, como no todos estuvimos en la Huelga volanteando y parando ómnibus que empezaron a carnerear después del decreto del 4 de Julio, sembrando avenidas con ¨ miguelitos¨ o parándolos directamente con un coctel Molotov; tampoco todos estuvimos el 9 de Julio, ni pintando y volanteando cuando el asesinato de Nibia en el 74, ni en el asesinato de Alvaro Balbi en el 75. Tampoco todos estuvimos en los Primeros de Mayo de La Teja y La Unión del 74 ni en la marcha contra Narancio o en las movilizaciones relámpago por Gral. Flores o volanteándoles en la cara a las 5 de la tarde en el barrio de los judíos o en Gral. Flores y Garibaldi o participando de ¨ Operación Roma¨ volanteando también a las 5 de de la tarde 19 esquinas y simultáneamente prendiendo fuego sus bocacalles con nafta y tirando entre 50 o 100 bombas brasileras en cada una de esas esquinas, costando la caída de tres militantes.

Pero para hacer lo que se hizo hasta esa primera quincena de octubre del 75 no se hacia con cuatro ¨locos sueltos¨, se necesitaba cierto grado de organización, cierta infraestructura y disposición de lucha y compromiso.

Volvamos a esa noche de Octubre del 75, era el 15, último día para realizar la tarea.

En otros lados ya habían cumplido con la tarea de mantener viva la memoria. En este caso tampoco éramos 8,12 o 20; nos juntamos cuatro, ya habíamos resuelto pintar en medio de una guerra instalada de

muros, no necesitábamos cal. Ellos, intentaban callarnos blanqueando los muros y nosotros teníamos que ser la voz de la resistencia, Era un combate feroz y desigual entre David y Goliat.

Esa noche como en todas las demás ya teníamos los muros elegidos. El recordatorio iba a ser corto; el negativo de la cara del CHE y la pequeña leyenda, EL CHE VIVE con la correspondiente firma; UJC y por supuesto que todo con pintura negra.

Allá salimos con pocas precauciones y mucha audacia a realizar nuestras tareas. Después aprendimos a ser más precavidos.

Comenzamos y terminamos la pintada con público. Una pareja distraída de enamorados que seguramente se estaba despidiendo y que en el mundo solo existían ellos y ese momento sublime y sumado a ellos la presencia más que atenta de una señora que a la una de la mañana (ya era 16 de octubre) estaba barriendo, no sólo su puerta si no que toda la cuadra.

Mientras que un compañero mantenía un entredicho a través del portón con el sereno de la empresa que le estábamos usando el muro, terminamos la pintada.

Satisfechos con la obra, nos fuimos (por supuesto que a pie) no tan rápido como tendríamos que haberlo hecho y poniendo en práctica la cara democrática del centralismo democrático, para resolver dadas las circunstancias que rodearon la actividad, suspendíamos o continuábamos. no habíamos dado el tema por suficientemente discutido ni pasado a votar cuando de repente nos encontramos rodeados por dos patrulleros y dos camellos llenos de milicos armados para la guerra.

Este relato, uno más entre decenas o cientos parecidos, puede continuar hasta el último día de la dictadura como parte de la historia reciente que quieren borrar de los libros.

Testimonios II

Más dolor al dolor

Mucho es el dolor que se siente en esa soledad y oscuridad de la capucha y las esposas.

La desnudez de tu cuerpo y tu conciencia maltratados para soportar y resistir lo que nunca pudiste imaginar, te hacía sentir cada hora, cada día más vulnerable.

¡¡¡Que prueba difícil carajo!!! Allá en calzoncillos tirado en el pedregullo o a la entrada húmeda de aquel baño donde a la pasada los milicos te pateaban y todavía esperando escuchar al comisario Benítez decir "traé al negrito", cuando el negrito era yo.

Hasta ahí, era lo peor que me había pasado en la vida, un terror imposible de trasmitir, unido a la resignación. Las piernas tiemblan independientemente de tu voluntad, que, aunque no era mucha, eso lo querías evitar delante de ellos. Era imposible no temblar y no gritar y patalear como un loco.

Después de varios intentos de *tacho*, en una pileta larga, como un bebedero con varias canillas, lleno de agua mugrienta con puchos, yerba y vaya a saber cuánta porquería más, y no pudiendo lograrlo por mi resistencia (no por valiente sino por asustado) ya que me les caía y les costaba mucho levantarme, me trasladaron al sótano donde me atan a un tablón corto y poniendo un extremo apoyado a una bañera y el otro sostenido por uno de la patota asesina, me levantan un poco la capucha y Benítez me dice; "aquí la quedó Balbi y la vas a quedar vos si no *cantás*". Resignado, como asumiendo que no podía haber otra alternativa, respondí ¨bueno, es problema tuyo¨. Estaba a su merced,

diría el gallego Menchaca, obrero metalúrgico.

Cuando uno enfría el cuerpo y todavía conserva cierta conciencia, algo de razonamiento y tiene un momento para pensar, aparece la tortura peor, escuchar los gritos y el sufrimiento de las y los compañeros que están padeciendo los mismos tormentos y el dolor mayor, el de la vieja, la madre, mi madre, la que llegué, en mi delirio a ver y escuchar suplicar por mí.

A continuación, la temible frase; "traé al negrito". Volver a empezar, y así una y otra vez. ¿Hasta cuándo? La puta que los parió. Es mucho dolor para una sola persona…

En Punta Carretas, a principios del 76 habían empezado a sacar compañeros para "la máquina", Jaime, Luigi, el Pelado Rubio, Yessi … unos no regresaron más, terminaron cumpliendo su pena en el penal de Libertad después de pasar por distintos *infiernos*, los que volvían, llegaban destrozados.

A mediados de octubre me hacen aprontar, que me vienen a buscar a las dos de la tarde.

Era incierto mi destino por eso llevé más abrigo del que era necesario, por suerte era para el juzgado (seguían cayendo compañeros) y más allá de algunas amenazas y verdugueo normal en ellos, volví para Punta ese mismo día.

Al mes de ese suceso, una mañana soleada de los primeros días, el funcionario de la tercera especial, lugar donde residíamos los presos políticos en ese penal, me comunica que debo presentarme al centro uno (planta baja). Allí me esperaba un sargento primero que con total naturalidad me dice "apróntese que a las dos lo vienen a buscar para llevarlo al velorio de su padre…"

Siempre, en esta y en otras caídas, estuve preocupado por la salud de mi madre, padecía de hipertensión y de problemas cardíacos, en cambio, el viejo Cano era manso, tranquilo, medido… no podía ser. Todavía no me lo explico, no me esperó unos años más, no tenía idea cuanto tenía que hablar con él, cuanto que agradecerle. Qué tristeza, la puta madre,

tal vez ahí mismo, en ese momento me di cuenta cuánto lo quería. Ni se imaginaba cuánto lo necesitábamos su compañera de toda la vida y yo, Ya estoy viejo y nadie se imagina cuanto lo extraño. Seguro que su procesión iba por dentro.

Vuelvo a la tercera, con mis compañeros ya enterados del tremendo dolor, desde sus celdas me daban ese abrazo que tanto necesitaba y al llegar a la mía estaban Yessi, Quique y el funcionario del piso, llorando. Si, los tres llorando, el Milico también. Tendría que haberme dado la noticia él y no se animó. Las personas son lo que son, con o sin uniforme, la lucha de clases pasa por adentro de los cuarteles, las iglesias y las cárceles.

Apareció inmediatamente el "loco" Ferrari (uno de los cuatro compañeros que oficiaban de médicos) y me empastilló sin mayores resultados, a continuación, el Pancho Montiel que también estaba fuera de su celda repartiendo *rancho* llegó con su abrazo y su palabra de aliento. Yo estaba demasiado consternado para reaccionar no salía de mi asombro, estaba lento, veía y escuchaba todo como en una película; por mi mente pasaba secuencias de mi vida a toda velocidad. Vivía una sensación de tristeza, odio e impotencia indescriptible.

Me trasladaron tres *tiras* que iban adelante y dos guardias de azul del penal que iban atrás conmigo con uniformes nuevos, seguramente de un mismo talle; uno medía 1.90 y le quedaba corto, el otro medía 1.60 y le quedaba inmenso.

No había emprendido la marcha al velatorio cuando uno de los milicos me dice que iba a bajar esposado. Le respondí que no. Desde ese momento comenzó un intercambio que fue subiendo de tono hasta que me dijo que los comunistas y su familia se tenían que morir todos y que iba a bajar esposado. Lo mandé a la puta que lo parió y le dije que me iba a tener que bajar él, mientras, los guardias del penal, con sus gestos y miradas, a su manera se solidarizaban conmigo. Adelante los tiras debatían en voz baja que iban a hacer. Me hizo bien ese altercado, necesitaba expresarme, golpear y que me golpearan.

Bajamos por Cufré, frente a la sala velatoria en el barrio que me vio nacer, mi querida Comercial. Había una multitud de abrazos esperándome

en la ancha vereda y a pesar de que me habían prohibido que saludara afuera, desde que pisé el cordón, me vi envuelto y protegido con la suma de esos abrazos de parientes, amigos, compañeros y conocidos, me sentí reconfortado. Muchos me sorprendieron con su presencia y otros por no estar; les entendí su ausencia.

No querían que saludara en la vereda y por supuesto no pudieron impedirlo. Se me hacía eterno cada saludo porque quería estar con mi madre que en un rato iba a quedar sin su compañero ni su único hijo. No era una película ni un tango era la realidad.

Me llevaron antes para el entierro y cuando voy a subir a la combi, aparecen decenas de puños entre la gente que estaba en la vereda, el tira comenta en voz baja que van a ir todos presos y aproveché a responder que estaban todos ahí, que aprovechara, que no fuera cagón. Ya en la caja de la combi un azul me pone una caja de cigarros en el bolsillo de la camisa susurrando ¡¡¡qué hijo de puta!!!

El entierro fue corto, me habían amenazado con una paliza que quedó en eso y retornamos al penal. Cuando nos dejaron en los portones un azul comenta que no sigue de milico, el otro asiente con la cabeza y opina lo mismo. Pocos días pasaron hasta que en una bajada al patio el más bajo de ellos que estaba entre las custodias me susurra que su compañero se fue.

No fue fácil enterrar al viejo Cano, tenía 52 años cuando murió en su ley, con su vinito de sobre mesa. Era aquel que jugó en Liverpool con Di Mateo, Rosas Riolfo y Sixto González, el que se tomaba la penúltima en el viejo jueves 5 antes de llegar a casa, cuando no había que irlo a buscar, cuando me iba a ver jugar en El Morrongo o La Comercial, el que en las fiestas tradicionales traía una bolsa inmensa de fuegos artificiales para repartir entre todos los gurises de la esquina, el que dejó de jugar al futbol a los 14 años para trabajar en el mismo lugar siempre hasta sus últimos días y decía que ser¨ carnero¨ era la peor condición de un hombre. Por eso y por muchas cosas más me ha sido muy difícil enterrarlo, ha sido largo el duelo y todavía me parece que estoy en eso.

Testimonios III

El inconsciente resiste

Como tantas otras cosas que el perverso sistema capitalista no pudo resolver, ni podrá hacerlo, el tema de las cárceles es uno de ellos, si nos referimos a la recuperación de las personas. Es difícil que desde el poder se entienda o se quiera entender que el ser humano, no nace malo, ladrón, asesino o violador. En un mundo que desde que naces y das tus primeros pasos, te enseñan a competir entre iguales, no a colaborar o complementar, a que aceptes por válida la premisa de que siempre ha habido pobres y ricos y que eso es natural.

Donde está siempre arriba de la mesa el "tanto tienes, tanto vales" y la palabra solidaridad es mala palabra. Que ser pobre es un delito y que desde los medios de comunicación masiva se informa con total cinismo y desparpajo y con toda naturalidad que en el tercer mundo mueren millones de niños de hambre y por falta de medicamentos. Por otro lado, sin igualdad de posibilidades, tenés la oferta (si para todos) de los Nike, los Paco Rabanne, los Ferrari y demás artículos inaccesibles que desde los mismos medios hacen lo imposible para que creas que son de primera necesidad, que no puedes vivir sin ellos. Para existir y ser parte de este mundo que te venden, si sos un desposeído tenés que robar para acceder a esos bienes.

Entonces las cárceles se llenan de presos pobres por que las leyes las hacen ellos. Esas leyes no traen incorporadas las medidas de recuperación de esos seres humanos. ¿Para qué? ellos pertenecen al último lugar de la escala humana, no valen la pena.

También están los otros, los peores, los que nunca aceptan las reglas de juego del sistema. Los que no piensan robar para "tener" y saben, están convencidos que otro mundo es posible, el de la justicia social, el trabajo digno, el techo, la salud y la comida caliente en invierno, el mundo del pan y de las rosas. Esos con más razón tienen que estar presos, a esos "pichis" hay que perseguirlos, torturarlos, encarcelarlos y destruirlos. La cárcel para ellos tiene que ser el propio infierno. Para eso son las dictaduras, cuando el sistema de explotación del hombre por el hombre se ve amenazado por el avance de los pueblos que cuestionan el orden establecido se necesita poner las cosas en su lugar cueste lo que cueste, ellos están fuera del sistema.

Ya no por robar, matar o violar llevan a la gente presa, desde el golpe de estado también te llevaban por pensar, y defender tus derechos. Tenían que destruir tu organización y a ti.

Desde el primero al último día en manos de esa patota asesina serás torturado de una u otra forma. Ya sea para sacarte información de tu organización y compañeros o simplemente para hacerte sufrir haciéndote llegar al límite de lo soportable y para que sepas quién manda.

Pero el poder de las clases dominantes apuntalado por esa mano de obra barata que son los milicos, no es suficiente para quebrantarnos con la razón de la fuerza. La voluntad de aquellos que, todavía vivos y con la fuerza de la razón siempre será más fuerte y hará que sigamos soñando con un mundo mejor.

Cuando el convencimiento de la razón flaquea y la ideología no es suficiente; cuando la valentía se pone en duda, surgen otros mecanismos de defensa. Los sueños despiertos al borde del delirio, la locura y el increíble humor que siempre van de la mano cuando de límites se trata, cumplían bien ese rol de autodefensa, aunque costasen unos palos o sanciones de más.

Viví algún episodio de esa naturaleza, pero también presencié auditivamente un par de ellos. Estando depositado con la capucha y esposas correspondientes en el baño del segundo piso intentando

escuchar lo más posible para reconocer mi entorno, un día escucho una voz de hombre mayor que dice…"buenoooo, me voy a sentar" a continuación una voz autoritaria ordenando "quedate ahí parado viejo de mierda" a continuación golpes y algún gemido y un "me siento y chau¨ siguieron los golpes y otra vez la voz de la persona mayor " si querés y podés, parame vos, si no hacé lo que quieras gurí". Quedó por esa. Ese hombre mayor era el viejo Poschi, a los dos meses nos juntaron en Punta Carretas. Tenía sesenta y pico de años y todavía trabajaba en la construcción. Bastante loco, pero más valentía.

Otro caso de esa naturaleza sucedió con otro veterano obrero del trasporte, el viejo Thelmo.

Mis oídos, aunque maltrechos, supurando materia, seguían atentos y días después escucho este interrogatorio; Benítez y Bronzini inconfundibles y por lo menos un par de milicos más, todos contra Thelmo que tenía más de 50 y no medía más que 1.50. Dale gordo, ¿recibís la Carta? (órgano de prensa clandestino del Partido Comunista) Quien te la da? Ante la negativa a tener conocimiento de dicha publicación se escuchaban los golpes y gemidos; después de un silencio que duró una eternidad, escucho que "el Gordo" Thelmo les reconoce que recibe la carta cada quince días y a continuación sin dejarlos volver a preguntar, agrega… "tengo una hija en Paso de los Toros y nos comunicamos por cartas". A continuación, una andanada de golpes. Escuché a Benítez ordenar, "pará que está sangrando". A partir de ahí silencio. Ya en el penal y siendo compañero de celda nos contó que ese día tuvo un ataque de presión y sangraba por los oídos y la nariz y los milicos llamaron al médico.

No me gusta ser protagonista de los relatos, pero voy a compartir dos episodios. Era el segundo día de interrogatorios y me subieron a una oficina a patadas y trompadas, me arrodillan y me levantan un poco la capucha para mostrarme una pila de libros que habían recogido de nuestras casas cuando allanaron, mientras Benítez me pregunta, (lo de ellos era preguntar) "¿conocés esto?" Respondí que sí. Entonces me dice, "bueno podemos conversar" y mi primera respuesta fue: "yo

no me vine a pelear con nadie" primer disparate. "no te hagas el loco y decime ¿de donde sacaron eso?" Segundo disparate "eso venia en la camioneta con nosotros". Imagínense como terminé ese día, mis respuestas no fueron razonadas. No sé qué quise hacer. Otro episodio está directamente relacionado al que a la postre fue el asesino Cacho Bronzini. No puedo precisar el tiempo que llevaba cuando en el enésimo viaje de jefatura a inteligencia, me atan el buzo verde tipo venda y palo va, palo viene arrancan a preguntarme por Juancito. "Vive a una cuadra de tu casa hijo de puta, no lo vas a conocer", me mostraron una foto en la que estaba irreconocible. Estaba ahí, pude confirmarlo después.

Les pedí que me lo trajeran; negativo. Entonces confirmé que tampoco estaba reconociendo. De pronto una voz que como pidiendo permiso dice, "déjenme un momento solo". Se van; eran como tres o cuatro más; me saca la capucha y resultó ser el Cacho Bronzini. Todavía no tan tristemente célebre asesino, aunque ya pintaba para eso. Decía, que si por él fuera no quedaba nadie vivo por que cuando cambiara la cosa lo íbamos a fusilar. Volviendo al tema; ni del apellido me acordaba, tuve un momento de vacilación en reconocerlo, pero inmediatamente me di cuenta de que, de hecho, iba a reconocer a Juan. Teníamos diez u once años cuando jugábamos junto a Juancito, que era su primo, y otros, en El Pozo. Él era golero. Me saludó como si nos viéramos todos los días y me dijo, "¿te acordás de mi? ¿Jugábamos juntos con Juan, fulano, mengano, etc…en El Pozo?"

"No, la verdad que no los conozco, ni a Juan ni a vos". Me dice que le diga a él, que nadie está grabando, que me iban a cagar a palos los que están afuera. Le repetí que no y me dijo, "jodete". Me volvió a atar el buzo otra vez tipo venda; entraron los otros y siguió el baile por esa mañana. "Te dije, a estos enfermos no les vas a sacar nada por las buenas" dijo una voz.

En ese momento no fue un acto del subconsciente, solo me hice el loco frente a Bronzini.

No quedaba otra. Juancito después se exilió en Francia.

Ese día

Aquella mañana cuando me desperté con la musiquita no necesité ninguna aclaración. Ya supe lo que había pasado. Debía ponerme en movimiento ya que tenía un "contacto" a las 15 cerca del Clínicas, había paro del transporte y yo vivía en Las Piedras.

Salí caminando con suficiente tiempo, pasé por la ciudad de La Paz, tomé la ruta 5, hoy (César Mayo Gutiérrez), pasé por Colón y seguí por Garzón hasta Sayago donde tomé Propios, (hoy José Batlle y Ordoñez), había mucho movimiento de vehículos militares, doblé por Centenario (hoy Dámaso Larrañaga). No sentí cansancio con la caminata. Llegué temprano, debía tener mucho cuidado en la calle, pasé por el hospital de Clínicas, mucho movimiento dentro. El "contacto" era por la calle Belgrano entre Centenario y Jaime Cibils (hoy José Brito Foresti), por la vereda de los pares. Ambos hicimos la contraseña de que estaba todo bien. Fuimos muy puntuales en el encuentro, era lo que exigía el momento. Estuvimos intercambiando ideas y viendo el qué hacer, una de las cosas más importante era el transporte y el apoyo en las ocupaciones. Nosotros debíamos ser doblemente cuidadosos por ser militantes clandestinos.

El 27 fue el fin de algo que comenzó a principios de los 70. En febrero, con el pacto de Boiso Lanza, los militares ya se habían instalado en el poder. El destino del país quedó directo hacia el golpe de Estado. Las negociaciones entre las autoridades civiles y militares procuraban llegar a acuerdos, y la notoria debilidad del Poder Ejecutivo frente a la fortaleza de las Fuerzas Armadas quedó consumada ya en febrero. Los Comunicados 4 y 7 de las Fuerzas Armadas causaron confusión en la oposición: la lucha contra la corrupción y la desocupación, la eliminación de la deuda externa y otros postulados, llevaron a que muchas organizaciones

pensaran en una posible alianza con los militares, se hablaba de militares "peruanistas". A las 7 de la mañana irrumpe en el parlamento un grupo de militares encabezados por Esteban Cristi y Gregorio Álvarez. A partir de ese momento, todo fue ilegal, una continuidad de violaciones a los derechos humanos que duró doce años.

En cumplimiento de la resolución que había dispuesto la CNT ante el quiebre de las instituciones, golpe de estado, se dio inicio la huelga general junto a la clase obrera que se extendería por quince días hasta el 11 de julio. No fue necesaria ninguna reunión de los dirigentes, cuando lo hicieron ya estaban ocupadas todas las fábricas, así como los centros de estudios. Los milicos desocupaban y de inmediato se volvía a ocupar, obreros y estudiantes al firme. Miles de hombres y mujeres resistieron y combatieron como pudieron con un alto costo, dejando secuelas que se mantienen aún.

En esos días las calles estaban ardiendo de lucha popular, con la represión ensañada, persiguiendo a obreros, estudiantes y militantes sociales. Fábricas, liceos, facultades, hospitales, ocupados. Desde una punta a otra de Montevideo y zona metropolitana, se reprodujeron formas de lucha que hoy parecen de otro planeta: la solidaridad en las fábricas ocupadas, estudiantes y vecinos organizados.

No era fácil moverse por las calles en esos días, debía andar con mucho cuidado ya que abundaban los vehículos de las fuerzas armadas.

Una tarde caminaba por General Flores y pasaba un camello (vehículo militar) con una media docena de milicos, el cabo que iba me conocía, nos miramos, fueron segundos de tensión, el vehículo continuó su lenta marcha que intimidaba a la gente, no pasó nada. No lo volví a ver.

Esos días fueron de mucha expectativa, pero también de incertidumbre. Nosotros no teníamos muy claro que iba a pasar. El transporte de pasajeros no había parado, con patrones y con custodia militar continuó.

El punto más alto de esa huelga, sin dudas, fue el 9 de julio. Habíamos ido temprano a cambiar una olla al bazar Mitre, una buena "cobertura"

para estar ahí, las veredas estaban tan atiborradas que prácticamente no se podía caminar. A la hora señalada, como lo había estado diciendo Rubén Castillo, por la radio, “Eran las cinco en punto de la tarde. Un niño trajo la blanca sábana a las cinco de la tarde. Y el muslo con la asta desolada a las cinco de la tarde”. Se llenó la calle. Los primeros vehículos policiales que ingresaron a 18 de julio, no podían avanzar. Sonaron disparos, era la dura represión contra un pueblo lanzado a la calle contra la dictadura. Fueron miles y miles de personas que fueron duramente reprimidas. Estaba con mi compañera en 18 de julio y Julio Herrera y Obes, tomados de la mano. Fue por donde entraron las tanquetas que venían por Avenida del Libertador. Habíamos recorrido 18 por la calle de un lado a otro, en medio de la muchedumbre, no sé cuánto tiempo, me pareció bastante. Había mucha resistencia, pero también mucho miedo ante tanta represión, bajamos hacia Colonia, llegamos a Uruguay y tomamos el primer ómnibus que apareció, iba para el Paso Molino. Todo hacía presagiar la larga noche que viviría nuestro país en los próximos doce años.

La clase obrera no estaba preparada para una insurrección. Hubo cosas que no se cumplieron. Fue como el fin de un sueño y el comienzo de algo nuevo.

Queda demostrado que los trabajadores con su lucha pueden llegar a más.

Indice

Te invitamos a contar 5

Prólogo Nibia López y Baldemar Taroco 7

Repintando Alejandra Di Matteo - Rosa Rinaldi 9

Por ideas Mónica De León 12

El paquete Ana Caillabet Camerota 16

Pasta Frola Carlos Martell 17

Coordinación valiente Lilyam Paolino 19

Abuela Waldir Tabarez 21

1974 Resistencia portuaria Daniel Albacete 22

Emilio Fernández Daniel Albacete 26

La mirada de Tota Nano Priliac 28

Desobedientes Mercedes Espínola 29

50 años Silvia Aracely Caballero 30

Acerca de la resistencia y lucha invisibilizada de mi madre Ana Laura Cafaro 35

El Misterio del 151 Jorge Llambias Cabrera 39

La tía Iris Adriana Pernas 43

La siesta Jesús Arguiñarena 45

Día de la mujer 1970 Jesús Arguiñarena 50

Fue casi una trampa Jesús Arguiñarena 54

Justicia militar y disciplina canera Alfredo Bruno 59

La justicia tarda... mucho Alfredo Bruno 66

Incertidumbre y fuerza María Elia Topolansky 70

Un cura sin sotana Rolando Sasso 73

Exilio Rolando Sasso 75

La vida cotidiana en tiempos de la dictadura Waldemar Garcia 80

Dos pozos diferentes Juan Fernando Zerboni 84

A las madres, a las esposas, a las compañeras Henry Duran 90

Para poder hablar, antes tuve que perder la voz Toto Nuñez 95

12 de marzo Cecilia Gianlupi 100

A 50 años Pablo Brandy 103

Adiós Carlos Molinari 106

Partir Carlos Molinari 107

El barrio de Alba Miguel Píriz Cantón 108

Pico de pato Nicolás Moreira 111

Relato Ana Osimani 116

Este año el otoño ha sido particularmente muy frío Santiago Zerboni 120

A 50 Años del "Febrerazo" Álvaro Jaume 122

Gracias por tanto Maria Orfilia Cabrera 129

Entre ángeles y demonios Carlos Amir Gonzalez 134

Haciendo historia. Haciendo memoria Liliana Bardallo 138

Recuerdos Fragmentados Alicia Faraone 143

Tuve miedo de morir o de loquear Gustavo Mora 147

Teorema del miedo Verónica Torres 150

Una llovizna de dignidad Ruben Paiva 153

Recuerdos Manuel Gosende 157

Parece que fue ayer... 1 de mayo de 1980 Juan Manuel Priegue 162

Maullidos Claudio Lembo Naville 166

Noviembre oscuro Beatriz Ríos Ferreira 169

...Y, lindo no es... Juan Camps 173

Por traidor... Juan Camps 175

El viento y la historia Juan Camps 178

Memoria Aníbal Colonna 181

La libertad y las palabras Aníbal Colonna 186

Los miedos y la noche Aníbal Colonna 187

Acontecimientos Leomar Pastorino 188

Testimonios I Una situación más en cientos Juan Cano 194

Testimonios II Más dolor al dolor Juan Cano 198

Testimonios III El inconsciente resiste Juan Cano 202

Ese día Baldemar Taroco 206

Algunas publicaciones de Ediciones del CRYSOL:

Del testimonio a la historia.
Elizabeth Hampsten

¿Re-cuerdos?
Lia Elizondo

Derecho a la Reparación Integral de Violaciones a los Derechos Humanos
Oscar López Goldaracena

Historias de la cana y la represión
1° concurso de cuentos organizado por CRYSOL

Historias y testimonios de la represión y la cana
2° concurso de cuentos organizado por CRYSOl

Crónicas de los Años Duros I (1968 - 1985)

Crónicas de los Años Duros II (1968 - 1985)

Crónicas de los Años Duros III (1968 - 1985)

ACÁ ESTAN TODAS REPRESENTADAS
MUJERES Y ADOLESCENTES
LAS EXILIADAS
LAS DETENIDAS
LAS CLANDESTINAS
LAS SOLIDARIAS
LAS ASESINADAS
LAS DESAPARECIDAS...

Este Espacio Memorial representa a todas las mujeres y adolescentes que lucharon contra la actuación ilegítima y el Terrorismo de Estado en Uruguay (1968 - 1985).
El círculo representa el abrazo, el lugar de encuentro, de reflexión, símbolo de movimiento constante, de contener y de albergar.
El Memorial rescata la memoria frente la cultura del olvido y la impunidad.
Esta lucha por la memoria reconquista el espacio público de la ciudad, frente al Palacio Legislativo que fue clausurado por el Golpe de Estado entre 1973-1985

ediciones del CRYSOL

Montevideo, 27 de junio de 2023.
Colectivo Ex presas políticas,
CRYSOL